







EL MUSEO DE LA BRUMA

Galo Ghigliotto

LAUREL







Para Noël





Falta un museo
que muestre a los visitantes
el significado del lugar

CHRISTIAN FORMOSO,
El cementerio más hermoso de Chile

La bruma espesa, eterna...

GABRIELA MISTRAL,
Desolación

La familia cree que es un hombre limpio

ELVIRA HERNÁNDEZ,
Los trabajos y los días







PANEL



El Museo de la Bruma padeció el infortunio de existir apenas unas décadas. Fue construido hacia el fin de la Segunda Guerra y en 2014 un misterioso incendio extinguió sus instalaciones, así como la colección permanente. La inaccesibilidad de su ubicación y la potencia de los vientos de la Tierra del Fuego permitieron que las llamas hicieran su trabajo de manera impecable.

Mientras existió, el sello inescrutable que los curadores imprimieron a la muestra maravilló a los visitantes, dispuestos a recorrer cientos de kilómetros de pampa para verla. En homenaje a esos dedicados viajeros, nos propusimos pesquisar cualquier elemento que fuese útil para recrear aquí en Punta Arenas la exhibición del museo; sin embargo, la tarea se nos hizo irremontable tras varios años de búsqueda en bibliotecas, librerías de viejo, museos para turistas, casas de particulares y tiendas de antigüedades. Mucho se había perdido. Hasta que, no hace mucho, en una pequeña imprenta en Porvenir, encontramos las galeradas incompletas del primer y único catálogo impreso del museo; eso nos reanimó un poco. Con ello y las piezas que sí pudimos recuperar hemos montado esta exhibición parcial, acaso fantasmagórica, que pretende representar el *aura* de la muestra original del Museo de la Bruma.

En términos estructurales, es sabido, el museo contaba con tres grandes salones, el Popper [P], el Rauff [R] y el más reciente, el Chatwin-Mallard [Ch-M]. En el catálogo, para una gran cantidad de piezas se especifica en qué espacio estaban exhibidas, pero hay algunas de las que no tenemos un registro veraz y completo. En términos de orden, en todo caso, no pudimos dilucidar una coherencia lógica sino más bien rasgos esotéricos. Cada pieza catalogada hacía referencia a dos números de archivo, no uno, y las piezas que parecen más recientes ostentan los primeros lugares del inventario, no los últimos como se pudiera pensar.







BIENVENIDOS AL MUSEO DE LA BRUMA



Con enorme gusto abrimos las puertas de nuestro museo
a todas las personas interesadas
en la historia y circunstancias que forjaron
nuestra querida Tierra del Fuego,
germen de la República
y base constituyente del Cono Sur

La Patagonia y sus climas fríos pero de soles amplios,
donde el día parece no tener comienzo ni fin,
les da la bienvenida y agradece []





COLECCIÓN DEL MUSEO DE LA BRUMA





SALA POPPER

Llamada así en conmemoración del ingeniero, expedicionario y aventurero rumano Julio Popper –también llamado Iuliu o Julius–, que llegó a esta tierra después de recorrer el mundo con el firme propósito de obtener oro mediante las más increíbles innovaciones. Esta sala reúne elementos relativos a la Patagonia continental e insular desde la época de los antiguos habitantes de esta tierra –los selk’nam, aónikenk, kawésqar–, pasando por los primeros colonos que habitaron Punta Arenas y Tierra del Fuego, y luego los empresarios que marcaron el destino regional, los Braun, los Menéndez, el mismo Popper entre otros.

SALA RAUFF

Llamada así en recuerdo del Standartenführer Walter Rauff, ciudadano de Magallanes. En esta sala conservamos objetos relacionados con su historia de vida, así como testimonios y registros de quienes compartieron con él durante su residencia en la Tierra del Fuego, específicamente de la zona que comprende, hacia el oeste, el límite occidental de la ciudad de Punta Arenas, hacia el este el lado oriental de la Quebrada Moskstraum, hacia el norte hasta la ciudad de San Gregorio (incluyendo el Estrecho de Magallanes y Chabunco y Porvenir como ciudades más importantes), y hacia el sur la Isla Dawson.

SALA CHATWIN-MALLARD

Llamada así en homenaje a Bruce Chatwin, fabulador, explorador y mitógrafo británico, acaso el mayor promotor contemporáneo del ensueño patagónico, propulsor involuntario de la corriente del turismo ilusorio por nuestras latitudes más australes; y a A.-P. Mallard, investigador de lo extraño, viajero del mundo, coleccionista de rarezas.





Sean todos bienvenidos
AL MUSEO DE LA BRUMA





PIEZA N° 231

Escena pampeana, anónimo (1973)



De autor desconocido, en la esquina inferior derecha figura una cruz azul y el año. Esta pintura estuvo colgada en los pasillos del Hotel Savoy de Punta Arenas antes de integrar nuestra colección. Se trata de un paisaje de pampa típico de Tierra del Fuego, el cielo ancho y claro, de escasa nubosidad, la estepa interminable de coirón dulce y los siempre presentes cercos divisorios; en el centro del cuadro se observan guanacos y chulengos de diversos tamaños; algunos pastan, otros corren hacia el horizonte. A la izquierda, dos familias de caiquenes con sus polluelos: las aves adultas permanecen vigilantes y atentas a un trío de caranchos que se deja ver en las cercanías. Hay ovejas a todo lo ancho del cuadro; la mayoría está pastando, otras simplemente rumian. En el extremo derecho, justo al lado de un grupo de ovejas, un zorro de cola roja devora a un corderito. Ningún ser vivo de los que rodean al zorro y al cordero parece percatarse del sanguinolento festín, y todos continúan con sus actividades con total naturalidad.

Inv. n°: 002

Técnica: óleo sobre tela

Dimensiones: 72 x 45 cm

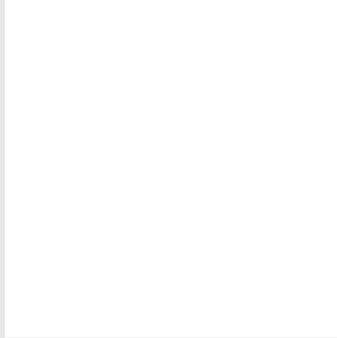
Origen: donación particular

Sala: Ch-M



PIEZA N° 670

Bosquejo del Yoshil de la Patagonia (*Fuegophitecus pakensis*)



El dibujo nos muestra al protohomínido originario de la Patagonia que, según el padre Manuel Palacios, paleontólogo, sería anterior al *Australopithecus africanus*. El yoshil no tenía cola y lo cubría un pelo semejante al liquen, de color verde amarillento. Medía unos 80 cm caminaba erguido y vivía en el territorio de los haush, en la zona insular al sur de Tierra del Fuego. Utilizaba herramientas, de preferencia piedras o mazas cortas. Durante el día vivía en las copas de los ñirres, y por la noche descendía a la tierra para encender fogatas y calentarse. Se presume que su alimentación se basaba en vegetales e insectos.

Según el explorador Bruce Chatwin, la primera versión moderna del yoshil la dio el cazador haush Yioi:molke, «quien habría divisado uno durante una recolección de cormoranes en la caleta Yrigoyen, en 1886 (...) El último contacto visual seguro lo estableció el cazador Pai:men, en 1928».

Inv. n°: 003

Origen: donación del autor, p. Manuel Palacios

Material: carboncillo sobre croquis

Dimensiones: 20 x 20 cm

Sala: Ch-M



PIEZA N° 14

Relato de A., prisionero del campo de concentración de Isla Dawson

Llevaba un buen rato acostado sin poder dormir, por el frío. Temblaba en el camastro, al que le costaba juntar calor de lo duro que era. A mi alrededor los compañeros dormían. Uno hacía castañetear los dientes y por eso pensé que estaría despierto, pero no. Había otros que daban gusto: con las chaquetas puestas, silenciosamente echaban humito desde la posición quieta, con las manos cruzadas sobre la guata. De repente empezó a llegar una luz pálida, plateada, que se colaba como una lámina fosforescente por la ventana. Chocaba contra las tablas de la pared y parecía derretirse como gotas de mercurio. Entendí que estaba clara la noche, sin nubes, con una luna muy llena, y por eso hacía tanto frío. Un frío bestial.

De pronto, se empezó a escuchar un aullido. Parecía venir de la costa, del lado oriental, donde nos llevaban a formar por las mañanas. A ese aullido rápidamente se sumó otro, luego otro y otro. Había contado cinco perros de los milicos, pero cuando pude pensar en eso ya se oía una jauría completa, así que era imposible que fueran los perros de la Armada. Lo peor es que el ruido avanzaba como una ola de maremoto; la onda sonora, compuesta por zumbidos gemebundos, se acercaba más y más a nuestra barraca. Pensé aterrado que no eran perros sino lobos y venían a comernos. De pronto, en la oscuridad de la habitación, vi dos ojos encendiéndose lentamente, como si se abrieran por primera vez.

—¿Y eso? —preguntó el rostro que aún no terminaba de reconocer.

—No sé —respondí.

—Parecen lobos, hueón.

—...





Los aullidos se aproximaron hasta escucharse casi por fuera de la pared, que era de simple madera. Puse la mano abierta y hasta podía sentir la vibración sonora. Era verdaderamente espeluznante. Pero no aguanté las ganas de mirar y, despertando a uno de los compañeros, me paré encima de su cama para asomarme por la ventana.

Nadie me hubiese creído, si no fuera porque ahí estaban mis compañeros que de inmediato sumaron sus cabezas a la mía: fuera del cobertizo, siendo hombres todavía y con los fusiles aferrados, los soldados aullaban a la luna.

Inv. n°: 005

Material: papel roneo mecanografiado

Dimensiones: 219 x 210 mm

Sala: R

PIEZA N° 9

Carta de niño selk'nam de la Misión San Rafael a su madre (1898)

Tal vez no pueda ir yo, mamita. No hay barco que me lleve donde usted. Hace tanto tiempo ya, no me sé la cantidad. De usted me acuerdo yo, todos los días, para no olvidarme su cara. Me dice la madre que no es mi wà jahm, que usted vive bien, en casa de señor extranjero. Pregunto yo cuándo puedo ir donde usted, pero me dicen tengo que crecer y aprender a hablar bien. Estudio yo, mucho, para salir de aquí. Me olvido sí, de la lengua selk'nam. La madre que no es mi wà jahm me pregunta si el castellano habla usted, pero creo que no. Le digo que no sé, o que no, le digo. Quiere saber ella si yo hablo nuestra lengua y le dije que no, me acuerdo de pocas palabras, de cómo se dice mamá, wà jahm, de la nieve, xèò-s, de la casa, ka-wj, y otras más pocas. La madre quiere saber cómo me voy a hablar con usted cuando la vea. Pero yo no quiero hablar, abrazarla quiero, besarla quiero.

Mamita, tengo que volver a tomar medicina y estudiar. Pronto la veré.

Con amor,
Juanito (Keelo, para usted)*

Inv. n°: 007

Material: hoja de papel enmarcada (marco oxidado)

Dimensiones: 9,8 x 6,4 cm

Sala: P

* Keelo, apodado Juanito por los salesianos, era uno de los niños albergados en la misión de Isla Dawson. Había sido separado de su madre tras llegar a Punta Arenas en el escampavía *Huemul*, tres años antes.



PIEZA N° 1

Relato de Blanca Mardones, vecina de Porvenir

Nos daba tanto miedo ese señor Walter Rauff. Pero así porque sí, no porque nos hubiese hecho nada malo. No, no era para nada el viejo borracho. O sea, uno lo veía a veces [en Porvenir], tomando cervezas en la Costanera, cantando con el perro al lado, pero nada más. Salía poco de su casa. Mi hermana y yo comentábamos el miedo que nos daba, entre nosotras no más, porque al resto de la gente le era indiferente. Además el viejo vivía en la punta, y nosotras no teníamos nada que ir a hacer allá, excepto cuando andábamos en bicicleta. Pero incluso esas veces, acercarse a la casa del viejo era como un desafío que nos hacíamos. Nos decíamos «a ver, quién se atreve a llegar más cerca de su casa».

No había ninguna razón particular para temerle, nos daba miedo no más. Y las veces que nos acercábamos a su casa nos miraba como si fuéramos perros o caballos que iban pasando por la calle. No existíamos.

Mi abuela era la única que nos entendía. Ella era chilota, como mi papá y mi mamá. Los chilotes eran una comunidad en Porvenir, algunos se conocían de antes, se juntaban, se ayudaban. Y se trajeron todas sus leyendas, las historias sobre la Pincoya y el Caleuche. Sobre todo los chilotes que habían llegado a Porvenir a trabajar en el mar. «Ese es un kaletún», nos dijo una vez sobre el viejo. Le preguntamos, «¿qué es eso, abuelita?», ya con miedo sólo de escuchar esa palabra que no entendíamos. Nos dijo que así se llamaban los tripulantes del Caleuche. Yo sabía que eran brujos, marinos y pescadores muertos. Ahí nos contó mi abuela que los brujos eran inmortales y vivían todos en la ciudad de los Césares, que según ella estaba cerca de ahí, entre Chiloé y el sur. Los marinos ahogados eran recogidos de los barcos





hundidos, cuando pasaba cerca de un naufragio. Aunque según mi abuela los espíritus del Caleuche también podían poseer a los que sobrevivían a un naufragio, y usarlos toda su vida como apoyo en tierra. Nos dijo que, de vez en cuando, los brujos bajaban a tierra firme a abastecerse y hacer negocios con los comerciantes de tierra, que casi siempre eran «transformados». Eso significaba literalmente caleuche o kalewche, «transformado».

–Ese viejo es un kaletún, cruz pa'l cielo.

Lo chistoso era que la abuela era mucho más vieja que nuestro vecino, el Rauff. Así que nos reímos no más, pero era esa risa como nerviosa, del miedo, porque ya, imagínate, tener un vecino brujo.

Empecé a tener pesadillas, y me acuerdo de una en especial, porque fue la primera vez que... Soñé que era de noche y yo me acercaba a caminar al mar, a pata pelada. El lugar era como Porvenir, estaba la bahía, porque el agua era baja y calma, con olitas que sólo se forman en el borde del mar. Pero no hacía frío, y eso era algo raro para mi pueblo. Me acerqué al mar y veía una lucecita muy brillante en el horizonte. Era como si una estrella se hubiese caído de la noche y se hubiera quedado flotando ahí, mar adentro. Me acerqué al mar para tocar el agua, que estaba tibia. De pronto escuché un gruñido detrás de mí, y me di vuelta: había dos zombis. Tenían la piel de la cara hecha pedazos, andaban con la ropa pegada al cuerpo como si la tuvieran mojada, pero más bien podía ser que ambas cosas se hubieran fundido. Estiraron los brazos, como las momias en las películas antiguas, y caminaron hacia mí. Traté de correr pero llegó la neblina y de ella empezaron a salir más y más cosas de esas. Estaba muerta de miedo y me hice pipí. Pensé en meterme al mar, salvarme nadando, y así fue. Me metí al agua pero entonces me acordé que no sabía nadar y de pronto ya no tocaba fondo, me quedaba ahí flotando y hundiéndome; en eso me desperté. Mi hermana





estaba durmiendo pero me metí a su cama y al día siguiente le conté todo. Ella también había tenido pesadillas, pero nunca tanto como para despertarse ni para hacerse pipí. Decidimos dejar de salir en bicicleta por un tiempo. Para mi cumpleaños, en marzo, mi abuela me regaló una figura de la Virgen para que me protegiera, y yo me dormía mirando la figurita... La miraba y me preguntaba –leseras, pues–, ¿la Virgen va a separar las manos para defenderme? Leseras que uno piensa de niña.

Entonces empezaron las clases. Ese año nos pasaron la Segunda Guerra Mundial, y por primera vez en mi vida escuché hablar de los nazis. «¡Como Walter Rauff!», dijo un compañero, y varios en el curso se rieron. La profesora se hizo la desentendida.

Yo también me reí, porque la profe nos había dicho que los nazis mataron a mucha gente, de las más diversas formas. Pensé que era una forma de unir esa idea que mi hermana y yo teníamos del viejo, al parecer compartida con ese compañero, y la cosa de los nazis. Pero no, después entendí que efectivamente Rauff había sido un nazi, uno de verdad, allá en Alemania, y todos lo sabían, porque hace unos años habían tratado de llevárselo de vuelta para juzgarlo [el relato se sitúa a fines de los setenta]. Le pregunté más cosas a mi compañero después, me dijo que su papá le había contado que Walter Rauff era un nazi, pero no mucho más.

Le pregunté a mi abuela, pero ella no cachaba mucho del asunto. Mis papás tenían una idea más o menos general: la Segunda Guerra, los alemanes, muchos judíos muertos, unos como campos de concentración. Le pregunté a mi mamá «¿campos de qué?» y ella sólo me dijo: «Ya, Blanquita, déjese de preguntar tanta cosa». Como que se arrepintió de seguir hablando. Se fue a buscar el hacha y empezó a cortar leña, aunque teníamos harta. Le conté todo a mi hermana y ella también trató de averiguar por su lado, pero la verdad





nadie sabía mucho de la guerra. Me dio la impresión de que acá no había llegado información. Con mi hermana volvimos a tomar las bicicletas. Yo me sentía más segura, así que me movía por todo el pueblo, y no me importaba hacerlo sola. Una idea no dejaba de darme vuelta en la cabeza: ir a la casa de Walter Rauff, a mirarlo. Fui varias veces, pero el viejo no estaba. Un día hasta le saqué una carta que le había llegado y me la llevé a la casa: nunca la abrí. Al principio iba sola, pero después mi hermana también se atrevió a acompañarme. Entonces, un día, lo vimos. Estaba parado en el patio de su casa, ordenandos unos trastos, junto a su pastor alemán amarrado. Se me aceleró el corazón, estábamos a unos veinte o treinta metros, afuera del cerco de su casa. Recuerdo que tuve muchas ganas de gritar, aunque no sabía bien qué. Lo único que se me vino a la cabeza fue su nombre: «¡Walter Rauff, Walter Rauff!». Lo gritamos así como cantado con mi hermana, eso no más. El tipo se volteó, impávido. El perro ladró y pensé que podía soltarlo para que nos agarrara, así que nos arrancamos. Gracias a eso me di cuenta de que en realidad le había perdido el miedo, y de hecho, ese fue el último miedo que tuve de niña.

Inv. n°: 011

Material: impresión láser en papel

Dimensiones: 216 x 279 mm

Sala: R



PIEZA N° 11

Memorandum de la CIA [secreto],

código XAAZ 37302, del 8 de julio de 1977 (traducción)

1. A pesar de que los departamentos* no tienen responsabilidad de acción en el caso [], hemos seguido de cerca y llevado a cabo una revisión del expediente y asociado los archivos porque caben en la definición de terrorismo internacional. Han surgido dos elementos que creemos justifican una investigación adicional por las estaciones de campo. La primera representa una posible relación entre los individuos asociados con [] y Orlando Letelier, el exembajador de Chile en Estados Unidos que fue asesinado en Washington D.C. en septiembre pasado. El segundo ítem refiere a dos alemanes, de los cuales uno o ambos posiblemente pueden ser la fuente primaria o secundaria del informe del BND sobre el plan homicida contra el presidente Carter. Los dos individuos aparecidos en nuestra investigación han sido reportados como asesores de la DINA. Ambos son exmilitares alemanes y uno es buscado como criminal de guerra nazi.

(...)

3. Al examinar los archivos en el caso Letelier, observamos el extracto de un artículo de un periódico mexicano que trata sobre la DINA. Este artículo data de febrero de 1977 y hace notar que dos ex oficiales alemanes fueron asesores principales de la DINA. Se determinó previamente que la fuente o sub-fuente de la BND estaba, probablemente, relacionada con la DINA. Uno de ellos era Walter Rauff, un criminal de guerra nazi, y el segundo, Enrique Pschold Reschenback,

* En el original dice «PCS/ITC». PCS es Policy Coordination Staff e ITC un departamento secreto. Hemos mantenido la versión del catálogo recuperado en galeradas.





un expiloto de la Luftwaffe. Una revisión de los archivos del Cuartel Central no arrojó ningún registro de Reschenback, pero había 201 registros sobre Rauff. Rauff fue un militar profesional alemán que renunció a la Marina en 1937. De inmediato se unió a la policía de seguridad del Reichsführer-SS. Era amigo cercano del general SS Heydrich. Hacia el final de la guerra parece haber ascendido al rango de coronel de las SS. En 1945 fue detenido por oficiales del Ejército de Estados Unidos en Italia, pero se escapó. Apareció en Siria en 1948 trabajando como asesor de inteligencia militar de los sirios, y allí, según informes, trató de reorganizar las líneas de la Gestapo. En 1949 fue detenido y acusado de «terrorismo», y expulsado de ese país. Se fue a través de Italia hasta América del Sur [Ecuador], donde llegó en noviembre de 1949. En 1950, los funcionarios de inteligencia italianos lograron interceptar el correo de Rauff desde y hacia Italia porque sospechaban de su intento de establecer una red de inteligencia que operara desde Ecuador. En ese momento varios gobiernos lo buscaban, pero nunca se determinó su ubicación exacta en Ecuador. En 1958 emigró a Chile y se le concedió la residencia definitiva allí en noviembre de 1959.

4. Desde entonces Rauff ha sido reportado como un agricultor/ganadero de Punta Arenas, Chile. También aparece en los registros de Chile como «empresario». Trabajó en una serie de empresas entre 1958 y 1964. En 1955 su hijo, Walter Jr., ingresó a la Academia Naval de Chile. Walter Jr. fue patrocinado por el general Carlos Prats, excomandante en Jefe del Ejército de Chile, que se convirtió en partidario del gobierno de Salvador Allende. A Walter Jr. se le concedió la ciudadanía chilena alrededor de 1960. Un informe de la estación de [] a finales de 1974 describe a Walter Rauff Sr. como un ciudadano serio, responsable, integrado a la comunidad, que vivía su vejez en silencio, concentrado en sus negocios



personales. Este retrato no coincide con el Rauff que fue investigado por un corresponsal de *Izvestia* que viajó a Chile a la sigla del oficial de las SS presuntamente responsable de la muerte de 90.000 judíos. También en los años sesenta la RFA había solicitado la extradición de Rauff como criminal de guerra nazi. El gobierno de Chile se negó a extraditarlo. El gobierno de Chile comentó que estaba bajo la protección de autoridades locales en su ciudad de residencia.

5. Rauff volvió a aparecer en la escena mundial en 1975, cuando se alegó que había sido nombrado asesor de la DINA. Los chilenos lo negaron y el enlace informó a la emisora que Rauff no estaba empleado por el gobierno chileno en ninguna capacidad. Al tratar este tema, la estación [] comentó que «aunque algunos años antes él (Rauff) había sido acusado de organizar guerrillas nazis para algunas vagas operaciones internacionales contra judíos, vivía una vida completamente inofensiva como agricultor/ganadero».

6. Exiliados políticos chilenos no están de acuerdo con la proposición de que Rauff no tiene conexiones con la DINA. En febrero de 1977, los chilenos exiliados en México señalan a Rauff como uno de los principales asesores de la DINA, a cargo de la proyección y construcción de un campo de concentración en Isla Dawson (Patagonia chilena). En marzo de 1976 la estación [] informó que la resistencia chilena en el exterior había comunicado que Rauff estaba trabajando en el Ministerio del Interior del gobierno militar. La organización de resistencia pasó información sobre Rauff a Simón Wiesenthal, quien dirige la búsqueda de criminales nazis desde Viena.

7. Sería pura especulación en este momento sugerir que Walter Rauff, su hijo Walter Jr. o Reschenback son las fuentes primarias o secundarias de la información sobre la ame-





naza recibida por la BND. Sin embargo, hay varias conexiones que merecen una mayor exploración (...)

El BND ha descrito a su fuente como un hombre de negocios mayor, ya retirado (Rauff tiene 71 años y al parecer se ha retirado de los negocios). Si Rauff, su hijo o Reschenback son fuentes de información del BND entonces muchas de las preguntas sobre el manejo del caso por parte del BND tendrían respuesta. Después de la mesa redonda del 4 de mayo con la presencia del jefe de operaciones del BND, la estación 58698 (IN 274428) en Alemania informó su conclusión de que «la fuente es claramente de origen germano, y es, probablemente, un exoficial del ejército alemán que se fue a Chile después de la Segunda Guerra Mundial». Más tarde, la estación en Alemania 60211 (IN 325 690) afirma que «estamos bastante seguros de que la fuente era originalmente un ciudadano alemán, probablemente un oficial de la Wehrmacht». El BND no ha sido consistente al contestar preguntas en cuanto a la nacionalidad de la fuente. En un momento se describe la fuente como mitad chilena y mitad alemana. A otro se le informó que era de América Latina. Si el BND realmente está en contacto con Rauff y lo ha estado durante los últimos 20 años, entonces tienen razones de sobra para ser susceptibles y desear ocultar el hecho de que han estado tratando con un criminal de guerra nazi. Aunque Rauff es un hombre buscado, ha viajado a la RFA en varias ocasiones, según informes, usando su nombre verdadero. El uso de una oficial mujer y respaldo femenino también sería un buen método para mantener contacto con Rauff. El informante del BND teme por su vida, como seguro Rauff debe hacerlo. Si bien la DINA niega que Rauff haya trabajado con el gobierno chileno, bien podría haber sido un «asesor no oficial». Los mismos chilenos podrían no tener deseos de atraer la atención internacional al tener un criminal de guerra nazi como asesor.





8. Los 201 archivos sobre Rauff han sido enviados al PCS/ITC y se reenviarán a petición. El registro mantiene un archivo sobre Rauff que contiene información que en su mayor parte se ha obtenido de fuentes abiertas.

Inv. n°: 013

Material: papel roneo mecanografiado en inglés

Fuente: Oficina Central de Inteligencia (CIA), Estados Unidos

Dimensiones: 279 x 216 mm

Sala: R





PIEZA N° 98

«Un atleta fueguino» (1887)



El hombre apoyado en la carabina es Julio Popper. Observa a un selk'nam recién abatido en un enfrentamiento. De la expedición que lleva su nombre el empresario húngaro creó un álbum en cuero de lobo marino que incluía fotografías de la cacería de indios. Allí escribió: «Corríamos tras un guanaco cuando de pronto nos hallamos de frente a unos 80 indios, que, pintada la cara de rojo y enteramente desnudos, se hallaban distribuidos detrás de pequeños matorrales. Apenas los vimos una lluvia de flechas cayó sobre nosotros (...) En un momento estuvimos desmontados, contestando con nuestros Winchester, el ataque de los indios (...) Dos indios quedaron esta vez muertos sobre el terreno». Nótese el rótulo de la fotografía en el pie derecho, «Un atleta fueguino». Una forma sarcástica de referirse al indígena asesinado mientras corría, y una forma indirecta de reconocer que el hombre posiblemente fue abatido por la espalda.

Inv. n°: 017

Material: gelatina sobre papel

Fuente: Álbum de la expedición Popper (1887)

Sala: P





PIEZA N° 102

Niños músicos de la Misión San Rafael, Isla Dawson, *circa* 1892



En medio de las polémicas por el maltrato a los indígenas de Tierra del Fuego, y por solicitud expresa de Don Bosco, fundador de la orden, el sacerdote salesiano Giuseppe Fagnano creó en 1889, en Isla Dawson, una misión para dar acogida a los nativos que estaban siendo desplazados de sus tierras.

Los representantes de la orden salesiana abandonaron la isla en 1911, habiendo presenciado el deceso de cientos de niños, adultos y ancianos de las diferentes etnias de la Patagonia. Tras de sí dejaron cerca de 800 tumbas anónimas.

Inv. n°: 019

Material: gelatina sobre papel

Origen: Biblioteca Central, Universidad de Magallanes

Dimensiones: 10 x 8 cm

Sala: P



PIEZA N° 27

Rayado callejero en Punta Arenas

JULIO POPPER, JUDÍO GENOCIDA

En la fotografía se aprecia un grafiti con pintura roja en un muro situado en la intersección de Avenida República y Señoret, Punta Arenas.

Inv. n°: 023

Origen: donación, 7 de mayo de 2007

Material: fotografía

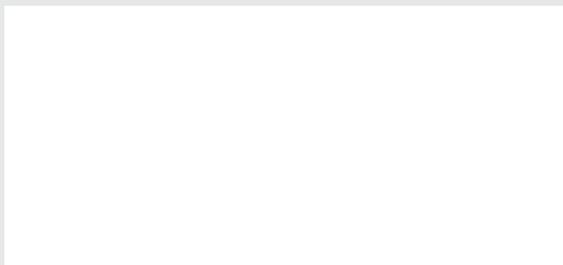
Dimensiones: 18 x 11 cm

Sala: P



PIEZA N° 704

Choza kauwi selk'nam con mensaje en francés



Esta choza selk'nam, hallada en las cercanías de Timaukel, es una de las pocas estructuras originales que se conservan en Tierra del Fuego. Corresponde a una construcción del tipo *kauwi*, erigidas para los ritos ceremoniales como el *hain*, pero que luego podían servir como vivienda para una y hasta tres familias. La estructura consistía en siete postes de madera de ñirre (también llamado haya antártica) que representaban a los siete hombres importantes, de distintas regiones, que desempeñaban los papeles de Shoort en la primera ceremonia.* Cada uno había cortado un árbol alto que luego llevaba al lugar. Los siete pilares se unían en la punta sosteniéndose entre sí. El diámetro de la choza era de 3 a 5 metros de ancho, con una altura aproximada de 4,5 metros. Entre los troncos se rellenaba con palos y ramas, y la superficie resultante se cubría con cueros de guanaco o lobo marino. La entrada estaba siempre mirando hacia el este, por tradición. Al centro de la choza se encendía el fuego, rodeado por hatos de ramas o paja que servían de asientos acolchados.

Se desconoce quién instaló el madero que adorna la punta de la choza con la frase *IL N'Y A PAS DE MAL ÉTERNEL*. Algunos investigadores argentinos han planteado que pudo ser Julio Popper durante alguna

* El espíritu del Shoort era de piedra, quien lo representara no debía dar señales de que respirara. Se presenta siempre con los puños cerrados, el dorso de la mano vuelto hacia fuera.





de sus excursiones, como una manera sarcástica de referirse a una sociedad aquejada por el mal de la colonización; sin embargo, no hay registros de una excursión suya tan al sur de la Patagonia. La prensa local publicó notas dando cuenta del hecho como «una broma o quizás un acto poético» de turistas, ya fueran «franceses o siúuticos chilenos». Sin embargo, a partir del descubrimiento en 1999 de una osamenta de varón occidental en las cercanías del emplazamiento original de la choza, rodeada de utensilios de uso común en la Europa decimonónica, pero hechos de madera nativa, se ha elaborado la hipótesis de que pudo ser un náufrago belga o francés quien, al verse abandonado en Tierra del Fuego, usó la choza como vivienda y la decoró con aquella frase esperanzadora.

Inv. n°: 029

Material: madera y ramas, cuero

Dimensiones: 4,5 x 5 x 5 m

Sala: Ch-M



PIEZA N° 253

Factura del British Museum a nombre de M. Ballesteros (1920)



Esta factura fue emitida por el British Museum de Londres como comprobante de pago e ingreso por cuatro «piezas» de museo, consistentes en cráneos de indígenas selk'nam de diferentes edades. Según se detalla en la glosa de la factura, con fecha 12 de agosto de 1920, se reciben dos cráneos de adulto y dos cráneos de niño, por un valor de £8 cada uno, dando un total de £32, pagaderos.

Inv. n°: 031

Material: papel azul verdoso impreso con tinta negra

Dimensiones: 10 x 20 cm

Sala: P





PIEZA N° 224

Carta de Paul Gauguin a su esposa,
en la que menciona el Estrecho de Magallanes

París, 22 de marzo de 1887

Mi querida Mette:

No sé qué tiene la primavera conmigo; pasé todo este invierno sin enfermarme y ahora, el primer día de la estación, me lanza en estado febril a la cama. Recibí tu carta unas semanas atrás. He pensado mucho en cómo responderla, porque hasta hace poco no había entendido por qué durante tanto tiempo he dudado y te he obligado a padecer mi actitud errática y variable en cuanto a estar contigo y ser un padre de familia. Es difícil de explicar lo que es ser un artista. Sentir sobre los hombros esa responsabilidad que nadie nos ha dado, pero que uno acepta como una obligación para con las próximas generaciones de artistas que vendrán a visitar nuestras tumbas. Esta tormenta de mi alma es sólo otro alboroto provocado por una tempestad aun más antigua, una borrasca que comenzó a gestarse poco después de mi nacimiento, cuando tenía apenas dieciocho meses y debimos dejar a mi padre, muerto de quién sabe qué enfermedad, enterrado en un puerto perdido en la península de Brunswick, frente al Estrecho de Magallanes. No tengo un recuerdo muy marcado de su rostro, o de su voz, pero visita mi imaginación tan joven, tan lleno de vida. Tenía cuatro años menos de los que yo tengo ahora. Tampoco guardo ningún recuerdo de esos días, excepto por la fosca. Trato de recordar algo, un momento, el funeral, y sólo veo figuras opacadas por la bruma. Alrededor



de nuestro barco había una masa constante de niebla que se colaba por todas partes, se arrastraba sobre la cubierta del barco, humedecía los mástiles, mojaba las velas. He atravesado varios mares, en casi todos los océanos del mundo. He recorrido lugares fríos y oscuros que te transportan con el alma en la boca, pensando que en cualquier momento una roca perforará el casco y todo se hundirá en medio de una nada invisible, sin saber nunca si lo que te mató fue el mordisco de un animal oculto bajo la noche del mar o el frío de las aguas convertidas en piedras de hielo flotante. Varios mares he atravesado, y en mi época de marino no fueron pocas las tempestades que debimos traspasar junto a una tripulación desconocida. Sin embargo pensar en el Estrecho de Magallanes, en el lugar donde enterraron al padre cuyo rostro no recuerdo, me produce un frío tan profundo que a veces creo que la muerte es como esa niebla que aparece sin aviso y lo cubre todo a su alrededor. Por años creí que esa sensación ominosa me abandonaría alguna vez, pero el camino de los mares se encargó de no permitirme olvidar de dónde brota la bruma. Te he contado quizás alguna vez –la fiebre no me permite recordarlo– que el barco en el que hice mi formación marina se llamaba *Chili*. Ese sonido sólo me remitía al país que cobijaba la trampa donde murió mi padre, la telaraña de la tarántula venenosa; pero ahí estaba yo, sobre la cubierta del *Chili*, listo para zarpar a una nueva vida, a dejar mi niñez y mi adolescencia atrás para forjarme como un hombre de los mares. Era como si la historia empezara de nuevo, *tabula rasa*, como si ese barco no fuese una nave sino una palabra que volvía a pronunciarse por primera vez, para empezar de nuevo, mil veces. Hay muchas ideas en mi cabeza caliente y delirante en este momento. Por qué la vida se empeña tanto en ocupar los territorios de la muerte. La muerte es la nada, el lienzo vacío. Algunos días me descubro luchando contra la nada, conquistando con color el espacio





de lo que no existe, de lo que no hay. Trato de escudriñar en la nube del olvido, de los hechos futuros que existen aunque no los podamos ver. Pienso en cuál es mi responsabilidad en todo esto, y otra vez me pregunto qué es lo que me empuja a desafiar la muerte poniendo en riesgo mi existencia y la de mi familia. Podría estar contigo y con los niños en Copenhague. Todos coinciden en que eres la mejor esposa que un artista puede tener, y si consideramos al artista como un hombre superior porque su trabajo es luchar contra la muerte todo el tiempo, en un nivel aun más elevado que un curandero o un chamán, podríamos decir que eres la mejor esposa que cualquier ser humano podría tener y yo debería regresar de rodillas a ti implorando perdón por ser incapaz de luchar contra este sueño, en el que unos pocos elegidos proponemos la pauta del arte del futuro. He tenido hambre, lo sabes. He tenido frío, pero también he recibido el ímpetu del color. Ahora se me ofrece la oportunidad de viajar otra vez y cumplir a un mismo tiempo varios objetivos.

Francia se ha planteado la carrera y la misión de ser la primera nación en abrir un paso a través de Panamá, un canal que conectará el Atlántico con el Pacífico, cruzando ríos y lagos, y sin padecer la tortura que es atravesar el tormentoso Cabo de Hornos. Además de la paga el clima es benigno. Y si algo he descubierto con mis años es que no puedo, definitivamente, vivir en un lugar donde no hay sol. No puedo vivir sin el color, sin el calor, sin la luz.

Mi fama como artista aumenta cada día, pero entre tanto, a veces, me paso hasta tres días sin comer, y el hambre aniquila no sólo mi salud sino también mi energía. Y esta quisiera recuperarla para irme a Panamá y vivir como un salvaje. Conozco una islita en el pacífico, Taboga, a una milla de Panamá: está casi deshabitada, es libre y fértil. Me llevo colores y pinceles adonde pueda recobrar el vigor, lejos de la gente.



He de regresar, Mette. Por ahora envío a Clovis contigo,
con la esperanza de que el dolor de esta nueva separación
nos traiga una recompensa de color y vida.

Siempre tuyo,
Paul

Inv. n°: 037

Material: papel con escritura manuscrita en francés
(traducción del prof. Silvio Martínez)

Dimensiones: 297 x 210 mm

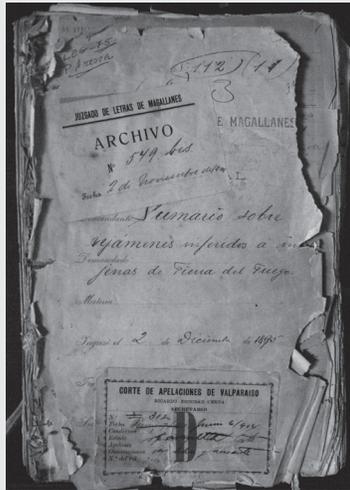
Sala: Ch-M





PIEZA N° 99

«Sumario sobre vejámenes inferidos a indígenas
de Tierra del Fuego», diciembre de 1895



En un desesperado intento por detener la serie de atropellos a los que se veían enfrentados los indígenas de Tierra del Fuego, una parte de la población de Punta Arenas solicitó una investigación, que fue llevada a cabo por el juez local Waldo Seguel entre 1896 y 1904.

Inv. n°: 041

Fuente: donación particular

Material: facsímil del Legajo 75, Expediente 112,

Archivo Judicial de Magallanes, 2 de diciembre de 1895

Sala: P





PIEZA Nº 674

Fragmento de carta de Otto von Bismarck
a su amante, lady D (1881)

... En su última misiva, sobre su incertidumbre acerca de si los esclavos son o no seres humanos completos, creo que no podemos pasar por alto los varios siglos de desarrollo que nos separan de esos pueblos. Incluso los franceses están más adelantados que estas tribus. Para nadie es un secreto que en este mismo instante conviven bajo el alero de nuestro siglo gentes que están ancladas en épocas muy pretéritas, habitantes de la edad de piedra. No sólo los individuos que hemos encontrado en nuestras incursiones en África, también los hay en otros continentes, algunos todavía inexplorados, como lo han demostrado los diversos viajes de Darwin. Este ha descubierto tribus en estado aun más arcaico que las más primitivas del continente negro, casi personas, casi animales, no podría decirse más: adoran pedazos de madera o piedras como si fuesen divinidades con poderes sobrenaturales, aunque el solo mirar sus amuletos basta para darse cuenta de que entre ellos y nosotros no sólo hay un renacimiento italiano de distancia, sino varias corrientes de pensamiento y arte, varios maestros. Es posible que usted nunca haya entrado en contacto con estos salvajes, mi dulce flor de azucena, mismo en los viajes por el sur de su poética patria. Incluso los esclavos que usted ha visto posiblemente en las calles o en *le ville* de sus amistades son más civilizados que los salvajes a los que me refiero. Me parece de suma importancia que la opinión pública conozca a estos bárbaros, para que pueda formarse una idea cabal de la misión que tenemos por delante nosotros, los hombres civilizados. He tenido ocasión una vez, no recuerdo si en Leipzig o Dresden, de ver a unos cuantos





salvajes que fueron exhibidos por un empresario llamado Hagenbeck. Habían sido capturados en algún punto cerca del Cabo de Hornos. Estos entes mediaban entre ángeles y bestias, entre trozos de carbón y gentes normales. De haberlos visto usted creo que le hubiese generado un gran impacto ver sus miradas opacas y sus expresiones vaciadas de pensamiento, de emoción incluso. Los salvajes alcanzaron a recorrer otros puertos, y en cada lugar al que iban los ciudadanos europeos se maravillaban de la precariedad de los utensilios que usaban para ataviarse y comer, de su aspecto mísero. El señor Hagenbeck ha intentado importar otra partida de salvajes pero el Gobierno de Chile, que administra esas tierras, se ha negado, lamentablemente. Por eso esta mañana he despachado una misiva al embajador de Alemania en ese país, de modo que interceda con las autoridades locales y les haga entender el gran aporte que puede significar el que la opinión pública europea conozca las precarias condiciones en que son capaces de vivir algunas gentes. Espero que el gobierno chileno acate nuestro petitorio. Reticencias como la suya, mi bella dama, replicadas, cómo no, entre los gentiles de Europa, son las que hacen retrasar el urgente plan para civilizar no solo África, sino el mundo entero. Se trata de tierras ricas en recursos que se pierden por carecer de la administración del hombre racional. Por otra parte, les ofreceremos a los salvajes la posibilidad de acercarse aunque sea a la cúspide del intelecto, divisarla a lo lejos, que es lo que en otras palabras han planteado científicos como Spencer. Se trata de una misión piadosa. Espero que cuando lleguen estos ejemplares de salvajes a tierra europea usted pueda venir a presenciar el estado deplorable en que viven estas gentes. Si me permite la honestidad, sé que muchos europeos serán capaces de comprobarlo, pero a mí me interesa convencer sólo a una persona. Le he hablado en otras ocasiones de la necesidad de que Italia se



una a nosotros y el imperio austrohúngaro para crear una alianza que tenga influencia sobre África, y estoy seguro de que la visión de estos seres despertará en usted la compasión y el convencimiento de cuánto necesitan de la civilización algunas de las regiones más apartadas del mundo...

Inv. n°: 043

Material: papel de barba fabricado en Holanda, manuscrito

Dimensiones: 22 x 28 cm

Sala: Ch-M



PIEZA N° 107

«Strangest tourism in NYC #3», cartilla turística, 1952



En los años 50 apareció en los quioscos de Nueva York una serie de cartillas impresas por ambas caras que promocionaban ciertos atractivos turísticos bizarros de la ciudad, como casas embrujadas, lugares de ocurrencia de milagros, viviendas de gente extraña, la ubicación de crímenes célebres. No se tiene registro del autor ni de la compañía que las fabricaba. Una de ellas, la número 3, hace referencia a un extraño grupo nómade que era avistado en Central Park:

La secta del Central Park

En el Central Park vive una secta nómade. Son descendientes de los antiguos selk'nam de la Patagonia o, verdaderamente, son selk'nam de la Patagonia que se han seguido reproduciendo a través de las décadas desde el momento de extinción de la raza, *circa* 1920.

Es casi imposible verlos. Se desplazan de un lado a otro del parque, buscando siempre los lugares vacíos. Si usted quiere verlos debe tener mucha paciencia, un día, varios días, y así incluso es posible que no logre divisarlos. Son maestros del escondite y el camuflaje.





Como todos sus antepasados, visten pieles de guanaco y de zorro. Últimamente han debido adaptarse y usar pieles de perros domésticos. Un neoyorquino ha reportado haber tenido la suerte de avistar a una mujer que se hundía en la laguna cubierta por una piel de caniche.

Se dice que llegaron en un barco hace mucho tiempo. Eran parte de un zoológico humano que iba a París con un numeroso grupo de individuos. Saltaron al agua, y debieron ser muchos porque es conocido que los selk'nam no saben nadar.

Inv. n°: 047

Material: postal en blanco y negro, cartón dúplex

Dimensiones: 14 x 20 cm

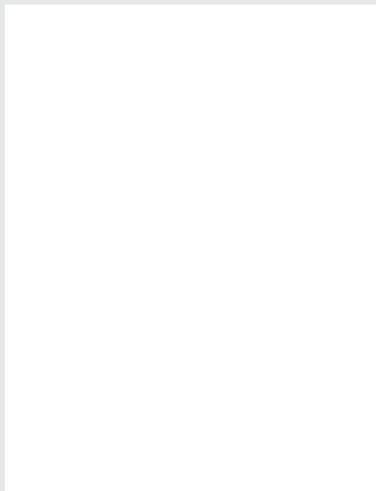
Sala: Ch-M





PIEZA N° 248

Diente de oro



Este diente fue fundido con oro proveniente del lado argentino de la Tierra del Fuego. El oro, hasta donde se ha podido establecer, fue extraído a mediados de 1896 en las cercanías de Río Grande por un inmigrante eslavo de apellido Novak. El derrotero del metal que compone esta pieza dentaria se narra en esta crónica publicada en 1975 en el boletín estudiantil de la Escuela Las Mercedes, de Porvenir:

«Novak entró en la ferretería de Río Grande y se paró a mirar las herramientas que colgaban del escaparate. Martínez, el ferretero, le dio los buenos días y se quedó esperando. Pero el gringo no respondió, y en vez de eso se asomó por la ventana, como para darle tiempo a un acompañante de que lo alcanzara, o asegurándose que nadie lo siguiera. Sólo cuando otra persona entró, un niño que hacía los mandados, Novak respondió al saludo del ferretero y se acercó para pedir herramientas, tabaco, mate y otros víveres. Martínez juntó las cosas y las depositó sobre el mostrador, luego



las sobrevoló con la mirada y lanzó un número, la suma de la cuenta. Novak se acercó al mostrador casi renqueando, como si tuviera una pierna dormida, y sacó de su guante una pepita. Parecía puro oro, puro fierrillo, recién sacado de una veta. Martínez quiso preguntar, por pura curiosidad, de dónde la había sacado, pero los ojos de Novak estaban enterrados en él esperando una reacción; y nadie pregunta el origen de un dinero cuando lo recibe. Martínez le dijo que por eso podía darle también un par de paquetes de velas. Novak no se negó. Dejó la pepa sobre el mesón y el ferretero la tomó, sin prisa ni demora, para guardarla en una bolsa de cuero de foca que mantenía al fondo de un cajón, escondida tras unos libros contables (...). Le dio la orden al muchacho para que ayudara al recién venido a cargar todo en su caballo y vio alejarse al hombre envuelto en el mismo silencio con que había entrado (...).

Meses después atracó el *York* en Río Grande, con su cargamento de ingleses sedientos, de los cuales todos, salvo el capitán, un colorín de apellido Kelly, parecían andrajosos pordioseros del océano. Kelly entró en la ferretería de Martínez acompañado del cocinero, un peruano bajo y de piel oscura. Tenía en la mano una lista escrita en inglés que pronunciaba en voz alta para que el peruano tradujera punto por punto. Colgando del hombro, Kelly llevaba una escopeta Purdey de dos tiros con unos elefantes de plata tallados en la garganta. Martínez, como poseído por la perfección del labrado, le espetó al peruano que a cuánto le vendía su capitán la escopeta. El cocinero se quedó perplejo un segundo, y luego le chapurreó en inglés al colorín, igual de atónito que su subalterno. El inglés bufó una carcajada, breve. Luego se dirigió a Martínez, seguro de que lo entendería: «Not for sale, not for sale». Martínez insistió. Le pidió al peruano que le explicara a su jefe que podían llevarse toda la lista, si querían, a cambio de la escopeta. El peruano se hizo entender en un inglés imperfecto, pero la respuesta de Kelly fue la misma: «Not for sale». (...) Martínez abrió la gaveta y sacó la bolsa de piel de foca. (...) Minutos más tarde, el niño de la ferretería y el peruano salieron en dirección del puerto cargando



cajas y cajas de víveres. Tras ellos venía Kelly, con el uniforme más limpio, o quizás caminando más erguido, con una sonrisa tranquila y su hombro despojado de la escopeta. (...)

La siguiente parada del *York* fue el puerto de Buenos Aires. Ahí descargaron una parte de los fardos de lana recolectados en los puertos de la Patagonia; los dañados, porque los de mejor calidad seguirían hasta Londres. No así Kelly. El pelirrojo había aceptado una oferta como capitán de cargueros en la ruta del Báltico, lo que le acortaría el tiempo fuera de casa, lejos de los mellizos que su esposa había dado a luz mientras él cruzaba el Pacífico. Quizás para festejar su regreso, o para despedirse, al fin, de sus andanzas, decidió encaminarse a un prostíbulo del que su contralmirante le había hablado, en el número 506 de la calle Corrientes. Fue a la salida, delatado por su andar alegre, donde lo abordaron los muchachuelos que lo degollaron para sacarle todo lo que llevaba en los bolsillos.

La pepita de oro de Kelly llenó las panzas y el hígado de esos pobres diablos por algunos días. El tendero que la recibió la dio a su vez en parte de pago a su casero, un insistente y esquelético burgués de origen búlgaro que en todo trataba de complacer a su esposa. La esposa recibió la pepita y con ella compró unos vestidos. El sastre pagó unos caballos para su carreta a un estanciero de Entre Ríos, que traía reses y jamelgos a la capital de vez en cuando, más como excusa para irse de putas que por necesidad de comerciar. Donatella, su dama favorita, guardó la pepita como un tesoro. Pensó hacerse con ella algún día unos aros, una chapita, pero finalmente se decidió por un anillo que le diera una falsa respetabilidad de mujer casada en los lugares donde nadie la conocía. (...)

Cerca de veinte años estuvo en su mano, y lo tenía en su mano cuando una tarde, cansada de no tener hijos a los cuales malcriar y de administrar una confitería donde otras chicas ofrecían sus servicios, decidió volver a Roma. Llegó a la casa de su hermana, en el Pigneto, pretendiendo ser una señora. Una dama rica y generosa, ávida de convertirse en nodriza de sus sobrinos, o sobrinos nietos, hasta el fin de sus días. Ropas finas, perfumes y joyas de mujer sol-



tera habían pasado a ser preponderantes en su atuendo. Por eso, cuando la madre de las hermanas, ya anciana, le pidió ayuda para salvar algunas deudas que tenía el padre, no dudó en soltar el anillo, cuya principal utilidad era recordarle su eterna soltería. (...)

Después de algunos años dando vueltas, el anillo llegó a un montepío, donde se arrumbó junto a otras piezas áureas para ser fundidas en pequeñas pepitas. (...) Elías Momberg tenía un gramófono, pero había perdido un canino al caerse de la bicicleta. Llevó el gramófono al montepío con la intención de cambiarlo por una pieza de oro. Recibió la porción del anillo fundido. Luego caminó hasta el despacho del doctor Lizardi, quien en el momento licuó la pieza y la puso en un molde para darle la forma precisa que llenaría el vacío en su dentadura (...)

En 1941, Momberg consiguió un puesto en Milán como encargado de una oficina de correos. Los carteros de su oficina lo habían tildado de «raro», porque no tenía esposa; se burlaban secretamente de él por su costumbre de sonreír mostrando el brillo de su pieza dentaria (...). Cuando comenzó la deportación, nadie imaginó lo que sucedería. Nadie salvo Elías, quien tuvo el revelador desatino de abrir unas cartas del comando de Mussolini, en las que se detallaban sin rodeos los pasos a seguir en relación con los judíos. Elías se propuso escapar una noche, pero tuvo la mala suerte de ser sorprendido por dos SS en la via Corsico, cuando pretendía llegar a un botecito que lo esperaba en la costanera del Naviglio Grande. Antes de llegar a la esquina, uno de los soldados le descestró un tiro justo en la frente (...). Su reloj de oro y el diente, una vez extraídos por los sonderkommando, fueron a parar a la oficina del coronel a cargo de Milán, Walter Rauff.

Contraviniendo todo procedimiento, Rauff llenó una bolsa con dientes de oro y la escondió en su habitación del albergue Regina. Al día siguiente lo envió en una caja, con órdenes específicas, al Vaticano, a nombre del padre Piero Francescola (...) Una vez huido de Rímíni, donde estuvo prisionero, Francescola se encontró en secreto con Rauff para darle su pasaporte de la Cruz Roja –con





el nombre de Enrico Gómez- y la caja que el cura había recibido, meses antes, en su despacho (...). Ya en Ecuador, Rauff fundió los dientes y todas las piezas de oro que había llevado consigo. Salvo una, un canino, que guardó de amuleto (...). Con aquella pieza en el bolsillo llegó a Punta Arenas, y luego a Porvenir. En esa ciudad, ya con su nombre verdadero, se hizo cargo de la Pesquera Pirata».

Inv. n°: 053

Porcentaje de oro: 98% (1% estimado en sarro,
0,7% de cal de concha marina, 0,3% no identificado)

Dimensiones: 1,8 x 7,2 x 21 mm

Peso: 3.19 g

Sala: Ch-M





PIEZA N° 705

Conversación en Dawson, *circa* 1892



Un marino alemán, de visita en la misión San Rafael, conversa con una de las indígenas refugiadas.

Inv. n°: 059

Material: gelatina sobre papel

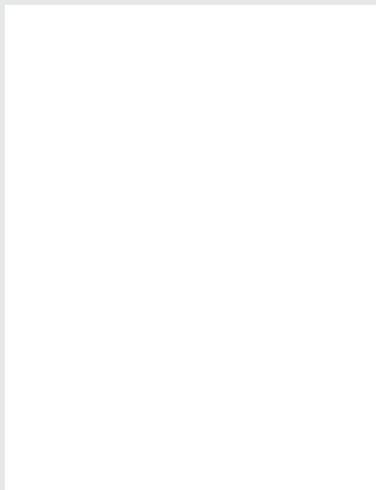
Dimensiones: 9 x 18 cm

Sala: Ch-M



PIEZA N° 105

Libro *Floreillas silvestres*, del padre Maggiorino Borgatello (1924)



La obra es una recopilación de fragmentos biográficos de niños fallecidos en la Misión San Rafael de Isla Dawson, centrados en sus últimos días. Para dar una idea del contenido de la publicación hemos seleccionado la historia de Miguel Bernabé Rúa, doce años, alakalufe:

«Cierta día llegó a la Misión de San Rafael en la Isla Dawson, en una débil barquilla, hecha con corteza de árbol, acompañado de un grupo de otros salvajes en traje casi adamítico. En seguida atrajo sobre sí la atención de los Misioneros por su carácter alegre y sincero, por su vivacidad y modestia, por su candor angelical e inteligencia nada común. Lejos de parecerse a la generalidad de los salvajes Alakalufes, los cuales son taciturnos, tristes, sospechosos y desconfiados, hacía hermoso contraste por su natural alegre, su rostro sonriente y por su suavidad en el trato y expansivo en sus palabras.

Era huérfano de padre y madre; se hizo amigo de los Misioneros, sin abandonarlos jamás.



Hacia pocos días que había llegado a la Misión cuando llegué yo allá. No bien desembarqué, el jovencito se me vino al encuentro como si hubiese sido siempre su amigo, y sonriente me tomó por la mano diciéndome:

–¿Buenos días, Padre, cómo está Ud.? Muy bien, gracias.

Quedé asombrado al recibir tan afectuoso saludo de un jovencito salvaje, aun cuando no esperara mi respuesta, sino que la diese él mismo. Entonces le pregunté:

–¿Cuál es tu nombre?

–¿Cuál es tu nombre?

–¿Eres bueno?

Y él:

–¿Eres bueno?...

Enseguida comprendí que no sabía más castellano que aquel saludo que me había hecho, y que había aprendido a la manera de un loro sin darse cuenta de su significado. Se le conocía el deseo que tenía de hablar y preguntar muchas cosas, sin poder hacerlas sino en su lengua Alakalúf, que yo no comprendía. Me acompañó a la Casa Misión y quedóse conmigo siempre festivo, displicente por no poder comprenderme, ni yo a él, pues sólo nos servíamos de signos. Mas, gracias a su inteligencia y voluntad de hierro, en poco tiempo aprendió nuestra lengua.

Lo primero que quiso aprender fueron las oraciones, que rezaba muy gustoso y con mucha devoción. Luego aprendió a ayudar la Santa Misa y la Bendición con S. D-M. vestido de acólito, y tan modesto y recogido que parecía un angelito.

Se le preparó para que recibiera el S. Bautismo y la Confirmación, que le administré yo mismo el 15 de Abril del 1891, imponiéndole el nombre de Miguel Bernabé Rúa, como homenaje al primer Sucesor del Ven. Don Bosco.

Desde aquel día observó siempre una conducta muy ejemplar; hasta mereció ser propuesto como modelo a todos sus compañeros. Durante el recreo su diversión favorita era hacer altarcitos e imitar al sacerdote en las funciones sagradas.





Cada día barría él la sala de clase y el dormitorio; ayudaba a cargar leña y agua para la cocina y en ningún momento se quedaba en ocio. En las comidas, siempre se abstenía de algún bocado o pedazo de pan para llevarlo a alguno de los niños, últimamente llegados, con el fin de amistárselos; luego les enseñaba las oraciones y los cánticos sagrados. Era, en una palabra, un pequeño apóstol. Habiendo visto, cierto día, llegar un niño de su edad, casi desnudo y temblando de frío, él, sin decir palabra, corrió al dormitorio, quitóse los calzoncillos y lleno de contento los llevó a aquel pobre niño. Asombra, en verdad, acto tan grande de caridad y de desprendimiento en un joven de aquella edad, particularmente siendo indio, siempre más dispuesto a recibir que a dar.

Muy bien pronosticaban los Misioneros a su respecto; pero los designios de Dios eran muy diversos. El Señor quería quitarlo del medio de un mundo corrompido y corruptor antes que perdiese su angelical inocencia, para que fuese a cantar sus glorias en el Cielo por toda la bienaventurada eternidad. Cuando todos creían que viviría largos años, debido a su constitución física muy robusta y fuerte, le arrebató la muerte, casi repentinamente, después de pocos días de pulmonía doble.

Después de haber recibido los santos Sacramentos con grande edificación de todos, se dispuso, siempre alegre y contento, a hacer la voluntad de Dios, preparado para morir, si así lo quería Dios, sin el menor pesar de dejar el mundo. Durante su enfermedad nunca se lo oyó quejarse; sólo sentía el no poder ser por más tiempo útil a la casa y ocasionar molestias al enfermero. Este lo asistía día y noche con mucha paciencia y caridad. Era el hermano coadjutor Juan Asvini.

El 29 de Enero, fiesta de San Francisco de Sales, tanto se agravó la enfermedad que estuvo a punto de morir, pero duró hasta el 31 de Enero, aniversario del fallecimiento de nuestro buen Padre, el Ven. Don Bosco. Se diría que Don Bosco consiguió se retrasara su muerte para tenerlo consigo en aquel mismo día. Eran las siete de la mañana. Mientras en la Iglesia se cumplían las sagradas funciones, Asvini procuraba que el enfermo repitiese santas jaculatorias,



disponiéndole de este modo a bien morir, pues veía que se empeoraba notablemente. De repente, el enfermo se sienta sobre la cama, pide al enfermero el arco y la flecha que se hallaban colgados de la pared cerca del lecho, y la apuntó hacia el cielo, como si quisiese decir: “Allá quiero yo ir derecho como esta flecha”. Mas enseguida dejó caer todo sobre la cama y fijando, sin pestañar, su mirada en un punto, y dibujándose en su rostro una dulce sonrisa, empezó a exclamar: “¡Cuánto es hermoso!... ¡Qué hermoso!... ¡La Virgen!... ¡me voy!... ¡me voy!”.

Quedóse extasiado al contemplar aquella celestial visión durante largo tiempo y concluyó diciendo: “¡Virgen!... ¡vamos!...”, y cayó en el lecho exhalando su último respiro. La Virgen Auxiliadora se lo llevaba consigo al Paraíso.

¡Hermosa muerte fue la suya!... Porque hermosa y santa fue su vida, aunque muy corta. Aun después de muerto conservó en sus labios su acostumbrada sonrisa; parecía que durmiese plácidamente. Todos sus compañeros lo quisieron ver y no podían desprenderse de su cama, como si un imán los detuviera. Tanto los Misioneros como los indígenas ya civilizados no hacían sino repetir “¡Es un santito!”.

Sí, él fue verdaderamente un santito de raza silvestre.

¡Gloria a él! ¡Y gloria a Dios que en él cumplió su redención!... Imitémosle en sus virtudes.»

Inv. n°: 061

Material: libro impreso. Turín, Scuola
Tipografica Salesiana, ed. de 1924

Descripción: 156 p. : il., fot.

Sala: P





PIEZA N° 251

Primera carta de I.D. al periódico *El Chileno*,
publicada el 8 de noviembre de 1895, N° 3491 (Santiago)



EN MAGALLANES LOS INDIOS FUEGUINOS Y LOS SALESIANOS



Cacerías de indios, escenas de sangre
UNA RAZA QUE SE EXTINGUE

Desde hace algún tiempo la prensa reproduce denuncias de lo que está pasando en Magallanes y la Tierra del Fuego con los indígenas, a quienes se les asesina por partidos, dándoles caza como a bestias salvajes. Pero nunca se han dado a luz detalles como los que encierra la carta que insertamos más abajo. Una persona respetable, testigo ocular de los sucesos narrados, ha escrito, a petición nuestra, esta carta y otra que publicaremos mañana, en las cuales se narran sencilla y desnudamente los horrores de que están siendo teatro aquellas regiones del territorio chileno.





Los hechos denunciados, especialmente los contenidos en la segunda carta, que verá la luz mañana, son de tal naturaleza, tan graves, tan repugnantes para toda alma de hombre civilizado, que omitimos todo comentario y entregamos estos relatos en su elocuente sinceridad a la consideración del país y del Gobierno. Digan los lectores, después de enterarse de estos hechos, si es posible que semejantes atrocidades ocurran en territorio chileno y en una ciudad como Punta Arenas, por obra de la misma autoridad.*

Señor Director de *El Chileno*:
Estimado señor:

La última vez que tuve el gusto de hablar con usted prometí hacerle llegar por escrito y en forma sencilla la relación de las escenas que he visto en Magallanes durante los últimos meses de mi estadía en dicho territorio.

Acaso no es la primera vez que las bárbaras matanzas de indios, las cacerías de fueguinos amparados por la autoridad, van a producir en el público la sensación de horror e indignación que levantan en cualquier hombre civilizado. En repetidas ocasiones un periódico de Punta Arenas, *La Razón*, que ya dejó de publicarse, publicó algunos hechos que desgraciadamente no tuvieron eco en la opinión pública, sin duda por la escasa autoridad del periódico aludido, que se suponía inspirado por odios políticos al Gobernador de Magallanes.

Yo espero, sin embargo, que desde las columnas de *El Chileno* lograrán mejor suerte estas líneas que trazo, obedeciendo a su galante invitación y para satisfacer la necesidad que mi alma

* *El Chileno* era uno de los siete periódicos que existían en Santiago en 1895. Tiraba 7.000 ejemplares a diario. El día de la publicación de esta carta se agotó poco después del mediodía.





experimenta de referir al país entero las salvajes atrocidades que los representantes del poder están cometiendo con una raza de infelices indígenas.

Los indios fueguinos forman una raza, a estas alturas no muy numerosa, que vive en un extenso territorio, bajo un clima frío, cubiertos por nieve durante muchos meses del año, moviéndose de un punto a otro sin formar pueblos ni agrupaciones. Su carácter es suave y dócil; tienen el temperamento frío y apático de los pueblos de estos climas. Y, a diferencia de los araucanos, practican la monogamia y no conocen los horribles vicios del alcoholismo.

La congregación salesiana ha emprendido la ardua y grandiosa tarea de civilizar a esas tribus, buscándolas en sus bosques, llanuras y en sus islas a través de un laberinto de canales, para agruparlas en las misiones bajo la luz del templo, de la escuela y de los talleres. En la Isla Dawson, la más importante de esas misiones, un futuro pueblo de fueguinos vive y prospera en casas limpias y decentes, vestidos a la europea, ocupados en los oficios que los salesianos les han enseñado. Hasta han organizado una banda de músicos, con bronces que tocan con verdadera maestría. Las monjas de María Auxiliadora cuidan de las mujeres y niñas, dando pruebas de verdadero heroísmo en la paciente, tenaz y muchas veces ingrata labor.

La obra de los salesianos en la Tierra del Fuego es de esas que están más allá de toda consideración de nacionalidad o de diferencias religiosas; basta tener sentimientos humanos para aplaudirla y reconocer su grandeza. Un solo hombre se ha atravesado allí, con procedimientos que no quiero calificar, en el camino de sacrificios que hacen los salesianos: es el ex contralmirante de marina, actual Gobernador de Magallanes, don Manuel Señoret, persona que en su odio sectario a los misioneros ha llegado a extremos de barbarie increíbles.

Desde su periódico, *El Magallanes*, hace insultar constantemente a los salesianos y pone toda clase de estorbos a su empresa. Pero este no es el tema de mi carta: es cosa conocida en el cristia-



nismo que los misioneros enfrenten tropiezos como este, y aun entreguen la vida por su fe. Lo grave es que en el empeño por impedir que los indios se agrupen en las misiones se ha emprendido contra ellos una bárbara y espantosa persecución, que rebasa todos los límites del salvajismo. Los indios roban a veces las ovejas, o como ellos dicen, cazan el «guanaco blanco»,* sin tener conciencia cabal de la propiedad, en su ignorancia y oscuro entendimiento. Y a la vista de la autoridad, con su tolerancia y aprobación indirecta, se han organizado verdaderas cacerías de indios, partidas de gente armada que se lanza en persecución de las dispersas tribus, matando a hombres y mujeres a balazos como si fueran rebaños de guanacos. Es de conocimiento público que se llega a pagar hasta una libra esterlina por cada oreja de indio, pero también se cuentan los senos de las mujeres como una forma de evitar que la raza prospere. La cacería tiene más éxito cuando una india en avanzado estado de gravidez cae en esas manos habituadas al asesinato. Entonces clavan la bayoneta en el vientre de la indefensa, le arrancan el feto y también a este le cortan las orejas. Los asesinos reciben por los dos pares una recompensa mayor.

Esto es sólo una parte. He oído referir hechos que dan frío y encienden la indignación en el alma, atrocidades que hoy no se ven en los países más salvajes del mundo. Dos indios de la Misión de Dawson, Luis y Octavio, estaban medianamente civilizados cuando fueron a la Tierra del Fuego para invitar a sus parientes y amigos a la misión para civilizarse como ellos. Es una hermosa manera de atraerlos que se ha empleado con éxito. Los mismos indios, Luis y Octavio, contaban después con la voz trémula y el espanto pintado en sus rostros las peripecias de su viaje. Al pasar por una hacienda, dos hombres a caballo los siguieron y, sin que ellos hubieran hecho nada que pudiera reprochárseles, sólo por ser indios, les dispararon tiros de rifle. Ocultáronse los indios

* Ante la invasión de los colonos en Tierra del Fuego y la instalación de ovejerías que ocupaban el espacio donde antiguamente pastaban los guanacos, presas predilectas de los selk'nam, estos comenzaron a cazar y robar ovejas, a las que llamaron «guanacos blancos».





en los matorrales. Los perseguidores dispararon por mucho rato entre las ramas al azar, buscándolos rabiosamente. Por último los fogonazos cesaron, y al ver a los cazadores alejándose, Luis y Octavio salieron de su escondite. A pocos pasos hallaron tendido, sobre un charco de sangre, el cuerpo del pobre indio con quien un momento antes habían conversado. Pero los cazadores de hombres no se habían ido sin coger una pieza, y le habían arrancado las orejas al caído.

Día a día, sabiéndolo todo el mundo, refiriéndose estos hechos en Punta Arenas, caen a centenares los infelices indígenas cazados como fieras por los blancos. Los salesianos han pedido por favor que se les entreguen todos los indios que sea posible, y que ellos se encarguen de civilizarlos, enseñarles un oficio y hacerlos útiles para la sociedad y para sí mismos. La Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego accedió a estos pedidos y ya 225 de sus indios viven hoy junto a otros centenares de sus hermanos en Isla Dawson, donde reciben casa, comida, trabajo, moralización y enseñanza. Allí los vi en mi visita a la Misión, alegres, satisfechos, amables y brillando en sus miradas como una nueva luz encendida en sus almas por la civilización cristiana. Pero el gobernador Señoret, en vez de acceder a la petición de los salesianos, quienes sólo desean recibir a los indígenas para hacerles el bien, ha querido arrebatarles los indios para someterlos a las bárbaras crueldades que relataré a Ud., señor Director, y que sus lectores verán con el horror que producen los actos de salvajismo.

La Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego había recogido 165 indios que se preparaba para enviar a Isla Dawson. Ahí, monseñor Fagnano los aguardaba con el afecto con que los salesianos reciben a estas pobres gentes. El gobernador Señoret no pudo soportar que de esa forma escapasen los indios a las cacerías, motivo por el cual mandó al escampavía *Huemul*, de la Armada Nacional, para arrebatar los indios a la caridad de los salesianos y traerlos a Punta Arenas. La estadía de estos desventurados en poder de Señoret tiene detalles tan horrorosos que se hace difícil



creerlos. Aquí me limitaré a referir lo que he visto personalmente y sólo lo que he visto, pudiendo así desafiar a cualquiera de los vecinos de Punta Arenas a desmentir lo que narraré a continuación.* Pero como ya he abusado de su paciencia y del espacio de su diario, dejo para mañana este doloroso relato que hago en nombre de los sentimientos de la dignidad y la civilización.

De Ud. Att. i S.S.
I.D.

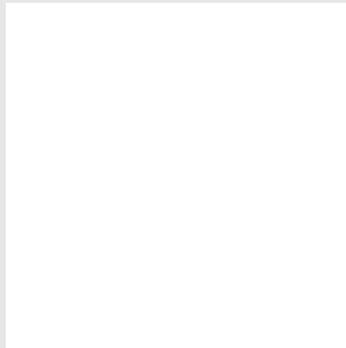
Inv. n°: 067
Origen: compra de anticuario
Material: periódico impreso
Dimensiones: 60 x 75 cm
Sala: P

* Durante el sumario por «vejámenes contra los indígenas de la Tierra del Fuego» llevado a cabo en Punta Arenas entre 1896 y 1904, el juez Waldo Seguel envió cuatro notificaciones al director de *El Chileno* solicitando su concurrencia para revelar la identidad del firmante de la carta, a quien quería llamar a declarar. Solo hubo evasivas y nadie de iniciales I.D. concurrió a testificar en el juicio de marras.



PIEZA N° 202

Roter Mohn (1938), de Rosita Serrano, autografiado



Este ejemplar del disco de Rosita Serrano (1912-1997), la cantante favorita del Tercer Reich, llamada en Alemania *Die Chilenische Nachtigall*, el ruiseñor chileno, contiene una dedicatoria: «Para el general Pinochet, admirador como yo de esta gran cantante, ejemplo de grandeza posible entre Chile y Alemania, con eterno agradecimiento, W.R.».

Inv. n°: 071

Material: vinilo con estuche

Origen: Telefunken Decca

Dimensiones: 30,5 x 30,5 cm

Sala: Ch-M



PIEZA N° 164

«El abrazo del Estrecho» (1899)



En su segundo mandato presidencial, el entonces presidente de la Argentina, Julio Argentino Roca, coordinó un encuentro con el presidente de Chile, Federico Errázuriz Echaurren, con el objetivo de establecer un diálogo conciliador. El 20 de enero de 1899 Roca emprendió el viaje a bordo del acorazado *Belgrano* hacia Punta Arenas, acompañado por Martín Rivadavia, ministro de Marina y al mando del buque. También zarpó el crucero liviano *Patria*, donde iban los corresponsales; más tarde se les unirían la fragata *Sarmiento* –buque escuela que hacía su viaje inaugural– y el transporte *Chaco*, en el que viajaba el ministro de Relaciones Exteriores, Amancio Alcorta.

El 15 de febrero llegaron al puerto de Punta Arenas. El presidente Errázuriz envió una delegación para saludar a Roca y ofrecerle su visita. El argentino se le adelantó embarcándose en la falúa de gala junto a sus ministros. A bordo del *O'Higgins*, la banda chilena ejecutó el Himno Nacional Argentino y luego el Himno Nacional de Chile; después de las presentaciones se inició el diálogo de los mandatarios, que continuaría los dos días siguientes. El encuentro, bautizado por la prensa como «El abrazo del Estrecho», fue patrocinado por los grandes empresarios de la región, quienes alojaron a ambas comitivas en hoteles de su propiedad. Errázuriz fue agasajado con un almuerzo en el palacio de los Braun y Roca



con una comilona semejante en la mansión de Menéndez. Según el historiador José Luis Alonso Marchante, «ese fue el momento en el que los acaudalados empresarios magallánicos, entre copa y copa de champagne y opíparos banquetes, expusieron abiertamente a los respectivos presidentes sus demandas que, en el caso de Chile, pasaban por la promulgación de una ley que les permitiera hacerse con la propiedad de las tierras que explotaban y, en el caso de Argentina, por la obtención de nuevas concesiones».

El encuentro quedó inmortalizado por esta fotografía, tomada a bordo del acorazado *Belgrano*. En ella se ve el grupo de elegantes hombres rodeados por los marinos en formación; al centro, los presidentes Roca y Errázuriz, y tras ellos una corte de asistentes y empresarios, entre los cuales distinguimos al ministro Abraham Gacitúa Brieba y a los empresarios José Menéndez, Mauricio Braun, Henry Leonard Reynard, Juan Blanchard, Edward Stanton Younge y Jack Torrance, entre otros.

Inv. n°: 073

Origen: desconocido

Material: gelatina de plata sobre papel

Dimensiones: 20 x 16 cm

Sala: Ch-M



PIEZA N° 77

Censo del territorio de Magallanes, 28 de noviembre de 1895

Población blanca

Punta Arenas		3.227
Tierra del Fuego y Dawson		566
Patagonia chilena		1.298
Islas australes		77
Total habitantes		5.168

Población indígena (cálculo)

Indios patagones		300
Alacalufes		500
Onas	Se cree que son 4.000 entre Chile y Argentina	2.001
Yaganes		5002
Total habitantes		3.300

Inv. n°: 079

Fuente: Fernando Aliaga Rojas,
La misión salesiana en Isla Dawson (1889-1911)
(Santiago: Ediciones Don Bosco, 2000)

Material: Impresión láser sobre cartón

Dimensiones: 50 x 72 cm

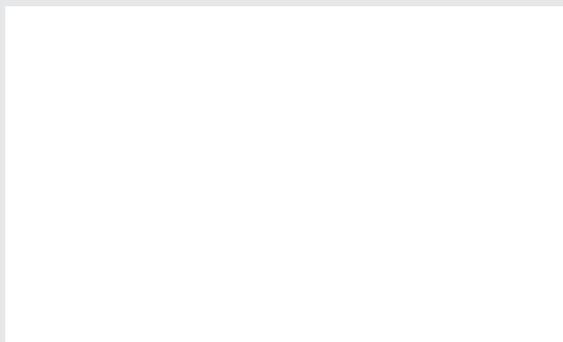
Sala: P





PIEZA N° 243

Nota aparecida en *El Mercurio de Valparaíso*
sobre el matrimonio de Abraham Gacitúa Brieba (1862-1932)
con Fanny Braun Hamburguer (1876-1914), 14 de agosto de 1902



Matrimonio.- Con una solemnidad inusitada se efectuó anoche en el templo del Espíritu Santo el matrimonio de don Abraham Gacitúa Brieba con la señorita Fanny Braun. La iglesia se hallaba adornada sencillamente, pero con mucho gusto. En la nave principal tomaron asiento no menos de 200 invitados, entre los que figuraban el intendente de la provincia, ministros de la Corte, abogados, marinos, y numerosas familias de nuestra sociedad. A las ocho y media, cuando el templo se hacía estrecho para contener a la concurrencia, que llenaba completamente las tres naves, llegó el ilustrísimo obispo de Ancud, señor Jara, acompañado del gobernador eclesiástico don Luis Enrique Izquierdo y del cura de la parroquia, don Cristóbal Villalobos. La orquesta, hábilmente dirigida por don Nicolás Vial Torres, tocó una hermosa obertura. Cinco minutos después llegaron los contrayentes, los padrinos y testigos, todos los cuales tomaron colocación en el presbiterio, en elegantes reclinatorios cubiertos con paños de raso de seda. La orquesta ejecutó entonces la Fantasía de Aída y el Ave María de Gounod. Después



de esta parte musical el señor Jara, revestido de pontifical, dirigió la palabra a los novios con la elocuencia que lo caracteriza, y en seguida procedió a bendecir el matrimonio. Terminado el acto la orquesta tocó la marcha de *Tannhauser*.*

Inv. n°: 083

Material: papel periódico, recorte

Dimensiones: 2,5 x 3 x 0,5 cm

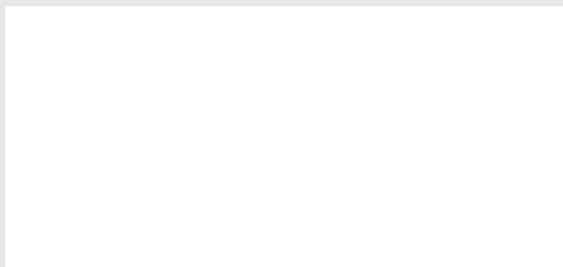
Sala: P

* Gacitúa Brieba visitó Magallanes en 1899, como miembro de la delegación que acompañaba al presidente Errázuriz; fue en ese viaje que conoció a Fanny Braun. Gacitúa Brieba estudió en la Escuela Libre de Derecho y Economía Política de París y pasó a integrar la Corte de Apelaciones de Valparaíso, de la cual dependía el Juzgado de Letras de Magallanes. Fue militante del Partido Liberal Democrático y diputado representante de Ancud, Quinchao y Castro en diversos periodos. Fue ministro de Industria y Obras Públicas (1900) y senador por Coquimbo (1915-1921). Su matrimonio con Fanny Braun duró poco más de once años; ella murió por causas no del todo aclaradas en 1914 y Abraham desposó a su hermana, Ana Braun.



PIEZA N° 244

Nota aparecida en *El Mercurio* de Santiago
sobre el matrimonio de Abraham Gacitúa Brieba
(1862-1932) con Ana Braun (1873-1948), 9 de mayo de 1914



Matrimonio.- Con solemnidad se efectuó en la Iglesia de las Agustinas el matrimonio de don Abraham Gacitúa Brieba con la señorita Ana Braun. En la nave principal tomaron asiento no menos de 100 invitados. A las ocho y media llegó el ilustrísimo obispo de Ancud, señor Jara, acompañado del vicario general de la Arquidiócesis de Santiago, don Martín Rucker Sotomayor, y del cura de la iglesia, don Luis Silva. La orquesta, dirigida por don Nicolás Vial Fernández (hijo de Nicolás Vial Torres), tocó una obertura. Cinco minutos después llegaron los contrayentes, los padrinos y testigos, todos los cuales tomaron colocación en el presbiterio. La orquesta ejecutó entonces el Ave María de Schubert. Después de esta parte musical el padre Silva procedió a bendecir el matrimonio. Terminado el acto la orquesta tocó la Marcha de Radetzky.

Inv. n°: 089

Material: recorte de periódico

Dimensiones: 10 x 5 cm

Sala: P



PIEZA N° 106

Inventario de visiones de indígenas agonizantes,
Misión San Rafael, *circa* 1900



1. Miguel Bernabé Rúa, indio alakáluf (12 años)
Visión antes de morir: llevado por la Virgen santísima al Paraíso.
2. María Luisa Ona (13 años)
Visión antes de morir: llevada por Cristo en persona al Paraíso.
3. María Pacífica, india yagán (7 años)
Visión antes de morir: muerta sin visión.
4. María América, india ona (18 años)
Visión: Virgen María Auxiliadora rodeada de ángeles.
5. Mercedes Escobar (15 años)
6. Carmen Vargas (18 años)
7. María de Mercedes Muñoz (18 años)
(todas indígenas)
Visión: María Auxiliadora.
8. Mercedes Navarrete (14 años), indígena
Visión: el cielo.



9. Catalina Zambueza (14 años), indígena

Visión: Dios y la Virgen.

10. Ramón Díaz, indio alakáluf (18 años)

Visión: La Virgen y don Bosco.

11. Daniel, indio yagán (15 años)

Visión: no registrada.

12. Felicita Bisio, alakalúf (15 años)

Visión: cielo.

13. José Aldobrandini, ona (16 años)

Visión: muerto sin visión.

14. Ángel Fabiani, alakáluf (15 años)

Visión: muerto sin visión.

15. Luis, ona (19 años)

16. Bautista, ona (20 años)

17. Sebastián, ona (22 años)

Visión: Ellos fueron vistos; se aparecieron a los sacerdotes y monjas de la Misión San Rafael; una monja vio a Luis aparecer después de muerto diciendo «Soy Luis, estoy a salvo...».

18. Bernarda (15 años), alakáluf

Visión: «Antes de morir se sentó en su camita y, con el rostro transformado por la alegría, con voz clara y distinta pronunció estas textuales palabras: “¡Oh, Virgen Purísima, Vos me llamáis al Cielo y yo deseo que cuanto antes venga la muerte para unirme a Vos, y permanecer en Vuestra compañía para siempre!”. Dicho esto apoyó su cabecita sobre la almohada y expiró».



19. Mercedes, 15 años

Visión: haber visto cerca de sí a la Virgen Sma. y se hallaba llena de consuelo.

20. Ángel Harris, alakáluf de 15 años

21. Próspero, alakáluf de 17 años

22. Marcelino Roux, ona de 13 años

Visión: «Hicieron todos una muerte edificante y envidiable, siendo dignos de ser propuestos a los demás como modelos».

23. Cándida Donoso: india ona (25 años)

Visión: «Ella vio a la Santísima Virgen por tres veces, en tres días distintos, y la última visita de la Santísima duró cosa de 27 minutos de reloj, conforme da fe una piadosa persona que se hallaba presente. María Santísima le dijo que había venido a visitarla porque la había visto sola y sufrida. La primera de las tres visiones tuvo lugar el día 11, la segunda el día 12 y la tercera el día 13 de diciembre, que fue el día de su muerte. Personas autorizadas atestiguan haber estado presentes y haber escuchado la conversación intensa de la moribunda con personas invisibles, acompañada con movimientos de manos, exclamaciones llenas de entusiasmo, expresiones vehementes, gran regocijo dibujado en su rostro e intenso afecto del corazón; circunstancias todas que no dejaban duda sobre que Cándida tuviese en realidad una visión celestial. Los indígenas son incapaces de simular tales cosas, ni saben mentir con respecto a estas cosas, mucho menos hallándose en los últimos instantes de su vida. Voló al Cielo el 13 de Diciembre de 1906, quinto día de la Octava de la Inmaculada Concepción de María Santísima».

Inv. n°: 097

Fuente: elaboración propia a partir de *Floreillas silvestres*, del salesiano Magiorino Borgatello (1920)

Material: infografía en plumavit

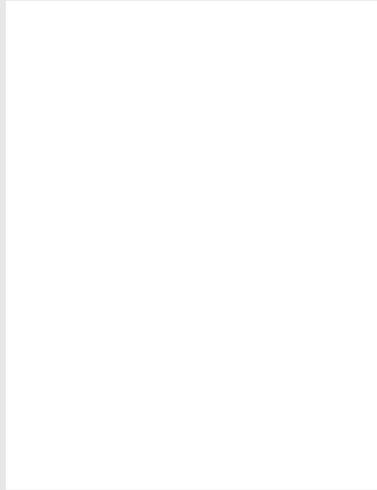
Dimensiones: 100 x 90 cm

Sala: P



PIEZA N° 3

Ejemplar de revista *Newsweek* (19 de marzo de 1984)



En la portada de este número de la revista *Newsweek* aparece el primer cartel de «MISSING» diseñado para ayudar en la búsqueda de niños perdidos en Estados Unidos. En él se ofrece una recompensa de US\$10.000 bajo la fotografía del niño Kevin Andrew Collins, quien desapareció después de su práctica de básquetbol el 10 de febrero de 1984 en San Francisco, California. Kevin fue visto por última vez a las 19:55 de ese día, esperando el bus número 43 en la esquina de Oak Street y Masonic Avenue. Según testigos, conversaba con un hombre alto y rubio. El caso se volvió emblemático por su gran difusión y por ser la primera vez que aparecía la foto de un niño en las cajas de leche de todo el país. Sin embargo, nunca se ha sabido el paradero del niño Collins.

Aunque no se advierte en la portada, este número incluye también una entrevista exclusiva al dictador Augusto Pinochet, titulada «Destiny gave me a job» (pág. 67). En esta entrevista, además de declarar que la UP fue «pensada por fuerzas que estaban directa o



indirectamente al servicio del imperialismo ruso», fue consultado sobre el exjefe nazi que permanecía en Chile. Pinochet declaró: «Rauff no ha hecho nada en Chile como para considerarlo indeseable. Él vive... en su cárcel privada... La cárcel de su conciencia».

Casi dos meses después, el 14 de mayo de 1984, Walter Rauff murió de un ataque al corazón en la casa de su hijo, acompañado de su familia.

Inv. n°: 101

Material: papel impreso en cuadernillo

Dimensiones: 28 x 21 cm

Sala: R



PIEZA N° 84

Menú del almuerzo, día 118 de la primera Expedición Popper, 1887

Sopa de apio a la salsa inglesa
Huevos de caiquén al aceite de lobo marino
Chicephaga magellanica con salsa Worcestershire*
Filet de guanaco al apio fueguino
Café sin azúcar

La fotografía se acompaña de una nota de Popper: «Debo advertir que nuestras provisiones estaban entonces reducidas a tres botellas de salsa inglesa y dos libras de café».

Inv. n°: 103

Material: hoja de álbum desprendida, ajada
Fuente: Álbum de la Expedición Popper perteneciente
a don Miguel Juárez Celman
Dimensiones: 12 x 7 cm
Sala: P

* Posiblemente sea una transcripción errada de *Chloephaga magellanica*, nombre científico del gansillo o ganso de Magallanes.



PIEZA N° 255

Huesos calcinados de niño selk'nam



Estos huesos, encontrados en Pampa Guanaco (Cameron, Tierra del Fuego), pertenecieron a un niño de entre 8 y 11 años. Se logró identificar un fémur, dos tibias, seis costillas mordidas y raspadas. Tras un examen de laboratorio con carbono 14 se determinó que datan de 1890, aproximadamente. En un comienzo se pensó en un funeral ritual, o bien que los cazadores de indios habían prendido fuego a un grupo familiar recién asesinado. Pero estas teorías no se sustentaban, porque los selk'nam no incineraban a sus muertos y por la ausencia de otros miembros de la familia junto al niño. Además, los huesos no se encontraban en su postura original, sino revueltos en un amasijo de tierra y ceniza. Sólo al ordenarlos se estableció que pertenecían a un menor.

La explicación del misterio se pudo conocer gracias al testimonio del señor teniente coronel Daniel Cruz Martínez, uno de los jefes de la Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego:

«Fue durante una cena en un hotel, el 11 de septiembre de 1895, aunque francamente no recuerdo si se trataba del Hotel del Puerto, de José Menéndez, o el Hotel Unión, de los Braun. Cenábamos en una mesa numerosa, atiborrada de carnes y ensaladas, en la que habían varias personalidades, incluyendo al comandante Ferrer, del escampavía *Huemul*, así como buscadores de oro de Tierra del Fuego. Uno de estos, que engullía vorazmente un costillar de cer-





do, porque venía llegando de Cameron ese mismo día, tuvo la gracia de comparar su plato con la vez en que tuvo ocasión de probar un costillar de indio ona, que por cierto le había parecido muy rico. La estupefacción se tomó de la mesa y el minero, sabiéndose dueño de tanta atención, procedió a contar con lujo de detalles cómo una mañana en que su grupo se encontraba acosado por el hambre, y ya sin víveres, habían salido a los alrededores a cazar un caiquén o guanaco cuando se encontraron a un indiecito. Luego de matar al niño lo asaron y comieron. Un horror. Gracias a la anécdota no fui capaz de tocar mi plato, pero tuve que pagarlo igualmente».

Inv. n°: 107

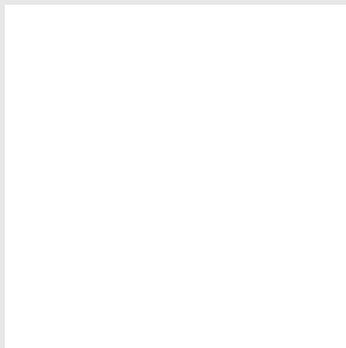
Material: hueso, cenizas, tierra

Sala: P



PIEZA N° 207

Estante de lingue con vidriera y billetes con el rótulo «Mi primer millón»



Antaño era costumbre que los hombres que se habían hecho ricos exhibieran un aprecio tal por su fortuna que conservaran intacta la primera pieza que habían ganado en su juventud, fuera un billete o una moneda. Siguiendo esa tradición, este mueble perteneció a José Menéndez, empresario patagónico que recolectó una enorme cantidad de fajos de billetes de peso para exhibirlos en este robusto estante con un labrado sobre madera que reza «Mi primer millón». Es posible que haya sido parte del mobiliario de su oficina. Fue adquirido por nuestro donante en una casa de antigüedades de Punta Arenas algunos meses después del 31 de diciembre de 1959, día en que el peso fue reemplazado por el escudo.

Inv. n°: 109

Material: madera de lingue, vidrio

Dimensiones: 3 x 0,5 m

Sala: Ch-M



PIEZA N° 130

Carta de A.A. Cameron a Mauricio Braun (1895)

Caleta Josefina, julio 25 de 1895

Señor Don Moritz Braun
Punta Arenas

Estimado señor: A la mañana siguiente de recibir aviso de la llegada del *Antonio Díaz*, me dirigí apresuradamente a la Caleta y tuve el disgusto de ver que el capitán se había hecho a la mar sin verme, a pesar de habersele dicho claramente que había un buen número de indios que llevar y siendo que había venido casi especialmente con ese objeto.

Me fue imposible dejar los indios en la Caleta porque no teníamos nada para darles de comer, mientras que en El Pantano hemos estado bañando las ovejas durante algún tiempo y siempre se mueren algunas. Además aquí tenemos todas las facilidades para conseguir carne para ellos.

Hemos estado cuidando estos demonios desde el cinco del presente y puedo asegurarle que estoy verdaderamente aburrido con ellos; hay necesidad de que tres hombres se turnen cada cuatro horas, de día y de noche, para custodiarlos, además de que se comen una cantidad de carne nada despreciable.

Estaba bañando las ovejas hoy cuanto tuve el gusto de divisar los mástiles del *Huemul* a la entrada de la bahía. Inmediatamente bajé a la playa y me llevaron a bordo, volviendo en seguida el buque al puerto. Quiero suponer que hayan navegado desde la casa de los guardas en la costa al extremo de



los últimos cercos, hacia adentro de la bahía, hasta que sólo había cuatro y media brazas de agua, desde cuyo punto regresaron, anclando en la entrada de la bahía, sin haber enviado botes ni tratado por medio alguno de descubrir si había un fondeadero o cosa parecida. El capitán creía evidentemente que en Bahía Inútil iba a encontrarse con un puerto enteramente cercado o algo por el estilo, y fue tal su desengaño al divisar el aspecto que presenta este sitio visto desde el mar que no creyó que valiera la pena continuar la exploración y, como todos los capitanes de Punta Arenas que vienen a Bahía Inútil, parecía desesperado por salir de aquí.

De ninguna manera es lo que yo deseaba y no estaré tranquilo mientras no se haya sondeado y explorado completamente este lugar. El *Huemul* entró por el lado sur de la Bahía y ni se aportó por Caleta Josefina. El capitán me dio a entender que volvería y haría un sondaje completo del puerto. Si él cree haber hecho algo de provecho con el viajecito que hizo desde la entrada de la bahía hasta el proyectado puerto, yo no lo creo así y me parece que el buque debería permanecer aquí por lo menos dos o tres días o una semana. Espero confiadamente que Ud. dará todos los pasos posibles para inducirlos a que manden de nuevo el buque por algunos días y pronto, antes de que los vientos empiecen a soplar.

Este hombre no ha visto la roca, ni sabe nada sobre dónde puede hallarse; en una palabra: no trató de hacer absolutamente nada de lo que se necesitaba. Yo me embarqué a las dos y media, hice el viaje de exploración y me encontraba de nuevo en tierra a las cuatro y media. Sin embargo, como deseaba mucho que se llevaran los indios, no insistí para que hiciera más por esta vez.

Ruego nuevamente a Ud. que interponga toda su influencia a fin de que el buque sea enviado aquí otra vez y se haga una exploración completa de la costa norte de la Bahía entre Caleta Josefina y El Pantano.





Para este establecimiento es un asunto de la mayor importancia el que la distancia entre las casas de la entrada y el puerto se acorte lo más posible.

El tiempo ha sido y sigue siendo muy malo y los bueyes, aunque no hacen casi nada en la actualidad, están en muy mala condición y no podrán comenzar a trabajar en la primavera.

Nuestros caballos están también en malas condiciones y hay muchos de ellos cojos a causa de las caídas en el suelo helado.

Hemos perdido dos de ellos, a causa de las penurias que sufrieron en las expediciones a los indios, y me admiro de que algunos de los hombres no cayeran extenuados también, pues le aseguro que el tiempo era horriblemente malo.

He sabido que la *Cristina* llegó a San Sebastián. Fue arrastrada por los vientos a cientos de millas mar afuera y demoró, según sé, veinticuatro días desde Punta Arenas hasta San Sebastián.

No tengo nuevas noticias de Wood que darle, ni cartas que remitir. Casi he concluido de bañar las ovejas; las hallo muy regularmente limpias y tengo todavía esperanzas de desterrar por completo la sarna. Las ovejas están sufriendo bastante ahora, porque la nieve, que cubre completamente el pasto, está helada y dura y todavía no hay ni asomo de deshielo.

Por próximo viaje a esta del *Antonio Díaz* sírvase mandarme las planchas de 8'2 del pontón que Ud. me prometió, para hacer las puertas y ventanas de la casa, como también media docena de tarros de pintura blanca, que olvidé cuando estuve en la colonia.

Hay algunos pequeños errores en las facturas remitidas por *Antonio Díaz*, pero se los indicaré en próxima oportunidad porque las facturas están en la Caleta y en este momento escribo desde El Pantano.





He hecho recorrer el bote del *Antonio Díaz* por individuos que conocen el ramo mejor que yo y dicen que no vale la pena de hacerle composturas, y como el bote es viejo y ha sido refaccionado ya en diferentes partes, no he creído conveniente hacerlo arreglar.

Como supongo que todos los indios irán directamente a Punta Arenas, no reservaré aquí más que los que yo necesito, así es que si Ud. necesita alguno puede elegirlo en esa (...)

Como no tengo estampillas allí, le ruego se sirva ponerlas en las cartas que le envió para el correo.

Desde el mes de abril en que los indios robaban ovejas de la playa no hemos vuelto a tener pérdidas por causa de ellos, al menos que yo sepa.

Todo trabajo en campo abierto está actualmente casi paralizado aquí, pues hay un pie de hielo sobre el suelo; tengo más bien demasiada gente y casi nada de trabajo que darle; sin embargo espero poder recomenzar el trabajo pronto.

Su seguro servidor.
A.A. Cameron

Inv. n°: 113

Material: impresión de tinta (3 páginas + traducción) en cenefa

Dimensiones: 22,5 x 16,7 cm

Sala: P





PIEZA N° 160

Matanza de perros yaganes



Las numerosas manchas que se observan sobre la tundra corresponden a los cuerpos de cientos de perros yaganes que fueron baleados en los enfrentamientos entre estancieros y selk'nam. En un principio, dado el parecido del perro yagán con el zorro patagónico, se había dado orden de contar, recolectar y apilar los cuerpos de estos animales para faenar las pieles, pero luego se decidió no proceder.

Inv. n°: 127

Material: fotografía, gelatina de plata sobre papel

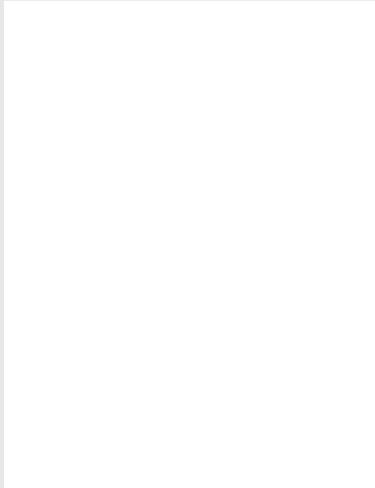
Dimensiones: 11 x 13 cm

Sala: Ch-M



PIEZA N° 4

Coloane sobre Rauff



Dice Coloane en este trabajo compilatorio de Virginia Vidal: «En Punta Rosario vivió Walter Rauff, el nazi que fue enterrado no hace mucho. En su funeral estuvo Miguel Serrano y se lo enterró con saludos nazis. Personalmente no lo conocí, pero estaba a cargo de una sección de la estancia o algo así, al sur de Puerto Porvenir, en Tierra del Fuego. Walter Rauff vivía en una casa de cinc acanalado y, lo curioso, sin pintar. La casa estaba protegida con azarcón plomo. Me la mostraron: aquí vive Walter Rauff, el genio que conectó los escapes de gas con el interior de los vehículos de transporte de los prisioneros».

Inv. n°: 131

Fuente: Virginia Vidal, *Testimonios de Francisco Coloane*
(Santiago: Editorial Universitaria, 1991, 86 pp.)

Sala: R



PIEZA N° 707

Relato de William Tell, ganadero de Tierra del Fuego (1900)

La primera golpiza que recibí me la dio el párroco Flynn, en mi pueblo, Kirriemuir. Ahí vivían no más de cinco mil habitantes, de los cuales muchos éramos parientes de una forma o de otra. Menos el párroco. Por lo general el pastor llegaba a ese pequeño infierno como un castigo. Eso nos había enseñado el pastor Knox, el anterior, mientras bebía una pinta tras otra en la taberna: «No lo tomen a mal, muchachos, pero este es el décimo pueblo infierno al que me envían, todo por no lamerle los testículos al obispo Dow; ya ven, siempre hay uno de dos tipos de párroco en un pueblo, los que se negaron o los que embarazaron a alguien». Knox era un hombre honesto y sabía concitar cariño y respeto, quizás justamente por su irreverencia. Lo raro es que después de que él se fuera, sin haber embarazado a nadie, llegó a la Iglesia de San Andrés el cura Flynn, un amanerado al que le gustaba azotar niños. Yo fui la preferida de sus víctimas, por supuesto, porque la docilidad nunca fue lo mío.

La primera vez fueron doce varazos. Uno por cada apóstol, había dicho. ¿La razón? Haberme reído de un acólito durante la misa. El acólito era el muchacho Johnson, mi primo en tercer grado, de quien los chicos del pueblo siempre nos burlábamos porque cantaba con un rostro tan solemne que, en combinación con su voz aguda, parecía un fantasma de pordiosero. Ambos teníamos seis o siete años. Era una tradición reírse de Johnson en la eucaristía, pero el pastor Flynn llegó pasándose por alto las tradiciones del pueblo; apenas terminó la misa me retuvo de un brazo y rápidamente me puso sobre sus rodillas para darme esos doce varazos bien potentes. Mi madre no dijo nada. Se fue hacia la puerta de la iglesia y se quedó ahí mirándome, apesadumbrada, gembunda, pero inmóvil a pesar de mis gritos.





La segunda tanda de azotes me la dio el mismo Flynn. Esta vez, quizás, fue algo justificada: robé una manzana de la canasta de donativos y empecé a comérmela ahí mismo, frente al altar. La señora Barrie, una vieja loca que había perdido a uno de sus hijos y al otro lo trataba de una manera horrible, le había llevado a Flynn una canasta de manzanas y pegó un grito cuando me vio tomando una. Salí corriendo pero Flynn era delgado y atlético, así que fue tras de mí. Apenas me tuvo a un metro me tironeó la oreja hasta casi sacármela y me arrastró a la parroquia para azotarme ahí mismo, en una de las bancas, junto a la señora Barrie, que babeaba estupideces a un lado; decía que las manzanas eran para el párroco, quien se las daría a su niño en el cielo, no a un niño sucio y pecador como yo. «¿Cuántas manzanas trajo, señora Barrie?», preguntó el hombre santo. «Veinte, pastor Flynn.» Y el cura, a mí: «Porque tú eres la manzana podrida te castigaré por cada manzana buena que has envenenado». Y me dio veinte azotes cada vez más fuertes, luego unos más sin explicación. Recostado bocabajo, con los ojos semicerrados por el dolor, pude ver al hijo de la señora Barrie, un pobre muchachito que temblaba de miedo y saltaba sobre sus nalgas con cada golpe como si fuese él quien los recibía.

Al poco tiempo el cura Flynn se fue y llegó un nuevo párroco, Mackenzie. Era un gordo tranquilo, al que costaba mucho sacar de sus casillas. Cuando me vio reírme del acólito Johnson sólo esbozó una sonrisa recriminadora y le hizo un gesto a quien estaba a mi lado, creo que mi tía Lucy, para que me diera un codazo. Mackenzie me dejaba sacar todas las manzanas de la señora Barrie que quisiera. Cuando esta le dijo a Mackenzie que yo era un pilluelo a quien el padre Flynn solía azotar, respondió que cada párroco tenía su forma de interpretar las leyes del Señor y que él prefería compartir sus regalos no sólo con los niños muertos, también con los vivos. La vieja me miraba masticar la fruta y





se le saltaban los ojos de rabia. Hice muchas barbaridades como esas, pero el pastor Mackenzie siempre lo tomaba con humor. Hasta llegaba a ser exasperante.

Una tarde me pregunté qué sería capaz de irritarlo verdaderamente, y lo supe cuando lo escuché discutiendo con el carpintero Craig, quien se había equivocado en las medidas de una nueva hoja para la puerta de la parroquia; aunque no cobraba por sus servicios, sí le había pedido dinero al cura para comprar la madera que no vendían en esa zona: «¡Imbécil!», gritó el párroco enfurecido, no una, muchas veces. El dinero le importaba, así que tomé dos cepillos para las limosnas y le pedí a Johnson que me acompañara a recolectar dinero para la iglesia. Una de las viejas MacRury le fue con el cuento al cura y el gordo Mackenzie, que jamás imaginé pudiera avanzar más rápido que un gato desperezándose, se vino a trote cochinerero, nos alcanzó frente a la casa taller de los Craig y nos quitó los cepos con sendas bofetadas. El niño Johnson comenzó a llorar diciendo que yo había sido el de la idea y entonces Mackenzie se volteó y me propinó una bofetada que, sin exagerar, me hizo girar en el mismo sitio, y después un puntapié en los testículos que por suerte no acertó pero igual me dejó llorando en el suelo. Alguien le avisó a mi madre y la pobre mujer llegó para escuchar cómo el párroco decía que no sabía si Dios era capaz de perdonar a quienes robaban directamente de sus arcas. Para peor mi madre me ayudó a incorporarme sólo para pegarme una cachetada en plena cara. Desde ese día juré dejar de robar para siempre. También prometí no reírme más del maldito Johnson, a quien le aseguré una golpiza apenas lo encontrara desprevenido. En cambio, empecé a dedicarme a los animales.

Me construí una honda y recolecté piedras para afinar mi puntería. La primera vez que acerté fue con un avetoro que picoteaba a la orilla del lago de Kinnordy. Fue un tiro de unos quince metros. Cacé por lo menos unas veinte marcas



y así fui mejorando mi puntería, hasta acertarle una vez a un lúgano a treinta metros de distancia. A Kirriemuir había llegado un teatro ambulante con una obra sobre William Tell, un ballestero suizo que fue capaz de clavar una flecha en una manzana sobre la cabeza de su hijo. Por eso empecé a llamarme así. Cada vez que alguien quería saber por qué me hacía llamar William Tell, lo llevaba al lago y le mostraba mi habilidad para cazar pájaros.

Cuando me aburrí de los pájaros seguí con los gatos del pueblo. Había gatos por todos lados, en todas las posiciones, ofreciendo las más amplias dificultades de caza. Cuando varias personas comenzaron a quejarse de la desaparición de sus mininos el párroco Mackenzie vino a mí con un sermón. No supe cómo se enteró, porque nadie me había visto, estoy bastante seguro. Cuando le pregunté cómo se había enterado de que era yo el cazador, me dijo que Dios lo veía todo y no por nada él era su representante en la Tierra. Me prohibió seguir matando las mascotas de la gente. «¿Es pecado matar animales?», le pregunté. El cura bufó, hizo una mueca de concentración y reflexionó un instante; luego balbuceó: «No matarás al prójimo. ¿Son los animales nuestro prójimo? Son de nuestro prójimo, aunque...». Hubo un silencio, como si pidiera respuesta al cielo, y después, como si hubiese recibido una súbita iluminación, sentenció: «Sólo es pecado matar... a los animales.... cuando tienen dueño..., al menos deja de hacer eso donde sea un desagrado para los demás».

Pasé los años siguientes cazando lejos de Kirriemuir. Y pronto pasé de la honda al rifle, un fusil Baker que guardaba mi tío Kevin y que había usado mi abuelo en Waterloo para disparar a los oficiales franceses a trescientos metros. Tenía un calibre tal que, si quería cazar aves para comer, debía apuntar a la cabeza, porque un tiro en el cuerpo dejaba al pájaro destruido.

Tenía diecisiete cuando desfloré a la menor del carpintero Craig. Era una colorina de catorce, muy delgada y espigada,



con unas tetitas de pezones muy rosados, pecas en todo el cuerpo y el pubis más rojo que su cabellera. Me había preguntado por qué me llamaban William Tell, así que la llevé a la orilla del lago. Cuando llegamos ahí le apunté a dos patos que volaban en paralelo. Ambos cayeron, de un solo tiro. La chica festejó mi habilidad con bastante excitación y eso me estimuló. Pero fue más cuando salió corriendo, se sacó los zapatos y se levantó el vestido hasta el borde inferior de los calzones para entrar al agua y recoger la caza. Un pato estaba descabezado, el otro había perdido la mitad trasera del cuerpo. La chica agarró al descabezado de las patas y al mutilado de la cabeza y los puso a mis pies, como una ofrenda. Esperamos el paso del estruendo y su eco para que volvieran a posarse los patos sobre el lago. Recargué la pólvora y la bala. Le pasé el rifle y me puse tras ella porque apenas lograba equilibrar los cuatro kilos del arma. Hay pocas cosas tan buenas como el aroma de la pólvora mezclado con el de mujer. Su pelo olía a una suciedad excitante. Cuando disparó hizo chapotear la superficie del lago sin acertar a nada. Se giró sobre mí con una expresión coquetona, le quité el rifle y la besé muy fuerte. Ella se quejó y trató de soltarse, pero le salté encima seguro de que pronto dejaría de gritar. De a poco se entregó. Gimió, juro que gozó, pero al terminar comenzó a llorar y eso me hizo enojar. Decía que le había dolido, que no había imaginado su primera vez así, y yo pensé que me acusaría con su padre, quien le diría al párroco y la policía. Le grité que si le contaba a alguien lo que habíamos hecho le iba a disparar a toda su familia con el rifle de mi tío. Ella miró los patos en el suelo y soltó un llanto aterrador. Quise dispararle y evitar cualquier problema, así que cargué el rifle. Pero su pelo rojo en el punto de mira me recordó el infierno, y pensé que, si Dios le había comunicado al cura Mackenzie que era yo el matagatos, también haría caer la justicia divina sobre mí por la muerte de la muchacha Craig. Ella comenzó a suplicar y cayó de rodillas.



Posé la punta del rifle en su cabeza, alejé el dedo del gatillo y sólo la golpeé con el arma, reiterando mi amenaza. «Y deja de llorar, o todo el mundo va a saber lo que hicimos.» Una vez que se calmó nos fuimos, ella caminando acongojada. A la entrada del pueblo la hice jurar de nuevo y la dejé correr.

Sólo cuando la vi una tarde de la mano de su madre camino de la iglesia, con el vientre abultado y la cara llena de miedo, supe que el secreto llegaría a su fin tras la confesión y que vendrían a mí con hombres armados.

Partí sin despedirme de mi madre. En Glasgow me informaron que en América del Sur estaban ofreciendo trabajo bien remunerado para personas como yo, es decir, sin hijos, sin familia, con ganas de juntar dinero. Me apunté para esa aventura con el nombre de William Tell. Nunca volví a pronunciar mi nombre verdadero. Viajé en el *Wild Deer* hasta Valparaíso y luego a Punta Arenas, la tierra prometida. Ahí conseguí emplearme en la Estancia San Gregorio, hasta que me ofrecieron trabajar en Puerto Percy, Tierra del Fuego.

En los días del verano, cuando la luz del sol duraba más que la jornada de trabajo, me iba a cazar cisnes o patos a la laguna que estaba de camino a la Bahía Karmamke. En la hacienda había un viejo rifle Smith Jennings que ya nadie usaba porque todo el mundo estaba encandilado con los prodigiosos Winchester. Era un .52 que me venía muy cómodo para tirar a guanacos y a pájaros. Una tarde, subiendo un cerro, divisé del otro lado a un indio caminando solo sobre la pampa. Era un adulto robusto, que no parecía perdido, con arco y flecha en mano rodeando un mato donde de vez en cuando los guanacos paraban a pastar. A su alrededor la pampa se ampliaba dejándolo en el centro, una diana perfecta para un tirador de larga distancia que quisiera practicar. Estaba a unos quinientos metros. Calculé el tiro: el rango de tiro efectivo de ese rifle era de 450 metros, aunque algunos aseguraban haber acertado a novecientos metros.



Había una posibilidad. Junté piedras y formé una pirámide. Me lancé bocabajo. El indio seguía avanzando, a paso rápido. Ya estaba a unos setecientos metros. Apoyé el cañón sobre el montículo, calcé el alza con el punto de mira justo a su cabeza y luego moví milimétricamente el cañón hasta la posición que sabía era la correcta. Había usado ese rifle muchas veces, aunque nunca desde tanta distancia. Disparé. El ruido se arrastró por la pampa y sonó como si hubiese sido disparado en todas partes. El indio se detuvo y distinguí el rastro de su caída. Me quedé unos segundos quieto, a ver si se movía, si se arrastraba, si alguien aparecía para verlo, pero no. Ahí quedó tendido, casi arrugado sobre sí mismo. A eso de las nueve, cuando la noche no había llegado pero el sueño sí, comencé mi regreso.

Fue en Tierra del Fuego donde aprendí que los indios son animales ante los ojos de Dios. Era la primera vez que mataba a un ser humano, aunque no estaba seguro de si podía llamar seres humanos a los salvajes, que eran apenas capaces de comunicarse, que se vestían con pieles de animales y andaban casi descalzos en la tundra. Unos días más tarde tomé un caballo y me dirigí a trote rápido al lugar. El cuerpo ya no estaba. Los días siguientes me quedé esperando que alguien viniera a recriminarme, a buscarme. Pero no pasó. No tuve pesadillas ni en mis rezos, los que había retomado sin culpa y sin pedir perdón, más bien por seguir los ritos de la estancia. Seguimos siendo amigos con Dios, incluso más que antes.

A ese indio le siguieron un niño y una mujer embarazada, que iban bordeando una ladera de Cerro Sombrero. Fueron dos tiros perfectos, de casi setecientos metros. El error fue que primero le di al niño, luego a la madre. La mujer se abalanzó sobre el cuerpo del muchacho y se hizo un blanco fácil. La siguiente vez lo hice con más arte: bordeaba una bahía una familia completa, dos adultos grandes y dos niños. Primero tiré a la mujer, así que el hombre se puso en guardia



con su arco y flecha buscando en todas direcciones hasta que me vio. Esos indios tienen una vista prodigiosa. Corrió ágilmente hacia mí, con el niño siguiéndolo de cerca. Le disparé al niño, que cayó, aunque no pude ver dónde le había acertado la bala. El padre, en vez de detenerse, apuró el tranco pasando sobre piedras y roqueríos. Ya estaba a unos doscientos cincuenta metros de mí cuando le metí la bala en el ojo derecho. Luego divisé a la niña, sentada con las piernas cruzadas junto al cadáver de la madre, sin llorar, con la vista fija en el cuerpo de su hermano.

Fui a revisar los cuerpos: la bala en el ojo salió limpia por la nuca y el cuerpo del macho se quedó con el otro ojo abierto con furia, como si todavía pudiese mirarme. Al niño el impacto le había jalonado el costillar derecho de un raptito, dejándole el pulmón expuesto. La madre tenía la garganta rajada y el cuerpo bañado en sangre. Y la niña seguía ahí, acojonada, acorralada por la soledad y por el paisaje.

Inv. n°: 137

Origen: diario adquirido en anticuario

Sala: Ch-M





PIEZA N° 42

Testimonio de Mordechai Podchlebnik

Antes de la guerra y durante el comienzo de la ocupación alemana viví permanentemente en Kolo. A finales de diciembre de 1941 (no recuerdo la fecha exacta), formaciones del NSKK –Cuerpo de Motoristas Nacional Socialistas– rodearon la ciudad (sus miembros se vestían con gorras negras militares y uniformes de color verde). Los judíos fueron expulsados de sus casas y llevados a la sede del Comité Judío, en el número 6 de la calle Rzeźnicza. Familias enteras fueron deportadas. Cada persona podía llevar como máximo un paquete de peso inferior o igual a diez kilos. Los ubicaron en un templo judío y en el edificio que albergaba al Comité Judío, anexo a la sinagoga. Cuando llegaban los camiones, familias judías enteras salían del edificio llevando su equipaje. En frente del edificio, junto a la entrada, había un oficial de las SS sentado a una mesa. Tenía una lista de todos los judíos residentes en Kolo y tachaba los nombres de todos los que entraban en los vehículos. El equipaje era cargado en un remolque. Los guardias y miembros del Comité Judío decían que los judíos serían transportados para trabajar «en un ferrocarril». Cargaron a cuarenta personas en cada camión. Eran dos camiones que transportaron judíos desde Kolo. Sus conductores eran alemanes.

Fueron expulsadas alrededor de mil personas por día. Entre los miembros del equipo de escolta de los camiones había un Volksdeutsche* apellidado Siuda, del pueblo de Koscielce, quien trabajaba para la policía militar en ese momento. Él dijo a los judíos: «No tengan miedo; los van a llevar a la estación de

* Término para referirse a los «alemanes étnicos», es decir, alemanes de raza que viven fuera de Alemania.





tren de Barlogi y desde allí hacia el Este». Siuda era conocido entre los judíos locales, así que le creyeron. Cada camión hizo diez a doce viajes al día, lo que nos hacía pensar que los judíos no eran conducidos muy lejos de Kolo. A mí no me tocó ir sólo porque en ese momento era residente de la localidad de Bugaj y mi nombre no estaba en la lista de los residentes de Kolo. Acompañé a mi padre, a mi madre, a mi hermana con sus cinco hijos y a mi hermano con su esposa y sus tres hijos hasta el camión. Ayudé a cargar paquetes en el remolque. Incluso me ofrecí para ir con mis padres, pero no se me permitió. Presenció una situación cuando una persona conocida como Goldberg, dueño de un aserradero de Kolo, solicitó a las autoridades alemanas ser nombrado director del Campo Este para Judíos de Kolo ya que su hijo había sido llevado ahí. La solicitud fue aceptada y se le prometió ser nombrado director. Mientras tanto, un niño vino por casualidad a la casa del Comité Judío y contó que él mismo había visto que los judíos no estaban siendo transportados a la estación de tren de Barlogi, sino a Chelmno. Los alemanes explicaron que la detención en Chelmno era sólo para seleccionar a los trabajadores más fuertes para trabajar en Occidente. Los enfermos eran expulsados el último día. Les dijeron a los conductores que manejaran despacio y con cuidado. La operación en Kolo duró de cuatro a cinco días.

A principios de enero de 1942 (no recuerdo la fecha exacta, pero recuerdo que era un viernes), bajo las órdenes del Comité Judío, trabajé en la demolición de un granero en Bugaj. Desde ahí fuimos llevados yo y catorce judíos locales a la estación de gendarmería. Supuestamente nos detuvieron porque mi primo, Mordka Podchlebnik, había escapado. El gendarme Szplit, un Volksdeutsche del pueblo de Babiak que alguna vez tuvo algún conflicto con un judío llamado Dankowski, también de Babiak, dijo lo siguiente sobre el judío: «No vivirá por mucho tiempo más». Dankowski fue detenido durante la mañana. El sábado a las cuatro de la tarde





un camión trajo a quince judíos desde el pueblo de Izbica. Al mismo tiempo, un coche más pequeño trajo a un oficial de las SS, a quien conocía desde la mencionada operación Kolo (él iba leyendo los nombres de los judíos que entraron en el camión). Nosotros y los judíos de Izbica fuimos cargados en un camión y llevados a Chelmno. Permítanme señalar que todos los judíos en el vehículo éramos bien constituidos, fuertes y capaces de hacer incluso el trabajo más duro.

El coche anduvo en los jardines del palacio de Chelmno. Todo el terreno estaba rodeado por una cerca recién erigida de unos dos y medio o tres metros de altura, hecha con tablas de madera. La valla no tenía interrupciones para que nadie pudiera ver lo que sucedía en el interior. Las puertas se abrieron y el camión entró al recinto. Se detuvo delante del palacio. Después de un tiempo otra puerta se abrió y el vehículo entró en los jardines del palacio interior. Cuando el vehículo estaba entrando, levanté la lona y divisé un montón de ropa usada. Nos bajamos del camión. Hombres de la SS formaron una doble fila que conducía hasta el sótano del palacio. Con el fin de apurarnos para movernos rápidamente entre las dos filas de hombres de las SS, nos golpearon repetidas veces con las culatas de sus armas de fuego mientras gritaban «más rápido, más rápido». A lo largo de todo el domingo por la mañana no pasó mucho. Estábamos sentados en el sótano sin hacer nada. Para las necesidades fisiológicas, había un cubo que se llevaba afuera y vaciaba uno de los internos bajo estricta vigilancia. El preso se dio cuenta de que había guardias por todo el lugar. Había muchas firmas en la pared del sótano, como la firma del Sr. Kaliski de la ciudad de Dabie, entre otras. También había una línea reveladora escrita en yiddish: «El que llega aquí no sale con vida». No guardábamos ilusiones sobre nuestro destino. El lunes por la mañana, treinta judíos fueron llevados a trabajar en el bosque. Otras diez personas, incluyéndome, nos quedamos en el sótano. Había una ventana, pero estaba



tapiada con tablas de madera. A las ocho un camión se detuvo en frente del palacio. Oí una voz alemana, estuvo hablando con los que acababan de llegar, decía «usted va a ir hacia el Este. Ahí hay grandes áreas en las que se puede trabajar. Todo lo que tiene que hacer ahora es ponerse la ropa limpia que le entregaremos y tomar una ducha». A continuación, los recién llegados comenzaron a aplaudir. Un rato después, oímos pasos de pies descalzos en el sótano junto al nuestro. Escuchamos a los alemanes gritando «¡más rápido, más rápido!». Me di cuenta de que llevaban a los judíos hasta los jardines interiores. De repente, escuché un portazo en el camión seguido de un estallido de gritos y golpes en las paredes del vagón. Entonces escuché el motor arrancando y después de seis o siete minutos, cuando los gritos se desvanecieron hasta morir, el camión se fue de los jardines del palacio. A continuación se nos ordenó dirigirnos a una habitación grande en los pisos superiores. En el piso vimos ropa de hombres y mujeres, abrigos y zapatos esparcidos. Nos dijeron que lleváramos toda la ropa y los zapatos a otra habitación rápidamente. En la otra sala ya había un montón de ropa y zapatos. Pusimos los zapatos en una pila aparte. Después de terminar la tarea, fuimos conducidos a la celda del sótano otra vez. Llegó otro camión y se repitió el procedimiento. Hicimos esto durante todo el día. Noté que llegaban más camiones de los que se iban. Llegué a la conclusión de que los camiones que salían de Chelmno debían tener una capacidad de carga más grande. Me gustaría señalar que en la habitación donde los judíos se desnudaban había dos estufas, ambas desprendiendo una cantidad significativa de calor.

Cuando nuestros presos regresaron del bosque, al atardecer, dijeron que habían estado enterrando judíos de Klo-dawa en una fosa común en medio del bosque. Sacaban los cadáveres de grandes camiones negros, en los que, según sus sospechas, los judíos eran envenenados con los gases del





tubo de escape. Los cadáveres estaban en ropa interior, en la furgoneta había algunas toallas y pedazos de jabón. Esto me convenció de que a los judíos, después de desnudarlos, se les daba toallas y jabón y los llevaban al sótano, donde supuestamente debían tomar una ducha. Tres o cuatro de los que trabajaron en el bosque ese día no volvieron, ya que estuvieron trabajando mal y recibieron un disparo en el acto. Al día siguiente me presenté de voluntario para trabajar en el bosque.

Cuando me iba, vi un gran furgón con la puerta trasera contra el palacio. La puerta estaba abierta. Una pasarela facilitaba la entrada al vehículo. Lo que me llamó la atención fue una reja de madera en el suelo del furgón, muy parecida a las de los baños.

Alrededor de treinta trabajadores, entre ellos yo, fuimos cargados en dos vehículos –un camión y un bus– y nos llevaron a un bosque cercano a Chelmno. Fuimos conducidos por unos treinta hombres de las SS. En el bosque había una zanja que servía como fosa común para los judíos asesinados. Se nos ordenó profundizar la zanja. Para hacerlo, nos dieron palas y picos. A las ocho de la mañana llegó el primer coche de Chelmno. Apenas se abrió la puerta del carrozado, salió un humo oscuro con tinte blanco desde el interior. No nos permitieron acercarnos a la camioneta en ese momento y ni siquiera pudimos mirar en dirección a la puerta abierta. Me di cuenta de que los alemanes, después de abrir la puerta, corrían lejos del vehículo. No podría decir si el gas que salía desde el interior era gas de escape o algunos otros gases. Por lo general, debíamos esperar tanto tiempo que no alcanzaba a oler el gas. No se utilizaban máscaras. Pasados tres o cuatro minutos entraron tres judíos al furgón. Estos eran Neunmuller de Kolo, Jaim de Babiak y otro cuyo nombre no recuerdo. Descargaron los cadáveres desde el vehículo al suelo. Los cadáveres fueron dejados al azar uno sobre otro, en una pila tan alta como la mitad de la altura del furgón.





Algunos de los cadáveres habían muerto sosteniendo a sus seres queridos en sus brazos. Los cadáveres generalmente no se veían mal. No vi personas con la lengua afuera o que presentaran contusiones no naturales. Los cuerpos todavía estaban calientes. No lograba oler ningún gas. Algunos seguían vivos. En tales casos los hombres de las SS los remataban con disparos en la nuca. Después de que el furgón vació los cuerpos, volvió a Chelmno. Dos judíos entregaron los cadáveres a dos «ucranianos», cuyos nombres desconozco. Hablaban en polaco y vestían ropas de civil. Hubo otro «ucraniano», pero quedó atrapado accidentalmente en el furgón y fue gaseado junto a otros judíos. Sus compañeros trataron de rescatarlo con respiración artificial, pero el intento no tuvo éxito. Yo estaba allí y lo vi por mí mismo. Los «ucranianos» extrajeron los dientes de oro de las bocas de los cadáveres, arrancaron pequeños sacos de dinero de sus cuellos, quitaron sus anillos de matrimonio, sus relojes y así sucesivamente. Los cadáveres eran revisados de manera muy precisa. Los «ucranianos» buscaban oro y objetos de valor, incluso entre las vaginas y los anos de las mujeres. No usaban guantes de goma. Los objetos de valor que encontraban eran guardados en una maleta especial. Los hombres de las SS no rastreaban entre los cuerpos. Ellos sólo supervisaban atentamente a los ucranianos que lo hacían. Después de que los cuerpos eran revisados, los ubicaban en zanjas por capas. Se situaban muy precisamente en capas orientadas hacia abajo, de tal manera que la cabeza de alguien tocara los pies de otra persona. No eran despojados de su ropa interior. La zanja tenía seis metros de profundidad, y seis a siete metros de ancho (en la parte superior). En la primera capa, en la parte inferior, eran colocados de cuatro a cinco cadáveres; en la última capa, superior, había unos treinta cuerpos. A continuación, los cuerpos eran enterrados bajo una gruesa capa de un metro de tierra. Un par de veces me





di cuenta de que, después de una noche, la tierra había sido excavada en algunos lugares, exponiendo los cadáveres enterrados el día anterior. Escuché que esto sucedía cuando el terreno no era vigilado durante la noche. Cuando trabajé allí, la longitud de la fosa común era de más de diez metros. Cerca de mil personas eran enterradas cada día, llenando tres a cuatro metros de zanja. El camión en el que eran gaseadas las víctimas podía tomar 80-90 personas por vez. Durante mi estancia en Chelmno, dos vehículos fueron utilizados simultáneamente. Además, había otro camión, el más grande de los tres, pero estaba fuera de servicio y se mantuvo estacionado en el patio (le habían sacado una rueda). Llegaban doce a trece camiones por día al bosque. Contando esto, saqué la cuenta de que cerca de mil personas fueron gaseadas cada día. Los judíos que sacaban los cadáveres del camión tenían que quitar la rejilla de madera del piso del vehículo y limpiar el fondo del acoplado. Los objetos de valor también se colocaban en la maleta. Las toallas y los pedazos de jabón se recogían por separado y eran devueltos cada día.

El tercer camión que llegó a la plaza de Chlemonski ese día (martes) trajo los cuerpos de mi esposa y de mis dos hijos, un niño de siete años y una niña de cuatro años. Los arrojaron fuera del vehículo. Me tendí junto al cuerpo de mi esposa y esperaba que me dispararan. Un hombre de las SS se me acercó y le dijo a otro: «Este hombre corpulento todavía puede funcionar muy bien». Me dio tres latigazos y me obligó a seguir trabajando. Al mediodía nos dieron alimentos. Debimos salir de la zanja sin las palas y formar un círculo. Los hombres de las SS formaron un círculo exterior, rodeándonos. Nos dieron café y alimentos traídos en paquetes por judíos. En general estábamos bien alimentados. Esa noche Krzewacki, de Klodawa (cuyo nombre de pila no recuerdo), se ahorcó en el sótano. Otro judío, cuyo nombre no recuerdo bien, hizo lo mismo. Yo también me iba a colgar, pero me persuadieron para que no lo hiciera.





Trabajé diez días en Chelmno. El proceso de exterminio de judíos se repitió todos los días. Los bosques no estaban cercados en ese entonces. No había hornos para quemar los cadáveres tampoco. Fui testigo del exterminio de los judíos de Bugaj y luego de Izbica. El viernes llevaron gitanos desde Lodz. El sábado llegó el primer transporte del gueto de Lodz. En el momento de la llegada, nuestro grupo de trabajo se sometió a selección. Los veinte judíos más débiles fueron asesinados y reemplazados por judíos de Lodz. Por la noche hablamos con nuestros compañeros recién llegados. Los encerraron en una celda separada. Nos preguntaron si el campo era bueno y si recibirían mucho pan. Cuando les dije la verdad, respondieron: «Nos ofrecimos para trabajar en Kolo». Desde el primer momento estuve tratando de persuadir a unos compañeros de celda para escapar, pero estaban tan deprimidos que no podían decidir nada. Durante mi estancia vi llegar a Zimermann a los bosques de Chelmno.* Iba acompañado por dos alemanes, a quienes yo nunca había visto. Examinó los cadáveres, les habló a los oficiales de las SS y se rio. Después volvió a Kolo. No vi otros contactos locales con gente de las SS. Los bosques de Chelmno eran vigilados por unos ochenta hombres de las SS. Sobre la base de mis observaciones, el número total de hombres de las SS que servían en Chelmno era alrededor de 120 a 130. En horas de servicio en general estaban sobrios. Sus funciones seguían siendo las mismas, así que estaba bien familiarizado con las caras de los que nos acompañaron. Los hombres de las SS llevaban uniformes de gendarme e insignias de las SS en sus cuellos. Parecía que alojaban en el pueblo, pero no lo sé exactamente. Trabajamos hasta el anochecer. Durante el trabajo nos golpeaban con frecuencia. Si alguien no funcionaba de

* Paul Zimermann (1895-1980) fue un nacionalsocialista alemán, SS Brigadeführer y mayor general de la Policía. Durante la Segunda Guerra fue, entre otros, líder de las SS y de la policía en la Ucrania ocupada y en Italia.





manera eficiente lo acostaban en una pila de cadáveres y le daban un tiro en la nuca. Los gendarmes no hablaban entre ellos en nuestra presencia. Cuando hablaban con nosotros, eran sólo breves intercambios. A veces nos lanzaban un paquete de cigarrillos a la zanja para que pudiéramos fumar. Todos los conductores eran alemanes. En realidad no lo sé; llevaban ropa civil. Sin embargo, puedo asegurar que no eran residentes de Kolo. No podría asegurar de dónde provenían los hombres de las SS que hacían su servicio en Chelmino. No logro recordar ningún nombre. Las ejecuciones eran iguales todos los días. Los hombres de las SS eran extremadamente crueles con los trabajadores judíos y los castigaban por la menor falta. Mataban por cualquier motivo.

De camino al trabajo, noté que una de las ventanas del bus se podía bajar. Le dije a mi compañero Winer, de Izbica (cuyo nombre de pila no recuerdo). Le propuse que hiciéramos un intento de fuga. Al día siguiente, de camino al trabajo, tratamos de saltar a través de la ventana y huir hacia el bosque. Pero nos separaron: yo tuve que entrar en el camión y Winer en el bus. Decidí escapar por mi cuenta.

Apenas el camión estuvo en el bosque, le pedí al escolta SS un cigarrillo. Cuando me dio lo que quería, di un paso atrás y mis compañeros lo rodearon pidiendo cigarrillos para ellos. Con un movimiento brusco corté la lona del lado del conductor con un cuchillo que llevaba encima y salté fuera del coche. Comenzaron a dispararme, pero todas las balas fallaron. Por suerte el autobús no seguía al camión, así que sólo me dispararon desde el camión. El hecho de que el autobús no siguiera me hizo pensar que Winer debía haber escapado, por eso el autobús se había detenido. Mientras huía por el bosque, un hombre en bicicleta trató de detenerme, disparando con una pistola. Me las arreglé para escapar; entré en un granero y me escondí en el heno. A la mañana siguiente escuché a unos campesinos cerca del establo, habla-





ban de unos judíos que se habían escapado. Pasaron dos días en los cuales no comí nada. Me escapé del establo y caminé en dirección a Grabow. En mi camino me detuve en la casa de un campesino (no sé su nombre). Me dio algo de comida y un sombrero, me afeitó y me mostró el camino. En Grabow me encontré con Winer, de Izbica. Luego fui a la ciudad de Rzeszów y perdí todo contacto con la región de Chelmno. Winer probablemente murió en la región de Zamosc, al su-
reste de Polonia, creo que en 1944.

Inv. n°: 139

Material: cinta de video Digital Betacam – NTSC

Fuente: Juicio a Eichmann, sesiones 64 y 65, 5 de junio de 1961

Duración: 00:00:34:00 a 00:59:21:00

Sala: R





PIEZA N° 49

Álbum de la expedición de Julio Popper, copia facsimilar, 1887



Una de las cuatro copias que se hicieron del álbum de la expedición Popper, de las cuales sólo dos se conservan, esta y otra en el Museo del Fin del Mundo de Ushuaia. Al interior del cuero de lobo marino que recubre las cien páginas del álbum se despliega un texto del autor en las primeras dieciséis páginas, y enseguida dos mapas de la Tierra del Fuego. En el resto de las hojas se encuentran las célebres fotografías en las que aparecen los cadáveres de selk'nam asesinados en cacería. Están adheridas a un soporte secundario y pegadas a las hojas del álbum, distribuidas de a una por hoja, enmarcadas con un filete rojo. Cada una lleva el título de «Tierra del Fuego» y la etiqueta «Expedición Popper».

El original de este álbum fue un obsequio de Popper al entonces Presidente de la República Argentina, Miguel Ángel Juárez Celman. Se sabe que la tercera copia fue despachada por Popper a su padre en Hungría, y la cuarta fue para su hombre de confianza en la expedición, quien, tras pedir reserva de su identidad, la donó a nuestro museo recuperado un año antes de morir.

Inv. n°: 149

Material: cuero, papel, fotografías

Dimensiones: 22 x 32 cm, 100 p.

Sala: P



PIEZA N° 35

Acto de agradecimiento al benefactor de la Escuela Las Mercedes
(Porvenir), señor Walter Rauff, *circa* 1960



Se aprecian en la imagen dos filas de una veintena de alumnos, formados mirando hacia el centro del patio de tierra de la Escuela Las Mercedes. En medio de la fila delantera, extendiendo la mano a uno de los niños, están el señor Walter Rauff, benefactor del establecimiento, y el padre, director de la escuela. El alumno es el fotógrafo chileno Héctor Rivera Antipán (1950-), actualmente radicado en Punta Arenas. El propio Rivera recordará años más tarde:

«Esa mañana, durante la formación, el director de la escuela nos informó que iría a visitarnos un gran benefactor del colegio. Para darle la bienvenida cantaríamos el Himno Nacional y una canción de misa llamada “Pescador de hombres”, porque se nos dijo que nuestro benefactor era dueño de una empresa pesquera. Don Walter, como lo llamaba el cura, llegó como a las diez de la mañana y comenzó a saludarnos uno por uno, dándonos la mano muy sonriente. Teníamos muy pocas instancias como esa, muy pocas chances de conocer a un hombre bueno, una especie de santo, así que se volvió algo inolvidable. Varios años después, cuando yo trabajaba en el diario de Punta Arenas, me mandaron



a cubrir la noticia del nazi que había estado prófugo en nuestra ciudad. Ya antes de los primeros fogonazos me di cuenta de que era él, nuestro benefactor. Lo acusaban de haber asesinado a 97.000 personas».

Inv. n°: 151

Material: impresión cromogénica

Fuente: Archivo personal de Héctor Rivera Antipán

Dimensiones: 18 x 24 cm

Sala: R





PIEZA N° 32

Imprenta minerva modelo Heidelberg T (1940)



Esta prensa manual tipo minerva perteneció a la Cruz Roja Italiana y en sus años de funcionamiento se usó para imprimir manuales de procedimiento, sellos postales, libros, boletines y otros tipos de documentos, como los pasaportes falsos que diversos oficiales de la SS se agenciaron para dispersarse por el mundo sin levantar sospechas.

El museo adquirió este modelo con la indicación de haber sido el utilizado para imprimir el pasaporte a nombre de Enrico Gómez que fue entregado al Standartenführer Walter Rauff poco antes de entrar a Ecuador. No pudimos comprobar la veracidad de esta indicación.

Inv. n°: 157

Materiales: hierro y madera

Dimensiones: 124 x 88 x 66 cm (aprox.)

Sala: R



PIEZA N° 90

Ambulancia para uso rural de la Cruz Roja Chilena



Este carromato con cobertizo fue utilizado como ambulancia por la Cruz Roja Chilena entre 1905 y 1928.

La Cruz Roja se fundó en la ciudad de Punta Arenas el 18 de diciembre de 1903 como Cuerpo de Salvavidas y Guardias de Propiedad, por iniciativa de Vittorio Cucuini Nannelli, de nacionalidad italiana. En la histórica sesión participaron, además de Cucuini, Rosamel Garay, Antonio Gallardo, Justo Alarcón, Manuel Tangacis, Eusebio Rodríguez, Juan Barbeito y Carlos Younquet. La organización muy pronto pasó a llamarse Cuerpo de Asistencia Social y fue el primer servicio de ambulancias de la zona.

El vehículo fue donado a la Cruz Roja Chilena por la señora Sara Braun.

Inv. n°: 163

Material: vehículo de arrastre en desuso

Sala: P-R



PIEZA N° 265

Carta de William Norris a su tío Henry (1906)*

«Ahora escribo desde el puerto Bajo Piragua, en la desembocadura del río Baker, esperando un vapor que se lleve a los hombres durante el invierno. Deberían haber salido de aquí a más tardar el 15 de junio, pero la Junta Directiva y el Gerente, Florencio Tornero, quienes se comprometieron a ocuparse de ello durante mi ausencia, han hecho un desastre horrible y el vapor no está aquí todavía. Tornero estaba aquí cuando regresé con el ganado... como un tonto, no arregló con un vapor para venir aquí y traer a los hombres antes de dejar la civilización. Llegó a principios de abril, pensando que tendría tiempo suficiente para echar un vistazo y salir a tiempo para enviar un vapor. Se fue de aquí apenas el 12 de junio a la isla donde yo ya había esperado dos veces un vapor. Tuvo mala suerte y debió esperar 3 semanas antes de que pasara otro. El bote que lo llevó a la isla volvió aquí después, y hemos estado esperando el vapor desde entonces.

La espera no sería terrible si los hombres estuvieran bien, pero están casi todos enfermos; Hay más de 70 hombres en cama, y lo han estado durante los últimos dos meses. En un momento tuvimos a más de 90 en cama y más de la mitad de los que están de pie tienen reumatismo. Es una ardua tarea cocinar la comida y dársela a los enfermos. Primero les dio reumatismo, luego algo que pensé sería una gripe mala, pero empezaron con interminables complicaciones.

* El inglés William Norris fue el capataz a cargo del grupo de doscientos trabajadores que llegó, en 1906, a la desembocadura del río Baker, al sur de Aysén, para iniciar la instalación de un campamento de la Sociedad Explotadora del Baker. Tras días de abandono, por un error del gerente de la compañía, los trabajadores comenzaron a morir de escorbuto y otras enfermedades. Norris describe aquí la situación en una carta fechada el 16 de octubre de 1906.





Tuvimos que enterrar a ocho: estaban casi podridos, llenos de gusanos. Son la gente más ignorante y más sucia con la que he trabajado. Lograr que se purgaran era una obra de arte; muchos lo hicieron y están mejorando; y muchos más no lo harán y seguirán muriendo.

Hoy 27 de agosto hemos enterrado a 28, y todavía no hemos terminado; murieron tres esta mañana. Cuando empezó la epidemia había abundancia de medicina, pero 2 1/2 meses con más de 70 enfermos todo el tiempo ha terminado la mayor parte de nuestra provisión; sólo quedan algunas cosas, las más inútiles. Así que soy el único médico: puede estar seguro de que he parecido, y parezco, un loro que repite todo el tiempo lo mismo, yendo a visitar a los enfermos todo el día y a todas horas de la noche; pero estoy bien, mejor que nunca en mi vida. Para peor, la harina se nos acabó: los que estamos sanos no la hemos probado durante 10 días y tenemos el último saco guardado para los enfermos.

Enviar un barco a través del río hasta donde está el ganado para traer carne se demora 12 días; y durante las últimas tres semanas nadie irá, dicen que no están lo suficientemente bien y temen perder el vapor cuando llegue. He enviado una partida de hombres a cazar ciervos; una vez regresaron sin ni uno, pero otras dos veces trajeron seis ciervos cada una. Ayer regresó el último lote, así que tendremos carne por unos 5 o 6 días. El 1 de agosto envié a un hombre que traje de Buenos Aires en el primer viaje (y que ha estado a cargo aquí todo el tiempo en que he estado fuera) a la isla, para salir y ver por qué el vapor no ha llegado y apurarlos. Él tuvo un poco mejor suerte y consiguió un vapor que va al norte el 13 de septiembre, así que no falta mucho antes de que llegue. Qué sucederá si se tarda otros quince días es difícil de adivinar, pero va a significar por lo menos otros 10 muertos. ¡Ni siquiera logro imaginar qué estuvo haciendo Tornero todo este tiempo! Cuando se fue, sabía que las cosas se iban



a poner feas, aunque nunca tan malas como están. Había conseguido que 10 hombres prometieran acompañarme y llevarme río arriba hasta La Colonia, donde está el ganado, pero ahora tienen tanto miedo que dicen que no se van a mover. Espero, en el último momento, obtener los suficientes hombres para manejar el barco (se necesitan siete), si no tendré que salir con el vapor. La última noticia que recibí de río arriba es que todo estaba bien allí, tanto hombres como ganado; sólo 11 animales habían muerto en las seis semanas después de llegar.

Te escribiré unas líneas cuando el vapor aparezca, para que sepas cómo terminan las cosas. Esto es un infierno».

Inv. n°: 167

Material: hojas de cuaderno desgastado

Dimensiones: 21 x 12 cm

Sala: P



PIEZA N° 236

Quema de libros (*circa* 1928)



Se desconoce la identidad del hombre con antorcha que sonríe en esta fotografía tras haber prendido fuego a la enorme pila de libros a su espalda, recién rociada con el bidón de gasolina marca Swástika (Energina) que sostiene en su mano derecha. Los libros destruidos son ejemplares de la primera edición de *La Patagonia trágica*, de José María Borrero, publicado en 1928. En palabras del historiador Mateo Martinic en *Menéndez y Braun. Prohombres patagónicos*, «se trataba de una obra de carácter panfletario (...) un libelo difamatorio escrito en un agresivo estilo de denuncia en que se daba cuenta de diferentes sucesos, unos del pasado y otros recientes, referidos al poblamiento colonizador de los territorios australes chilenos y argentinos». Además, «Barrero sindicaba derechamente a José Menéndez como “asesino de indios”, al responsabilizarlo por aquellas acciones censurables que habían tenido ocurrencia en sus dominios fueguinos cuando habían sido administrados por el afamado Alexander MacLennan».

Braun y los Menéndez-Behety mandaron a comprar cientos de ejemplares, que agotaron la edición en Argentina. Se desconocía su paradero hasta que se encontró esta imagen entre los documentos de una de las estancias de la familia.

Inv. n°: 173

Material: gelatina de plata sobre papel

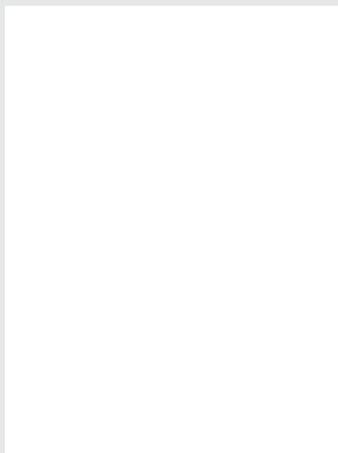
Dimensiones: 12 x 7 cm

Sala: P-R



PIEZA N° 259

Retrato del comandante Manuel Torres de la Cruz



Al ver esta fotografía se diría que se trata de Salvador Allende con traje y gorra militar, sin embargo el retratado es el comandante de división Manuel Torres de la Cruz. Durante el gobierno de la Unidad Popular tuvo la confianza del Presidente Allende, quien lo nombró intendente de la provincia en diciembre de 1972. Ante los paros empresariales de octubre de 1972 y agosto de 1973 asumió como jefe de Zona en Estado de Emergencia en Magallanes. En esta condición es responsable superior jerárquico del asesinato, aún impune, del obrero de Lanera Austral Manuel González Bustamante, ocurrido el 4 de agosto de 1973. González Bustamante, quien salía del baño mientras las Fuerzas Armadas realizaban un operativo de control de armas en Lanera Austral, fue tiroteado y cayó mortalmente herido; la ráfaga le había destruido el bajo vientre y la cadera. Murió el domingo 5 en el hospital militar. Otro obrero, Guillermo Calixto, fue sorprendido en su trabajo en las calderas de la fábrica, situadas en el subterráneo. Los efectivos de la Fuerza Aérea lo increparon («¡Así que estás escondido, conchetumadre!») antes de herirlo con una bayoneta.



Desde el mismo 11 de septiembre de 1973 Torres de la Cruz se proclamó presidente de una Junta Provincial de Gobierno, junto a los comandantes de la III Zona Naval, Carabineros y la Fuerza Aérea. Sobre él recae la responsabilidad jerárquica de la construcción del campo de concentración de Isla Dawson «Río Chico», y de las detenciones, torturas, ejecuciones y desapariciones perpetradas en Magallanes durante los primeros años de la dictadura.

Según denuncias de sobrevivientes, participó directamente en la aplicación de tortura a varios dirigentes locales. Dice el poeta Aristóteles España, quien estuvo recluido en Isla Dawson a los diecisiete años:

«Manuel Torres de la Cruz murió como el cobarde que era, sin reconocer sus errores y sin pedir perdón a sus víctimas. Torturó a su amigo Alfonso Cocho Cárcamo, con quien compartía veladas y asados en los comienzos de la década del 70. Flageló a Kika González de Zanzi, la presidenta de la Corporación de Centros de Madres de Magallanes; al estudiante del Liceo de Hombres y dirigente de la Juventud Socialista Miguel Loguercio mientras insultaba a su padre Sergio Loguercio, exsecretario regional del Partido Socialista, quien se encontraba asilado en una embajada en Santiago. (...) Supervisaba los interrogatorios de los dirigentes políticos de todos los partidos, como le consta al Dr. Guillermo Araneda, al Mago Williams, al coronel Manuel de la Barrera, al coronel Carlos Soto Pelizzari, todos miembros de conspicuas familias magallánicas, de misa diaria y comunión. (...) Torturó personalmente al presidente de la Central Única de Trabajadores, Armando Ulloa Bahamonde, por quien sentía un odio especial. Y lo mismo hizo con el secretario regional del Partido Socialista, Hernán Álvarez Navarro, y con el del Partido Comunista, Francisco Alarcón Barrientos. La lista es larga: ordenó hacerle una marca con un cuchillo y estampar la letra Z en la espalda del diputado Carlos González Yaksic; dio instrucciones para que torturaran con corriente eléctrica al regidor Pedro Calisto Mansilla, y sentía especial predilección y goce al contemplar cómo torturaban a las mujeres





que estaban confinadas en el regimiento Ojo Bueno. Todas estas “operaciones privadas” las realizaba el intendente de Magallanes en el “Palacio de la Risa”, adonde pedía que trasladaran a las víctimas. Todas las semanas sobrevolaba en helicóptero el campamento Compingin en Isla Dawson para ver desde las alturas su obra maestra: un campo de concentración construido con fondos fiscales, del Ministerio de Obras Públicas y la Intendencia».

Manuel Torres de la Cruz fungió también de embajador en El Salvador, donde fue víctima de un atentado con coche bomba, del que salió ileso. Cuenta España: «Una mañana, el general salió a una reunión con autoridades del país centroamericano y a la salida de la cita, frente a los edificios de gobierno, una bomba hizo explotar su vehículo antes de que pudiera entrar. Torres de la Cruz se salvó por un pelo. Lo extraño fue la difusa reivindicación del atentado. Ni el MIR ni otros sectores armados de Chile y Latinoamérica reconocieron explícitamente su autoría. El parco comunicado oficial del gobierno chileno daba cuenta del hecho y nada más. A partir de ese día el general no fue el mismo. Andaba paranoico y su deseo de volver a Chile aumentó, hasta que pudo concretarlo. No volvió a opinar de temas políticos y se recluyó en su hogar del barrio alto de Santiago. Sus salidas se limitaban a reuniones del Círculo de Generales en Retiro y a tomar un aperitivo con sus pocos amigos en restaurantes exclusivos para oficiales en retiro».

Manuel Torres de la Cruz murió en 2003 sin ser juzgado.

El martes 19 de diciembre de 2006, su hijo, el general Luis Torres, asumió el mando de la V División de Ejército. Aclaró a la prensa que las críticas de organizaciones de derechos humanos calificando a su padre como un oficial represivo eran «un tema al cual no me voy a referir».

Inv. n°: 179

Fuente: Proyecto Internacional de Derechos Humanos

Dimensiones: 35 x 27 cm

Sala: R





PIEZA N° 2

Testimonio del carpintero Juan Colihuinca, preso en la
Cárcel de Santiago entre diciembre de 1962 y marzo de 1965*

... Iba feliz corriendo pero se me enredaron los cordones de los zapatos. Me fui de hocico, justo encima de un grifo; me quebré la clavícula izquierda y quedé tirado ahí. Llegaron los pacos y fin de la historia.

Lo peor de todo fue que el collar saltó lejos con la caída; alguien lo recogió y se lo guardó. Así que el cuerpo del delito había desaparecido y yo no tenía ningún atenuante. Me condenaron a cinco años y un día; mi papá no se apareció nunca en los tribunales, después supe que de la pura vergüenza. En la pobla todos dijeron que yo me había hecho ladrón, y que mi socio me había cagado. ¿Sabe qué?, yo agradecí que hayan inventado eso, porque de la gente que andaba dando vueltas alrededor cuando me caí habían unos ciegos, unas señoras con bolsas, unas niñas; uno de ellos me había robado el collar y eso era más vergonzoso que ser estafado por un socio.

Tuve suerte, porque me dieron una celda en la parte de la cárcel donde estaban los presos más viejos o con problemas de invalidez. Aunque, ¿sabe?, en realidad no fue sólo suerte, sino que me tuvieron pena. Es cierto. Lloré como condenado, en la comisaría, en el hospital, en el auto de Gendarmería. Uno de los gendarmes me dijo: «Deja de lloriquear, que van a pensar que erís marica y te van a... [hace un gesto con las manos]». Se me quitó al tiro el llanto. Me di cuenta de que había llegado a un lugar peligroso de verdad, lleno de gente mala. Ese fue el gendarme que me ayudó, se llamaba Martínez. Lo escuché hablando con el superior: «Mire, es un cabro hueón no más,

* En la primera parte de su relato Colihuinca expone los motivos para llevar a cabo el robo a una joyería. El relato es lento y repetitivo, sin conexión con los objetivos del museo, por lo cual no se transcribió el testimonio en su totalidad.





le quería hacer un regalo a la polola... No tiene antecedentes». El jefe respondió algo que no alcancé a escuchar, pero ahí me metieron en esa celda, solo. La mansa suertecita, me dijo Martínez, la única celda que quedaba, así que vai a estar solito.

Pero no duró mucho la suertecita, porque al día siguiente llegó un caballero de Punta Arenas. Lo metieron a mi celda y yo callado, «buenos días» fue todo lo que le dije. «Buenas», respondió él, y se sentó en la cama. Al rato llegó el director del penal y se metió a saludarlo. «Don Walter –le dijo–, perdóname que no tengamos más celdas disponibles para dejarlo solo, pero aquí el joven es primera vez que viene, quizás usted lo ayude a irse por el buen camino.» Don Walter era un caballero: «No se inquiete, señor director, agradezco su preocupación».

El caballero no me hablaba, eso sí, era muy callado.

«Don Walter, tiene visita»; eso se escuchaba todos los días. Y el señor tenía sus privilegios, porque las visitas llegaban a cualquier hora y siempre lo mandaban a buscar. Nosotros teníamos horarios, una hora de visitas al día, cuando tocaba. Me cambiaron de celda como a la semana, porque se había desocupado un par; quedé con un estafador. Eso era también un reconocimiento, porque a los delincuentes de guante blanco los trataban diferente y a mí me estaban poniendo a su nivel. Le pusieron cortinas a la celda de don Walter, que quedaba a dos de la mía.

Una tarde lo visitaron unos militares. Estaban llenos de medallas así que pensé que era importante. Paré la oreja. Uno de ellos le decía a don Walter que podían llevar unos tanques y bombardear la cárcel si era necesario. «Es inconcebible que un militar de su rango esté entre las rejas.» «No se preocupe», respondió don Walter, pero el otro insistía, y había otra voz que decía lo mismo, pero más bajito. Hablaron harto rato de la misma cuestión y yo me puse a pensar en mí, en qué haría si un cañonazo de golpe hacía un boquete en las celdas. ¿Sabe qué pensé? Que me quedaría.





Al día siguiente me tuvieron que meter de nuevo con don Walter. Habían llegado presos nuevos y hasta metieron de a tres porque no quedaba espacio. Estaba recambiada la celda, le habían llevado un escritorio chiquitito, una silla afelpada, libros y papel de carta. Tenía sobres. Cuando me recostaba en la litera de arriba y miraba para abajo podía ver la mano de don Walter escribiendo, lento, con letra de viejo, aunque no le entendía nada. Y los libros que tenía, bien gruesos, fíjese. Era un hombre culto. No me aguanté la curiosidad y le pregunté por qué estaba en cana. «Es un error administrativo», me dijo. Ahí me explicó que había estado en la guerra, donde le habían encargado construir armas y él había inventado algunas, que después los soldados usaron y por eso lo querían meter preso. «Chuta –le dije yo–, pero eso es injusto, es como si mataran a una persona en una casa y se llevaran preso al que la construyó.» Asintió riendo; le había gustado el ejemplo. «Pero bueno, entonces va a salir pronto», le dije; no respondió nada. Después de un rato no más dijo: «Dios quiera».

A veces íbamos a almorzar juntos. Viera cómo lo miraban los presos, oiga: con admiración. Diría que también con un poco de tristeza, porque nadie entendía que un caballero tan limpio, tan blanco y de ojos claros estuviera ahí, era antinatural. La mayoría de los presos eran lanzas, violadores, vaya a saber uno, tuertos, cojos, había de todo, y este caballero parecía como un gringo sacado de una película. Si tenía su facha el viejo. Cómo será que lo empezó a visitar una jovencita, bueno, no tan jovencita, pero se veía que bajo los vestidos estaba bien... Generosa. Andaba siempre con unas blusas y unos vestidos airados, y zapatillas de lona. Se llamaba Nena, igual que una prima que yo tenía, a la que le decían así por Bernarda. Pero nunca supe cuál era el nombre verdadero de esta señorita. Ella le llevaba comida a don Walter tres veces al día, desayuno, almuerzo y cena. «¿Es pariente suya?», le pregunté una vez. El



viejo se rio no más, así como ladeando la cara. «Una amiga, Juan –me dijo–, una amiga.» Me reí con él porque ya nos teníamos un poco de confianza. Yo le había contado la historia de cómo llegué ahí, él me había regañado. Le hablé de mi casa, de mis papás, de mi padre albañil, de la población donde vivíamos, aunque, mire, yo prefiero decirle barrio, porque la gente es muy despectiva. Él me contó un poco de su trabajo, de que le gustaba hacer asados con su gente allá en el sur, de cuando vivió en Ecuador, donde la comida no le gustaba para nada. «Aquí en Chile se come de verdad, como en Alemania», decía. «Algún día me gustaría conocer Alemania», le dije, pero no me cotizó, sólo dijo *mmm* y después cambió de tema.

La señorita Nena le llevaba ropa limpia y camisas planchadas, por eso el viejo se veía siempre impecable. Era un orgullo andar al lado de ese caballero. Si hasta los gendarmes lo trataban con respeto, y a mí también, porque yo era como su sombra. Después le prohibieron que la señorita Nena le siguiera llevando comida, por seguridad. Pensaban que alguien podía envenenarlo.

Otra vez me cambiaron de celda. Con don Walter nos veíamos cuando salía a dar una vuelta. El resto del tiempo se lo pasaba escribiendo cartas con esa caligrafía de viejo que tenía. Parece que era alemán. Una vez le pregunté si sabía escribir en varios idiomas. «Pero, claro –me dijo–, cómo no.» Chuta, le dije, cómo son las cosas: usted lee y escribe en varios idiomas y yo en ninguno. «Mire, también sé italiano y algo de árabe, pero no se preocupe, Juan, que conozco a mucha gente que es feliz sin saber leer ni escribir.» Me reí no más, qué le iba a decir. Otras veces se quedaba encerrado con la señorita Nena, haciendo sus cosas. Los gendarmes la dejaban ahí y se alejaban. El viejo cerraba las cortinas; yo paraba la oreja y escuchaba los calugazos y otros ruidos.

Nos cerraban la reja a las cinco y cuarto; del tiempo que estuve preso, dos años y cuatro meses, sólo vi que se abriera



a deshora la reja dos veces, y las dos veces fue por don Walter. La primera fue en la noche, como a las nueve. Siempre me dormía temprano pero ese día hacía frío y me costó caer. La reja se abrió y don Walter salió de su celda al mismo tiempo que se acercaba un señor de traje. Escuché que de otra celda alguien decía: «Cacha, hueón, el ministro de Justicia». No me la podía creer. Ahí estaba el ministro conversando con don Walter en la puerta; le decía que se quedara tranquilo.

Al día siguiente me volvieron a pasar con él. Ya tenía todo el lugar ocupado con sus libros y sus papeles. «Perdone, don Walter –le dijo el gendarme–, le traigo a este cabrito de vuelta.» «No hay problema», dijo él.

La segunda vez que vi que se abriera la celda después de las cinco fue cuando don Walter se fue. Llegó el director del penal y le dio la buena noticia. Don Walter ya tenía todo ordenado, así que se vistió no más y partió. Me senté en el borde del camarote justo cuando iba saliendo. «Chao, don Walter», le dije, pero parece que no me escuchó, porque no se dio vuelta.

Al día siguiente fueron los gendarmes y me sacaron las cortinas, el escritorio y la silla. Nunca más se volvió a ver a la señorita Nena. Alguien que había leído el diario contó que al viejo lo dejaron libre completamente, y ya no lo iban a molestar más.

Inv. n°: 181

Material: papel roneo mecanografiado (transcripción)

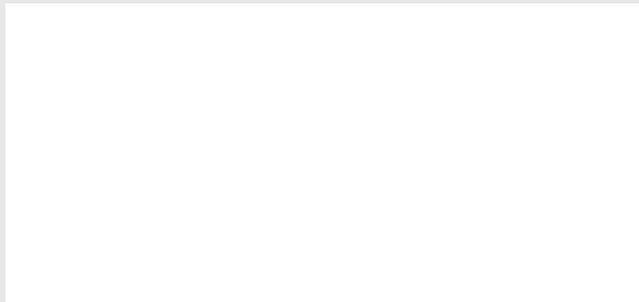
Dimensiones: 279 x 216 mm

Sala: R



PIEZA N° 252

Segunda carta de I.D. al periódico *El Chileno*, publicada en el número del 9 de noviembre de 1895, N° 3492 (Santiago)



GRANDES ESCÁNDALOS

En Magallanes

TRÁFICO DE INDIOS EN PUNTA ARENAS
EL GOBERNADOR SEÑORET DA AL PUEBLO
VERGONZOSOS ESPECTÁCULOS
Repugnantes inmoralidades



INDIOS QUE MUEREN
de abandono y miseria
Relación de un testigo ocular

Como lo prometimos ayer, publicamos hoy la segunda carta que una distinguida persona nos envía denunciando ante el país los horribles atentados de que están siendo víctimas los indios de la Tierra del Fuego por parte del Gobernador de Punta Arenas, don





Manuel Señoret. Los hechos a continuación son los más horribles que haya podido imaginarse para mostrar hasta dónde puede llegar un funcionario público cuando lo arrastran los odios sectarios y la falta de sentimientos humanitarios.*



Señor director de *El Chileno*:

Estimado señor:

Decía a Ud. en mi anterior carta que, según el convenio efectuado entre la Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego y monseñor Fagnano, esta empresa enviaría a todos los indios que no necesitara a la Isla Dawson, donde los salesianos los cuidan y civilizan con abnegación y celo admirable. Una partida de 225 indios que la Sociedad envió a Dawson viven allí felices y prosperan en el aprendizaje de oficios. Había otra partida de 165, pronta para salir para Dawson, pero el gobernador Señoret se propuso arrebatarse esos indios a la caridad de los Salesianos. Mandó el escampavía *Huemul* a Tierra del Fuego, y este los embarcó para llevarlos a Punta Arenas el 3 de agosto último.

Una muchedumbre numerosa acudió al muelle para presenciar el desembarco de ese cargamento humano. Los indios (hombres, mujeres y niños), en estado de absoluta desnudez la gran mayoría, atravesaron las calles de la ciudad entre el escándalo de la gente decente y la turba de pilletes y mujerzuelas que se burlaban de su sencilla imprudencia. Frente a la casa de la Gobernación, el señor Señoret, como un soberano asiático que recibe a una banda de esclavos, contempló satisfecho a sus indios en cueros. Luego les dio algunos trapos y frazadas, que los vecinos se apresuraron

* Para la edición que incluyó la segunda carta de I.D. y las fotos que la acompañaban, la dirección del medio dispuso la impresión de 12.000 ejemplares, que se agotaron durante la mañana.





a llevar para evitar la vergüenza de aquellas desnudeces. Después el rebaño de fueguinos fue arreado, materialmente arreado, a un galpón o establo en la playa.

¿Qué iba a hacer Señoret con sus 165 esclavos? Iba a obsequiarlos a sus amigos y allegados para que los ocuparan en las faenas de los aserraderos. Pero, consultados los amigos, resultó que nadie quería aceptar indios adultos, a lo más se prestaban a recibir niños o niñas mayores de un año. Ante esto, Señoret nombró una comisión compuesta de sus íntimos, los señores Barra, jefe de la policía, Ramírez Silva, cuñado del gobernador, Heede y Stubenrauch, para que procedieran a hacer el reparto de niños fueguinos entre los partidarios y amigos de la autoridad, arrancándolos a viva fuerza de los brazos de sus madres. En los días 7, 8 y 9 de agosto se llevó a cabo el doloroso y salvaje espectáculo que en Punta Arenas se ha llamado el REMATE DE INDIOS, en medio de las escenas más desgarradoras que he visto o espero ver en mi vida. Los amigos del gobernador recibieron para su servicio uno o más pequeños esclavos, y hasta hubo algunos niños que fueron entregados a las «casas de tolerancia» para servir de instrumento de las más repugnantes perversiones. Siento oprimida mi alma por el recuerdo de aquellas escenas cuando las evoco al escribir estas líneas. Paréceme una pesadilla, un cuadro de horrores de los que los viajeros refieren de las regiones más salvajes del mundo. Al comprender que les arrebataban a sus hijos, los indios salieron de su habitual serenidad y dócil placidez y, dando gritos horribles, con ademanes desesperados, trataron de defender a sus criaturas. Cada niño arrebatado originaba una escena. La madre se echaba sobre su hijo defendiéndolo con su cuerpo, mientras el padre, con la expresión de todas las furias en los ojos, dando aullidos que infundían pavor, se lanzaba sobre los que le robaban su niño, atacándolos con las manos, los dientes y las uñas, con rabia de fiera a quien roban sus cachorros. Los niños mismos se resistían, se agarraban a las piernas de sus madres y se echaban al suelo golpeándose contra las piedras. Fue menester amarrarlos, arrastrarlos a la fuerza por las calles y aun cargarlos en carros, como carne para el matadero. Y allá en las casas de sus





nuevos amos, encerrados en un cuarto oscuro, atados los brazos y los pies, algunos golpearon sus cabezas contra el suelo con salvaje violencia hasta hacerse heridas. Otros se escaparon, luchando con todo el furor que su edad les permitía para volver al lado de sus madres. Entre tanto, estas lanzaban pedradas contra las mujeres y los hombres a quienes la comisión repartidora de esclavos iba entregando los niños.

Horrorizado y sin hallar medio de protestar contra aquellas iniquidades que la autoridad había decretado, me retiré a mi alojamiento. Allí vi todavía, desde la ventana, a dos hombres que arrastraban a una niña de unos ocho años, entre gritos de desesperación. Después, los padres y madres se pusieron a correr por la ciudad, llamando en su idioma a sus hijos con exclamaciones lastimeras, llorando a gritos, mesándose los cabellos, mirando al interior de las casas con horrible angustia. Una india casi desnuda pasaba cerca de mi alojamiento, tenía la áspera y revuelta cabellera sobre los ojos, airado y espantoso el rostro y gritando alzaba al cielo los brazos como si profiriera maldiciones. De súbito se detuvo, calló, y vi pasar por su semblante un rayo de felicidad. Había oído, en el interior de una casa, el llanto de su hijo pequeño. Sin aguardar más atravesó el umbral arrastrada por el amor, loca de esa locura que tienen las madres aun entre las fieras; pero un instante después el dueño de casa la arrojaba a golpes a la calle cerrando tras ella la puerta, y la india caía al suelo inerte, medio aturdida, lanzando un ronco aullido como de fiera moribunda.

¡Los blancos se comen a nuestros hijos!, decían los salvajes. Acaso este reproche tiene otro fundamento que las escenas que acabo de describir. He oído referir que algunos mineros del interior, cuando les han faltado víveres, han comido carne asada de niños fueguinos. ¡Así la civilización chilena horroriza a la barbarie de la Tierra del Fuego! En las noches de aquellos días de la repartición de esclavos se oían resonar en el silencio los gemidos de los indios en su galpón de la playa. Amontonados padres y madres lanzaban a las sombras su dolor y llamaban a sus hijos con gritos capaces de conmovier a las piedras.



Los vecinos de aquel barrio no pudieron dormir con los continuos y monótonos alaridos que exhalaban desde el ocaso al alba aquellos infelices.

Por esto y porque los alrededores del galpón estaban inmundos fue preciso sacarlos de allá y desterrarlos afuera de la ciudad, en un punto donde el gobernador levantó para ellos cuatro chozas pajizas abiertas a todos los rigores de la intemperie. Allí han pasado los horribles fríos, lluvias y nevadas de agosto y setiembre, y allí estaban el 24 de octubre, última fecha a que pueden alcanzar mis noticias. Los he visto yo tendidos en la nieve, casi desnudos, ociosos, estúpidos, abandonados a su suerte. Aún era tiempo de entregarlos a los misioneros, que los hubieran recibido con gusto y hubiesen cuidado de ellos cariñosamente. Pero el gobernador no puede declararse vencido en su odio a los salesianos y prefiere que perezca el último indio. Les dan por comida un poco de carne, de modo que están siempre hambrientos. Van a la ciudad y pululan por las calles pidiendo *minchacay* (comida). Los carniceros les ofrecen carne para ver cómo la comen cruda. Acosados por el hambre han comenzado a robar gallinas, corderos y lo que pillan, constituyéndose en una alarma para la población. La intemperie, el hambre, la desnudez –pues ellos en su tierra se abrigan con pieles de guanaco, que han perdido en su mayoría con estas aventuras–, el maltratamiento y las crueldades inauditas a que se les ha sometido han acabado por enfermarlos. A la fecha de mi viaje unos quince habían muerto, como perros, en el tremendo desamparo de su destierro. Otros se han internado en el bosque y nunca será posible hallarlos. Sienten horror a los blancos y sin duda con razón. Un día en que habían fallecido dos indios adultos, fui a verlos y encontré a los infelices agrupados en torno a las fogatas, llorando amargamente. Un anciano, a quien llamaban «capitán», estaba echado en el suelo y lanzaba gemidos lastimeros y monótonos con cierto ritmo salvaje, como si fuera un canto fúnebre. Los doce indios que lo rodeaban lloraban en silencio. De pronto el anciano se levantó, comenzó a dar vueltas y a agitarse como si amenazara a enemigos



invisibles. Era que arrojaba de allí a los malos espíritus, causantes de sus desventuras. Yo no tenía valor para ver tanta desgracia, tanta maldad. Así que volví a la ciudad. Pero en esta hallaba a otros indios que iban por las calles pidiendo limosnas. Vi a uno que se comía los ojos crudos de una cabeza de vaca que habían arrojado por estar podrida, vi a otros que devoraban las uñas de una vaca, medio calentadas al fuego. Un indio quiso entrar en una carnicería, y como el dueño se lo impidiera, lanzó contra él una piedra sin hacerle daño. Por este hecho fue llevado a la cárcel y allí le dieron 25 azotes. A los primeros golpes el desgraciado cayó sin conocimiento, pero los golpes siguieron hasta que el cuerpo se hizo una sola llaga sangrienta. La mujer del indio, que oía los azotes desde la calle, creyó que mataban a su marido, y se revolcaba lanzando ayes horribles. Después la dejaron entrar. Al encontrarse de nuevo el torturado indio y su esposa, se acariciaban llorando y se decían en su lengua palabras de amor.

De este hecho hizo el periódico del gobernador una novela que llamó *Amor fueguino*, callando los 25 azotes, por cierto. Por último, y para coronar esta larga serie de dolorosos recuerdos, es preciso añadir que, en su ociosidad y abandono de más de tres meses, las víctimas del gobernador están adquiriendo todas las corrupciones imaginables.

Allá en las soledades de sus bosques y sus islas, los fueguinos viven una existencia natural, sencilla y relativamente ordenada. Practican la monogamia, tienen el amor de la familia, y los que viven en las Misiones Salesianas son buenos, dóciles y morales. Pero aquí, en Punta Arenas, abandonados, ociosos, sin que nadie se preocupe de instruirlos o de darles trabajo, han tomado ya el gusto por el alcohol y se les ve ebrios a menudo. Esto no es lo peor: gentes malvadas y corrompidas se han entretenido en enseñarles vicios inmundos que los indios no conocían, y se les ve cometer asquerosas obscenidades delante de cuantos van a visitarlos. Esto no me lo ha referido nadie: lo he visto yo mismo y no puedo detenerme a llamar la atención hacia ello, porque el asunto es a la vez horrible y repugnante. Tales son, ligeramente narrados, los frutos que da la



campaña del gobernador de Magallanes para impedir que los indios fueguinos sean recogidos en las Misiones Salesianas.

Perdóneme, señor director, que me haya extendido tanto; pero la indignación se aviva en mí al recordar estos hechos y abrigo todavía la esperanza de que reproducidos por la prensa produzcan en el Congreso, en el Gobierno, en la opinión pública siquiera un movimiento humanitario en defensa de los fueros de la civilización. Harían Uds. en su diario una obra hermosa, santa y patriótica si, junto con denunciar estos hechos, invitaran a sus colegas de la prensa a reproducirlos.

¿Es posible dejar a esos indios en tan espantoso estado de torturas, habiendo allí misiones que el mismo Gobierno subvenciona para que sean civilizados? A mi juicio, y a juicio de cualquier hombre que tenga sentimientos de humanidad, ha llegado el momento de que este asunto se agite, se esclarezca y se le ponga remedio. Por mi parte, y como testigo ocular de la mayor parte de estos sucesos, cumplo mi deber haciendo esta narración que Ud., señor director, ha querido acoger benévolamente.

De Ud. A. i S. S.

P.D. – Le adjunto tres fotografías de indios tomadas en Punta Arenas.*

I. D.

Inv. n°: 191

Material: páginas de periódico

Dimensiones: 432 x 279 mm

Sala: P

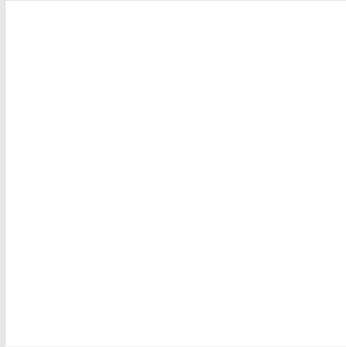
* La descripción de las imágenes la hizo el periódico, que en la época no incluía fotografías: «Una representa a una infeliz india totalmente desnuda; así están muchas y así las han fotografiado, incluso en actitudes que ofenden el pudor. La otra reproduce a dos indígenas con pieles de guanaco raídas y cayéndose a pedazos. La tercera es un grupo de doce fueguinos envueltos en las frazadas y los harapos que algunos recibieron».





PIEZA N° 73

Ceremonia del Isse-Ohone



Aunque la imagen es algo borrosa, se alcanza a distinguir a una mujer desnuda, curvada y amarrada sobre un tronco, con las nalgas desnudas expuestas hacia una fila de hombres selk'nam de distintas edades que se sitúan tras ella. Esta fotografía muestra el rito central de la ceremonia del Isse-Ohone, que tenía lugar como castigo contra las mujeres que hubiesen faltado el respeto a su hombre o a su pueblo. La pena para la culpable era la muerte. El escritor Patricio Manns nos explica el procedimiento en su novela *El corazón a contraluz* (2012):

«Así, cuando una de ellas faltaba a su pueblo o a su marido, era ejecutada mediante el castigo conocido como el *Isse-Ohone*, que traducido literalmente significa “huracán vaginal”, y consistía en que toda la comunidad masculina se turnaba ininterrumpidamente, día y noche, sobre el cuerpo de la culpable hasta darle muerte. En estos casos se trataba de un ajusticiamiento por sobredosis de esperma».

Inv. n°: 193

Material: gelatina de plata sobre papel

Dimensiones: 11 x 16 cm

Sala: P



PIEZA N° 205

Cronología del juicio a Walter Rauff en Santiago de Chile (1962-1963)



30 de junio, 1960: Un tribunal de Hannover emite una orden de detención contra Walter Rauff. Esta incluye una fotografía en blanco y negro del acusado y el texto que reproducimos a continuación:

«Juzgado 47-DS Hannover, Wolgerweg 1, Tel. 16171 // Se certifica que esta fotografía del año 1941 representa, según las averiguaciones del fiscal, al inculpado Rauff. Mide 160 cm. El anteriormente jefe superior de la SS, Compañía de Asalto, posteriormente SS. Jefe de estandarte Walter Rauff, nacido el 19 de junio de 1906 en Köthen (Anhalt), de nacionalidad alemana, casado, último domicilio en Berlín, Wilmedorf Witteisbacher Str. 12 debe ser detenido y llevado a prisión preventiva por sospecha urgente de haber cometido numerosos asesinatos en común con los jefes responsables del Estado nacionalista y especialmente de la SS. El inculpado era en 1941 y hasta julio de 1942 general en la oficina principal para la seguridad del Reich y dirigente para asuntos de los grupos técnicos, grupo II-D. Le estaba subordinado también el automovilismo de la policía de seguridad. Con el jefe de sección Pradel, el jefe superior de asalto y capitán de la policía de seguridad, la sección II-D estaba destinada a la coordinación y empleo de los carros de gas, con los cuales se dio muerte a personas en los territorios ocupados del este, especialmente de raza judía».



4 de diciembre, 1962: El comisario de Punta Arenas, Osvaldo Almazán, llega hasta el departamento de Walter Rauff, en el edificio Teatro Palace, llevando una orden de la Corte Suprema con fecha 13 de marzo de 1961, acusado de ser autor directo de los cargos de homicidio calificado y genocidio. Rauff se deja detener sin oponer resistencia y es subido al vuelo LAN805 de las 23:30 horas, con destino a la ciudad de Santiago.

5 de diciembre, 1962: Walter Rauff aterriza en Santiago, donde lo esperan gendarmes. Baja por la escalerilla de los pilotos, de modo de no quedar expuesto a la prensa. Una camioneta de la FACH, patente S-24, lo conduce hasta la maestranza de LAN donde lo espera un automóvil Chevrolet de color negro que lo lleva a la Prefectura de Investigaciones.

A las 10:20 am ingresa al edificio de la Corte Suprema por una puerta ubicada en calle Compañía, mientras la prensa lo espera por Morandé. En la oficina del presidente de la Corte Suprema de Justicia, Rafael Fontecilla Merino, lo esperan además el jefe de la Guardia de Tribunales, Alfonso Palma, la actuario del proceso Vilma Villegas y el prefecto de Policía Internacional Patrick Wiechmann.

A las 11:30 am Walter Rauff abandona la oficina en compañía de dos guardias de prisiones y del jefe de la guardia. Según las descripciones de la época, se trata de «un hombre serio, corpulento sin ser alto, vestido con un traje color gris claro cruzado, zapatos negros, camisa sport sin corbata, de color azul tenue, a cuadros, y que portaba un sombrero café de ala corta, con el que se tapaba la cara». Una vez en la Sala de Guardia emitió su primera declaración a la prensa:

«No tengo nada que decir. Lo único que espero es poder conversar con mi abogado. Todo esto me extraña profundamente. Hay momentos en que creo estar soñando. Soy inocente de lo que me acusan. Cierto es que pertenezco al ejército alemán e hice la guerra, pero yo era marino, capitán de fragata del dragaminas *Korpentaur*. Nada tengo que ver con matanza alguna de judíos».





El presidente de la Corte, en tanto, se niega a hacer declaraciones alegando que no ha logrado hacerse una idea cabal de lo sucedido.

Walter Rauff es conducido a la Cárcel Pública.

6 de diciembre, 1962: A las 10:00 am el presidente de la Corte Suprema, Rafael Fontecilla, visita la Cárcel Pública para entrevistarse con Walter Rauff. Al salir, declara a la prensa que entregaría todos los antecedentes al fiscal Urbano Marín.

Por la tarde, se presenta ante la prensa el abogado Rolf Bücher Jensen, «hombre rubicundo y regordete, que acostumbraba fumar puros y vestía de terno oscuro, con un pañuelo blanco pomposamente doblado en el bolsillo del pecho». «Estoy seguro de que la justicia chilena no considerará la extradición del general Rauff», dijo. «El delito de genocidio no está contemplado en el Código Penal chileno, por lo que la extradición debió solicitarse por el delito de homicidio calificado. El delito específico por el cual se pide la extradición de mi defendido es un homicidio perpetrado en el mes de junio del año 1942. Pero según las leyes chilenas los crímenes prescriben a los siete años. En este caso han pasado más de veinte. Además, es lo mismo que si por un atropello en Santiago detuvieran al fabricante del automóvil. Es absurdo.»

El abogado expresó asimismo que la defensa de Rauff le fue solicitada por su hijo, Alfred Rauff Richter, «y yo acepté el encargo por estimar que este hombre es inocente. Hoy he conversado largamente con él en la cárcel y estoy plenamente convencido de que no es el autor de las 90.000 muertes que se le imputan».

7 de diciembre, 1962: En un comunicado de prensa despachado a primera hora por la defensa de Walter Rauff, se comunica que el abogado Enrique Schepeler hará equipo con Bücher para defender al acusado.

Horas más tarde el ministro Fontecilla somete a Rauff a un nuevo interrogatorio en el que el acusado declaró, según una fuente judicial:

«Soy inocente (...) Las pruebas que me señalan como culpable de la muerte de 90.000 judíos están falseadas, yo sólo fui un general de escritorio y mi trabajó consistió en firmas, timbres y cursar



numerosas órdenes, entre ellas la de fabricar y enviar a distintos lugares los camiones que, sin saberlo yo, fueron utilizados en el exterminio de judíos. (...) Se me había informado que esos camiones se usarían para ajusticiar a culpables de delitos comunes y no a judíos ni polacos».

Al finalizar la jornada el juez Fontecilla revela que se trata de un caso «sumamente difícil. Espero que mi decisión final esté acorde con el derecho internacional y con mi conciencia. (...) Nuestro país no tiene tratado de extradición con la República Federal Alemana; por lo tanto, el tribunal de primera instancia deberá basarse sólo en las normas del derecho internacional (...). Yo he pensado que mi decisión tendrá que basarse en el Código Bustamante, que es el que rige los tratados de extradición».

En su artículo 378 este código expresa: «En ningún caso se impondrá o ejecutará la pena de muerte por aquellos delitos por los cuales fue concedida la extradición».

11 de diciembre, 1962: En el diario *La Tercera* el abogado Bücher Jensen da a entender que un grupo de alemanes residentes en Chile financia la defensa del ex SS Walter Rauff.

12 de diciembre, 1962: El abogado Bücher informa a la prensa que su vida corre peligro, ya que ha recibido varias cartas con amenazas. Esta es la transcripción de un fragmento de su relato ante los micrófonos de las radioemisoras que cubrieron el caso:

«De partida la firma en que presto mis servicios, cuyos dueños son israelitas, me pidió que no siguiera concurriendo a la oficina, porque resulta molesto el continuo ajetreo de los periodistas y la publicidad poco grata para la empresa. Luego, las cartas. Casi todas son anónimas y contienen amenazas. Me parece extraño ya que siempre he sido antinazi y si en este caso acepté defender al oficial es porque me asiste la total seguridad de que es inocente del delito que se le imputa. Mire usted estas monedas, me las mandaron de Europa, significa lo mismo que si en un teatro se le tiran monedas



a un cantante que lo hace mal. (...) Hay una carta cuyo texto no tengo conmigo, la entregué para un peritaje, donde se me dice en duros términos que lo pasaré muy mal si sigo defendiendo al general Rauff. Pero no engañan a nadie. Es sólo un volador de luces del gobierno de Bonn, una manera de embolinar la perdiz a los alemanes que enfrentan problemas muy graves, como la caída del gabinete de Adenauer por el escándalo *Spiegel*. Pero este es un país libre y no creo que con amenazas logren lo que persiguen: dejar sin defensa a un inocente».

13 de diciembre, 1962: Sorpresivo vuelco en el caso: el abogado Enrique Schepeler aclara en rueda de prensa que Bücher Jansen nunca fue contratado para defender a Rauff, sino para traducir del alemán ciertos documentos. Anuncia que ha solicitado al ministro Fontecilla que se le prohíba el acceso a todo lo relativo al caso.

17 de diciembre, 1962: La defensa de Walter Rauff presenta dos testigos. Uno es Edouard Biedermann Klingermeier, nacido en 1906, antiguo capitán de corbeta de la marina alemana, luego fundador de una empresa pesquera en Chile; el otro es Gustav Alvin Wendel, marino mercante alemán que durante la guerra había trabajado entre Alemania e Italia. Ambos manifestaron que Rauff, al hacerse cargo del departamento II-D, «se había limitado a cumplir funciones de oficial perito en logística».

La tarde de ese día llegó a la redacción de un vespertino de la capital el rumor de que una organización chileno-alemana llamada Das Reich estaba financiando la defensa del imputado, con el fin de rescatar el honor de quien «defendió a su patria en la lucha a muerte por la supervivencia».

18 de diciembre, 1962: La defensa presenta a un tercer testigo, Erich Daum, alemán que se encuentra de paso por Chile y quien había sido jefe directo de Rauff en la Kriegsmarine al comienzo de la guerra. Daum destacó la conducta irreprochable de Rauff y señaló que había sido transferido a la Gestapo por razones privadas.





22 de diciembre, 1962: El presidente de la Corte Suprema recibe una carta de Alemania, en la que un notario de Hannover, sr. Scholz, le recuerda que la extradición de Rauff depende exclusivamente del Código Penal chileno; además, señala que «en Alemania el crimen no está prescrito, y se espera procesar a Rauff por ayudar y ser cómplice en el exterminio de judíos».

5 de enero, 1963: A las 13:15 el abogado de la República Federal Alemana, Eduardo Novoa Monreal, hace entrega al presidente de la Corte Suprema de un escrito de 48 páginas en que se acusa a Rauff de ser el inconfundible creador del sistema de matanza de judíos mediante camiones de gas: «La participación de Walter Rauff en acciones concretas de matanza de numerosas personas, especialmente de raza judía, se desprende de los hechos que constituyen presunciones múltiples y graves en su contra». Novoa solicita la extradición y señala, además, «la falta de sinceridad del inculpa-do Rauff al prestar sus declaraciones ante US», antes de citar las fojas en las que el acusado se contradice. Por ejemplo, en el acápite 5° de su declaración a fojas 81 admite expresamente que en los camiones de gas murieron personas, principalmente de raza judía, en los territorios ocupados del este, por asfixia; sin embargo, en su declaración de fojas 85 dice: «Yo no sabía si esos camiones estaban destinados a matar judíos u otras personas delincuentes».

Novoa Monreal se refiere al genocidio, a la sazón delito no tipificado en Chile.

17 de enero, 1963: El abogado de Walter Rauff, Enrique Schepeler, entrega una defensa de 72 páginas, alegando que el tribunal chileno no tiene facultades para cursar la extradición. Los fundamentos de su defensa son que «no está probado el cuerpo del delito», por ejemplo la identidad de los 97.000 asesinados, que «el genocidio no es delito en Chile»* y que «la acción penal está prescrita».

* Solo el 18 de junio de 2009 entra en vigencia en Chile la ley 20.357, que castiga «crímenes de lesa humanidad y genocidio y crímenes y delitos de guerra».





22 de enero, 1963: El fiscal de la Corte Suprema Urbano Marín solicita, en un informe de 32 páginas que ha permanecido en reserva, que se deseche la solicitud de extradición y que Walter Rauff sea liberado en el corto plazo, ya que los delitos citados estarían prescritos en Chile desde 1959.

23 de enero, 1963: La revista *Ercilla* publica una extensa entrevista al abogado defensor.

21 de febrero, 1963: A las 08:25 el presidente de la Corte Suprema da a conocer la información de que un comando israelí ha llegado a Chile para secuestrar o dar muerte a Walter Rauff, y como consecuencia da lugar a la solicitud de extradición presentada por el Gobierno de Alemania, rechazando así los conceptos de prescripción de la pena ofrecidos por Urbano Marín un mes antes.

A las 09:30 horas de ese día, Walter Rauff es conducido por cuatro gendarmes hasta el Palacio de Justicia. Llega acompañado del abogado Schepeler y es introducido a la Secretaría de la Corte para escuchar la sentencia del ministro Fontecilla, cuya alocución duró cerca de media hora. Luego, el abogado Schepeler declaró que apelaría de inmediato; la Corte Suprema debería designar una sala que no esté integrada ni por el presidente de la Corte ni por el fiscal Marín.

Tras abandonar el Palacio de Justicia, y acompañados en todo momento de un amplio contingente de policías de civil, Rauff y su abogado hicieron declaraciones a la prensa. El alemán dijo:

«No pensé nunca que la justicia chilena pudiera condenarme. Yo hice la guerra y yo también perdí la guerra. Defendí el más majestuoso de los palacios de Berlín cuando Alemania ya estaba vencida. Si mi vida me hubieran pedido, mi vida habría entregado. Porque ante todo amaba a mi patria por sobre todas las cosas, la amaba con un cariño que no admitía condiciones... Hasta la muerte. Pero de ahí a ser un asesino hay mucha distancia. Cierto es. Porque ciertamente ha sido comprobado que fui oficial de las SS, la guardia especial de Adolf



Hitler. Perteneía a la Gestapo porque un soldado no debe jamás rehuir la batalla, y obedecí órdenes que quizás me llevaron a matar. Un buen soldado ejecuta órdenes, jamás las discute. Criado en la estricta disciplina de la Marina, nunca desobedecí una orden ni dejé que mis inferiores las dejaran de acatar. Llegué a Chile pobre y cimenté una situación y junto a mí llegaron mi mujer y mis dos hijos. Uno de ellos me acompaña hasta ahora en este calvario. Mi mujer yace bajo un metro de tierra chilena. Qué quiere usted que yo le diga..., qué puede pensar de mí, asesino, según me pintan, de noventa mil personas... Es tan monstruoso que obliga a avergonzarme. Perdone».

Tras las declaraciones, el acusado fue autorizado para tomar un taxi hasta la cárcel, acompañado de su abogado.

12 de marzo, 1963: En respuesta a la apelación del abogado defensor, se compone una Sala de la Corte Suprema con los ministros señores Pedro Silva F., Manuel Montero M., Julio Espinosa A., Ramiro Méndez B., Víctor Ortiz C., Eduardo Ortiz S. y el abogado integrante Leopoldo Ortega N.

A partir de esta instancia se realiza una serie de alegatos con gran asistencia de público.

26 de abril, 1963: A las 19:40 horas se da a conocer el fallo de la Primera Sala de la Corte Suprema, que revoca la sentencia de Fontecilla y desecha definitivamente el pedido de extradición, por mayoría de votos.

Según el testimonio del abogado acusador, Eduardo Novoa Monreal, la sentencia de segunda instancia es «el resultado de discrepancias profundas de parte de los ministros que la suscriben (...) Tampoco me corresponde el análisis de otros factores subjetivos, como la rivalidad funcionaria manifiesta existente entre los ministros Silva y Fontecilla, que pudo inclinar a aquel a enmendar la plana a este; todo ello aparte de su antitética posición ideológica: conservador el primero y liberal democrático el segundo, en el más amplio sentido de las palabras».





27 de abril, 1963: Aparece en el diario *La Tercera* la siguiente nota, titulada «Libre el nazi Rauff»:

EN FALLO SIN PRECEDENTE FUE REVOCADA
SENTENCIA DE PRIMERA INSTANCIA

La Primera Sala de la Corte Suprema revocó ayer el fallo de primera instancia en el caso de extradición del ciudadano alemán Walter Julius César Rauff Bauermeister, no dando lugar a ésta. El texto del fallo es el siguiente:

«En el expediente número 56-2, sobre extradición de Walter Hermann Julius César Rauff Bauermeister, solicitado por el Gobierno de la República Federal de Alemania, se ha dispuesto oficiar a Ud. a fin de que el nombrado H.J.C. Rauff B., actualmente detenido a disposición de este Tribunal, sea puesto en libertad, si no estuviera preso por otro motivo.

Lo que comunico a Ud. para que sea cumplido.

Dios guarde a Ud.»

Bajo la firma de Pedro Silva y dirigido al alcaide de la Cárcel Pública, Raúl Álvarez, el documento fue despachado de inmediato y llevado personalmente hasta la Cárcel, donde se procedió a liberar al hasta entonces detenido Rauff.

«¡Libre! ¡Viva Chile!», fue la primera exclamación de Walter Rauff a su salida de la cárcel en la tarde de ayer. «Es lo primero que se me ocurre decir», aclaró a los numerosos periodistas, amigos, abogados y familiares que lo esperaban en la puerta de la prisión. Entre fagonazo y fagonazo de los reporteros gráficos el ex coronel de las S.S. agradeció a su abogado, Enrique Schepeler, por lo que calificó de «defensa lógica y brillante».

«No tengo resentimiento contra nadie, tampoco temor del porvenir», dijo refiriéndose a proyectos futuros, pero no aclaró cuales serán sus actividades.





Entre pregunta y foganazo, Rauff subió al coche de su abogado junto a su nuera y a otras personas y se alejó, reflejando en su cara la inmensa felicidad de haber salido en libertad y quizás, más que nada, de haberle hurtado el cuerpo a la justicia de su país, que lo reclamaba por crímenes de guerra.

Inv. n°: 197

Formato: infografía de elaboración propia

Dimensiones: 200 x 70 cm

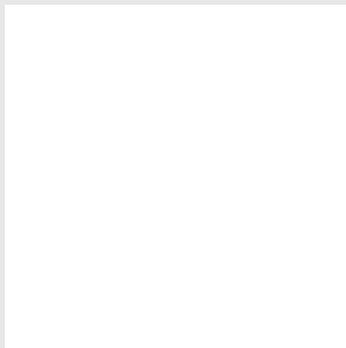
Sala: R





PIEZA N° 57

Prepucio de Julio Popper



Esta caja de plata labrada contiene un pequeño pedazo de piel disecada de lo que fue el prepucio de Julio Popper. En la tapa, en una placa, está grabado su nombre rumano, Iuliu, y su año de nacimiento (1857).

El Berit Milá es la circuncisión ritual que se practica al varón judío al octavo día de haber nacido, como símbolo del pacto entre Dios y Abraham, según se establece en Génesis 17:1-14. El procedimiento se realiza con una herramienta especial, pero en algunos casos, en especial entre los más ortodoxos, el circuncidador o *mo-hel* posa la boca directamente sobre la herida para extraer la sangre, lo que se conoce como *metzitzah b'peh*. Los padres de Popper eran azquenazíes ortodoxos y eligieron el método *metzitzah b'peh* al momento de circuncidar a su primogénito. Por alguna razón no hicieron lo mismo con su hijo menor, Máximo. Del mismo modo, contraviniendo el rito de cremación de los prepucios, la familia conservó los de sus hijos.

Cuando el aventurero rumano compuso el célebre álbum fotográfico «Expedición Popper» para el presidente argentino Miguel Juárez Celman, destinó algunos ejemplares a unas pocas y selectas amistades. Un álbum llegó por barco a Rumania, a la casa de su pa-



dre, junto con una carta en la que Popper narraba a su progenitor su plan de fundar Atlanta, su proyecto de ciudad en Tierra del Fuego, y la necesidad de cazar indios para despejar el terreno. La respuesta de su padre no llegó sino tres años más tarde, en 1889, y consistió en un paquete que contenía esta caja de plata, sin cartas ni indicación alguna. Los amigos que preguntaron a Popper qué significaba el envío recibieron un incómodo silencio por respuesta.

Inv. n°: 199

Material: piel humana, plata labrada

Dimensiones: 100 x 40 mm

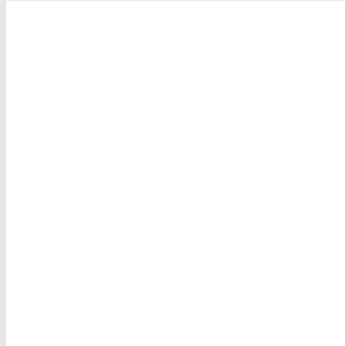
Sala: Ch-M





PIEZA N° 706

El último ona de Punta Delgada



Fotografía de autor desconocido, encontrada entre las pertenencias de un ovejero croata fallecido en Ushuaia en 1943. En el reverso está escrito: «El último ona de Punta Delgada, 1894».

En la escena, un joven colono, con boina y bigote, posa segundos antes de disparar en la nuca a un selk'nam arrodillado frente a una fosa en la que se distinguen piernas, brazos y cabelleras de otros dos caídos, en las cercanías de la Estancia Punta Delgada, Tierra del Fuego. A su alrededor, otros hombres armados observan; por sus atuendos es fácil reconocer que corresponden a trabajadores de una estancia. El cuarto de izquierda a derecha es Alexander MacLennan, alias *Chanco colorado*, un escocés empleado de José Menéndez y Cía.

Es interesante reparar en las expresiones faciales que han quedado retratadas: algunos se muestran expectantes ante la muerte de un hombre a sangre fría; un par ríe, en otros puede atisbarse curiosidad o una profunda concentración. No se distinguen gestos de horror, miedo o desprecio por lo que están a punto de contemplar. La amarga expresión de la víctima –la resignación del que sabe que está a punto de morir por el mero hecho de ser indio– no es sin embargo lo más aterrador de la es-



cena, tampoco las caras de los demás «cazadores». Es la faz del joven verdugo, que no denota emoción alguna mientras empuña el arma. Con toda seguridad ya lo ha hecho decenas de veces; es parte de su trabajo.

Inv. n°: 211

Material: gelatina de plata sobre papel

Dimensiones: 120 x 233 mm

Sala: Ch-M





PIEZA N° 95

Pata de palo de María Behety Chapital
(1848-1908), esposa de José Menéndez



Esta prótesis de madera perteneció a la señora María Behety de Menéndez, quien perdió la pierna durante el Motín de los Artilleros, ocurrido durante el día y la noche del 11 de noviembre de 1877.

En esa ocasión, cuando los presos de la colonia penal de Punta Arenas se levantaron en armas y saquearon la ciudad, el señor José Menéndez se encontraba en Uruguay en viaje de negocios. Un grupo de revoltosos armados llegó hasta la casa de la familia y comenzó a forzar la puerta. María Behety se replegó al interior de la vivienda junto con sus hijos, pero los malhechores ni siquiera consiguieron romper la cerradura. Comenzaban a retirarse cuando María Behety se acercó sigilosamente a mirar por una ventana, justo en el momento en que uno de los maleantes, enfurecido contra el cerrojo que había resistido, disparó hacia la puerta. La señora María recibió la descarga a centímetros de la rodilla. Un vecino, médico veterinario, la ayudó a escapar al bosque junto con



los niños, y allí, sin más herramientas que un serrucho y su male-tín de servicio, procedió a cortar la pierna de la señora Behety para evitar la gangrena.

Se desconoce si es la única prótesis que poseía pero, conside-rando la fortuna que llegó a amasar su marido, es posible que haya tenido una colección. El tornillo en la parte inferior servía para encajar diferentes tipos de zapatos acondicionados, y los clavos sobre la articulación de la rodilla afirmaban las ligas o medias que usaba doña María.

La existencia de esta prótesis podría echar por tierra un mito recurrente en la comunidad de Punta Arenas, el de que la señora era una casquivana gustosa de bailar sobre las mesas una vez que se emborrachaba, actividad recreativa que se le habría dificulta-do en extremo con esta condición, a no ser que existiera una mesa especial donde encajar el tornillo de su pata falsa, la que podría haber usado a modo de tubo cabaretero. Asimismo es posible que los chismes o simples rumores malintencionados refirieran a una época anterior a su matrimonio.

Inv. n°: 223

Material: madera con incrustaciones y articulación de metal

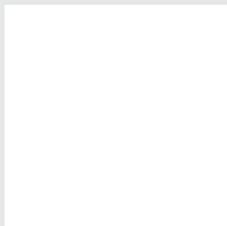
Dimensiones: 80 cm de alto, aprox.

Sala: Ch-M



PIEZA N° 254

«Plancha» de Radio Magallanes



Este equipo telefónico, conocido entre los trabajadores radiales como «plancha», fue utilizado por los periodistas y técnicos de Radio Magallanes Amado Felipe y Leonardo Cáceres, bajo las órdenes del director de la emisora, Guillermo Ravest, para grabar y emitir el último mensaje del Presidente Salvador Allende, que comenzó a salir al aire a las 09:10 del día 11 de septiembre de 1973.

La Radio Magallanes fue fundada en 1957 y pasó a formar parte de Radioemisoras Unidas, una cadena radial propiedad de la Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego. A comienzos de los años sesenta fue comprada por el Partido Comunista y se convirtió en el portavoz de este organismo durante la Unidad Popular (1970-1973). El día del golpe de Estado la aviación chilena llevó a cabo la «Operación Silencio», que consistió en allanar e inutilizar las plantas transmisoras de las radios de la Universidad de Chile, la Universidad Técnica del Estado (hoy USACH), la Radio Luis Emilio Recabarren de la CUT, la Radio Corporación y la Radio Portales, además de Radio Magallanes.

Sus antenas fueron bombardeadas desde el aire justo después del mensaje presidencial. Luego, a las 10:27, la planta fue ocupada por militares, dándose por concluida la Operación Silencio.

Inv. n°: 227

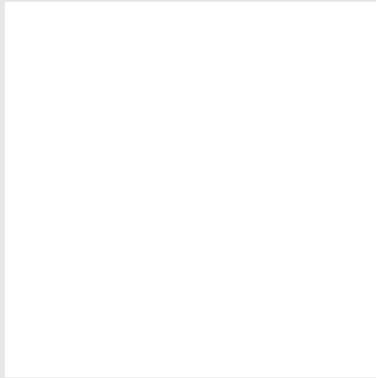
Dimensiones: 26 x 19 x 14 cm

Sala: R



PIEZA N° 97

Punta de flecha con que fue herido Alexander MacLennan



Esta punta de flecha fue extraída de la espalda de Alexander MacLennan, alias *Chancho colorado*. Por mucho tiempo fue parte de una piocha que el escocés mandó a hacer para llevar con orgullo en la solapa. Es de tamaño mediano y procede del carcaj de un niño selk'nam, quien disparó a MacLennan en la playa de Santo Domingo en enero de 1897.

Hay registro de que MacLennan, en su calidad de capataz de la Estancia Primera Argentina, había invitado a un grupo de más de trescientos selk'nam a compartir un asado para sellar un acuerdo de paz, después de que intentara vanamente expulsarlos de la zona aledaña a la estancia. Los colonos sirvieron gran cantidad de vino a los indígenas. Al verlos aturdidos por el alcohol, el escocés se alejó del lugar donde se celebraba el festín y ordenó a sus hombres, apostados en lo alto del Cabo Santo Domingo, abrir fuego contra sus invitados. Un niño, que dormía junto a sus hermanos a metros del lugar, se despertó con los tiros y se encontró con que MacLennan estaba a pasos de ellos disfrutando el «espectáculo». El niño tomó su carcaj y alcanzó a disparar antes de ser impactado en el pecho por uno de los tiradores del escocés.



Los cuerpos de los niños, ancianos, hombres y mujeres indígenas fueron mutilados y luego abandonados en el lugar sin sepultura. MacLennan se recuperó exitosamente de su herida y guardó la flecha, para exhibirla como prueba de la ferocidad de los selk'nam.

Por último, cabe mencionar que aquella emboscada le reportó a MacLennan una utilidad de 450 libras esterlinas.

Inv. n°: 229

Material: piedra labrada

Dimensiones: 5 x 2,3 cm

Sala: P



PIEZA N° 94

Réplica de lápida de la familia MacLennan*

Erigida en memoria de JANET McLENNAN, muerta en Hawthorn Cottage el 13 de Nov. 1883 a la edad de 8 años / MURDO McLENNAN, muerto en Hawthorn Cottage en la infancia, el 6 enero 1886, y sus padres DONALD McLENNAN, muerto en Muir of Ord el 18 agosto 1918 a la edad de 88 años, y MARGARET McLEAN, muerta ahí el 16 junio 1918, a la edad de 68 años, y sus hijos RODERICK, muerto en Punta Arenas, Sudamérica, el 2 diciembre 1896, a la edad de 23 años, ALEXANDER muerto en Punta Arenas, Sudamérica, 5 junio 1917, a la edad de 45 años, JOHN, muerto en Vancouver, Canadá Británica, el 21 julio 1927 a la edad de 43 años.

En el norte de Escocia, frente al fiordo Beaulley, se ubica el pueblo ganadero de Killearnan, cuya iglesia tiene un pequeño cementerio. Entre las musgosas lápidas hay una dedicada a la familia MacLennan, mandada a esculpir por el párroco Bill McGregor en agradecimiento por las constantes donaciones del patriarca, Donald MacLennan.

Inv. n°: 233

Material: copia de exhibición, piedra esculpida

(traducción: Museo de la Bruma)

Dimensiones: 1,5 x 0,72 m

Sala: P

* Esta es posiblemente la pieza más dispensable de la muestra recuperada, sin embargo quisimos dejarla para dar una idea fiel de la curatoría original.





PIEZA N° 30

Relación de Clorinda Mansilla de Ávila (1895)

«El día 27 de septiembre [de 1895] doña Elvira Ballester pidió al comisario de policía don Alberto Barra que le diera una indiecita de dos años y medio. Barra mandó un soldado al campamento indígena para quitársela a su madre (...) pero esta se resistió uniéndose todos los indios y con piedras y palos hicieron esfuerzos para rechazar al soldado. Este viéndose rodeado por tantos indios furiosos sacó un revólver y disparó un tiro que por suerte no hirió a nadie. Los indios espantados dejaron libre al soldado y este ordenó a la mujer india de seguir a la señora Elvira Ballester hasta su casa. Llegada aquí el soldado le quitó el hijo a la india y se lo entregó a la Ballester y dio un empujón a la india. Esta entonces empezó a dar gritos desgarradores, se rasgó con las uñas sus carnes y cayó al suelo casi desmayada. (...) Este hecho puede atestiguarlo también doña Julia Marechaux».

Inv. n°: 239

Fuente: archivo N° 549 bis caratulado «Sumario sobre vejámenes inferidos a los indígenas de Tierra del Fuego»,
2 de diciembre de 1895, p. 23 y 23 vuelta

Dimensiones: 276 x 218 mm

Sala: P





PIEZA N° 17

Escalas para establecer tipos raciales



Estos instrumentos fueron utilizados desde fines del s. XIX como escalas comparativas para establecer tipologías raciales.

La tabla de la izquierda es una suerte de paleta de colores hecha de trozos cerámicos que servía para definir y tipificar colores de piel, desde el número 1 (blanco puro) hasta el 36 (negro). Su creador fue el médico y antropólogo austriaco Félix von Luschan (1854-1924), miembro de la Deutsche Gesellschaft für Rassenhygiene, donde defendió la igualdad entre las razas y destacó como oponente del «racismo científico».

El estuche de la parte superior contiene 30 mechones de pelo humano de distintos colores, y van desde el más oscuro (a la izquierda) pasando por rubio (al medio), castaño y rojizo, a la derecha. Fue elaborado por la fábrica de Franz Rosset, ubicada en el número 30 de la Kaiserstraße, en Friburgo.

Debajo del estuche encontramos una tabla con 16 ojos de vidrio de distintos colores, dispuestos en líneas de 4 x 4. A la derecha se ubica la tapa de la tabla de ojos, hecha de cartón negro con impresión en letras doradas (se lee «UGENFARBEN-TAFEL» y el nombre de su creador: «Prof. Dr. Rud. Martin (1864-1925)»). Rudolf Martin fue un antropólogo suizo y desarrolló esta tabla en 1904, mientras el ortopedista Wilhelm Schulthess trabajaba en un set para medición de huesos del cuerpo, con los mismos fines.



Varios investigadores que recorrieron América del Sur, incluida la Patagonia, caracterizando las «razas» de sus habitantes se valieron de estas tablas. Los instrumentos de la colección del Museo de la Bruma pertenecieron al doctor Joseph Mengele, quien los vendió a la institución en su paso por Punta Arenas en 1957, por la suma de 251 francos alemanes.

Inv. n°: 241

Dimensiones: tabla de piel 18,7 x 7 x 7 cm; tabla de cabellos 40,4 x 10,5 x 1,8 cm; tabla de ojos 18,5 x 13,5 x 3 cm

Sala: P-R



PIEZA N° 708

Las secretarias de Stubenrauch, *circa* 1892



Rudolf Stubenrauch fue uno de los prohombres patagónicos más connotados. Fue cónsul británico y alemán, y miembro de la Comisión de Alcaldes de Punta Arenas –la primera Municipalidad– entre 1896 y 1901, bajo la gobernación de Señoret. Además fue un próspero empresario, dueño de Stubenrauch & Cía., uno de los socios de la Compañía Explotadora del Baker, entre otras tantas empresas, así como hombre público responsable de la creación de la Plaza de Armas de Puerto Natales. Tenía como afición la adopción de indígenas para utilizarlas como secretarias personales a cargo de diferentes tareas.

Inv. n°: 251

Fuente: Biblioteca UMAG

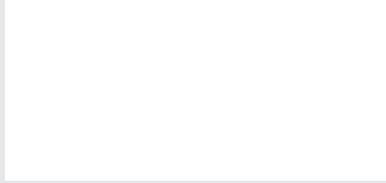
Dimensiones: 11 x 13 cm

Sala: P



PIEZA N° 263

Plano de la Isla de los Muertos



El 23 de mayo de 2001, el decreto exento n°281-2001 declaró Monumento Nacional la Isla de los Muertos, de 3,9 hectáreas, ubicada a tres kilómetros terrestres de Caleta Tortel, en la desembocadura del río Baker, en Aysén. En su superficie hay 33 cruces de madera, restos de un conjunto aun mayor de tumbas individuales que datan de 1906. Los nichos corresponden a los cuerpos de unos 120 trabajadores de la Compañía Explotadora del Baker, filial de la Sociedad Explotadora de la Tierra del Fuego.

Dice el Consejo de Monumentos Nacionales:

«Si bien no hay una versión oficial del motivo de las muertes, existen diversas teorías. La primera y más conocida es que fueron defunciones causadas por una epidemia de escorbuto. Otra conjetura señala que fue producto de un envenenamiento accidental por ingesta de harina contaminada con antisárnico. Por último, también existe la hipótesis de muerte intencional, a manos de la propia Compañía, con el fin de no cancelar los sueldos a los trabajadores. Tal enigma le ha otorgado un carácter intrigante y místico a la isla. Es más, cuando un equipo de arqueólogos exhumó una de las tumbas en 1998, no se encontraron osamentas como para corroborar alguna teoría, dada la humedad y acidez del suelo».

Inv. n°: 257

Material: impresión sobre cenefa

Dimensiones: 40 x 75 cm

Fuente: Consejo de Monumentos Nacionales

Sala: P





PIEZA N° 250

Fragmento de carta de Francisco Mardones
a su primo Heriberto Mardones

... Vaya que era ladino el viejo. Le bastó una sola mirada desde la ventana de su despacho para entender que debía ignorar a toda costa y sin escándalo mis intenciones. Ahora que ha pasado el tiempo –o se ha detenido, según el punto de vista–, recuerdo ese momento como si fuera hoy, y veo en esa mirada achinada bajo una gorra de aspecto militar la clave de todo lo que pasó.

Fanny era más joven, pero nunca tan hermosa como Ana. Se parecían bastante, es cierto, y más por sus apenas tres años de diferencia. Pero a mí nunca se me hubiese ocurrido hacer este tipo de comparaciones si no fuera por lo que ocurrió después. La primera vez que vi a Ana paseaba junto a sus hermanas por la plaza, alrededor del quiosco metálico. Ya no sé si Ana iba al medio, pero tengo la sensación de que así era, porque parecía brillar entre la robustez de Sara y la palidez de Fanny. Era cosa de verla y enamorarse, o al menos así fue para mí. Recuerdo haber hecho de todo para llamar su atención. Me puse a tiro y saludé a distancia, con la esperanza de que Sara me llamara para presentarme. En compañía de sus hermanas se volvía más extrovertida. Como eso no pasó, y sólo respondieron al saludo con un movimiento de cabeza, esa misma tarde pedí ayuda a algunos muchachos del club, amigos de Óscar y Mayer Braun, para que me permitieran conocer a su hermana y decirle aunque fuera un par de palabras. No imaginaba lo difícil que sería, porque el viejo Elías cuidaba a sus hijas tanto o más que los bienes de su patrimonio.

La única vez que había logrado acercarme al palacio de los Braun había sido cuando se anunció la boda de Fanny con el





diputado Gacitúa. Eran años buenos, de gran prosperidad para todos, en especial para ellos. Su austeridad algo tacaña se resquebrajó en esos días, y fue así como logré entrar por primera vez en la mansión. Casi todo Punta Arenas asistió a la fiesta de anunciamiento, diría toda la ciudad, si eso no excluyera de inmediato a los donnadies, a los rotos y a los indios. La casa era preciosa, y más se veía con todas las galanuras preparadas para el evento. Creo que nadie logró discernir si Fanny estaba triste o nerviosa, porque su expresión siempre era algo atormentada, sólo interrumpida por el vaivén de una sonrisita complaciente, social. Esa noche vi a Ana como un sueño inalcanzable. Ella se hizo la luna de mi noche. Sus ojos hundidos le conferían una elegancia que nadie más en la sala ostentaba, ni siquiera la ricachona de su hermana mayor. Su piel era lechosa, no pálida sino llena de vida. Terminó la fiesta y guardo el recuerdo diáfano, imposible de borrar, de sus ojos tras la abertura de la puerta para verme salir a caminar bajo la nieve y la oscuridad.

No tuvimos encuentros convenidos, en rigor, en todos los años que siguieron a esa fiesta. A veces Ana y una amiga pasaban del brazo fuera del diario y yo justo me encontraba junto a la puerta, hablando con un colega o esperando una carreta con novedades. Nos saludábamos cortésmente, con una parsimonia teatral, para enmascarar el interés mutuo frente a la dama que la estuviera acompañando.

Cuando empecé a escalar en el diario y mi puesto de trabajo se hizo más estable, recién se me pasó por la cabeza que existiera la posibilidad de tener algo con ella. Algo serio, quiero decir.

Entonces me concentré en encontrar pretextos para hablar con ella.

Una vez la vi saliendo de una pastelería en el centro. Me acerqué atrevidamente y trabé conversación. Comentamos los últimos sucesos de la ciudad, le hablé de los avances técnicos de los que recibía informes en el diario, de los libros que llegaban. Sólo en este último punto se mostró



interesada, y me confesó que su libro favorito era uno de versos de Abel del Sorralto. Sin emitir juicio alguno ni inquirir si conocía la verdadera identidad del autor, me atreví a preguntarle si estaría dispuesta a leer unos versos de mi autoría. Se los enviaría por carta. Respondió que sí. A partir de ese día me dejé atormentar de alegría y de ansiedad por partes iguales, especialmente porque los versos de mi autoría no existían, y tendría que apurarme en escribir algo decente para no decepcionarla.

Le envié cinco poemas románticos, todos escritos para ella, aunque eso no lo consigné en ninguna parte. Por su respuesta supe que lo había intuido, porque hablaba de «la afortunada», «su musa», como si me propusiera usar esas palabras para llamarla así a ella cuando al fin estuviésemos juntos.

Una noche, después de una juerga con colegas, me animé a escribirle confesándole que ella era «mi musa». Todavía envalentonado por la resaca, fui a su casa y le di la nota al mayordomo. Ella en persona vino a dejarme la respuesta al diario, sola, sin la compañía de su hermana o sus damas. De plano, y como quien quiere saltarse una serie de trámites engorrosos, me expresó que si yo tenía sentimientos hacia ella debía hacérselo saber cuanto antes a su padre. No dijo nada de si mis ilusiones eran o no correspondidas, pero sentí que su imposición era la primera de una serie de demandas que la esposa hace al hombre a lo largo de su matrimonio.

La idea de hablar con Elías Braun me atemorizaba menos que la de hablar con Mauricio. Bien sabido era que, si en algo era experto Mauricio Braun, era en devaluar al máximo la mercancía que le ofertaban antes de comprar la partida. De todos modos fui, porque ya sentía a Ana como mi prometida. En la puerta de la casa estaba ella y una de las criadas, leyendo. Ya despuntaba la primavera, era un día de septiembre particularmente hermoso y al ver la silueta de Ana bajo el pórtico me pareció que mis ojos brillaron como el reflejo





de sol en una ventana. Elías Braun estaba parado en su despacho, presenciando ese fulgor. Pero cuando la criada entró a decirle que Francisco Mardones, periodista de *El Magallanes*, quería hablar con él, el viejo devolvió un mensaje excusándose con que debía atender a otras personas, que por favor volviera mañana.

Volví al día siguiente, a eso de las nueve. Me dijeron que había ido a Los Ciervos y no se sabía a qué hora regresaría. Volví al día siguiente y estaba en otro sitio, con visitas importantes de Santiago. Y así pasaron los días. La sensación de que el viejo me evitaba iba incrementándose.

Una mañana me tocó entrevistarle por un asunto del diario. Fui decidido a manifestarle mi interés por Ana apenas encontrara ocasión. Me acompañaban dos colegas a los que de pronto pedí que salieran pues necesitaba hablar con el viejo. Uno de ellos me guiñó un ojo, pero cuando me di vuelta Braun ya no estaba. Decidido a hablar con él, salí y me dirigí al pasillo. Ahí estaban Elías y su hijo Mauricio, hablando con las cabezas gachas y juntas como si se tratara de un asunto grave. Mauricio se volteó y me echó una mirada de piedra:

«¿Necesita algo?» Eso fue todo. Me fui pensando en insistir otro día.

Poco después se empezó a correr la voz de que Fanny estaba mal de la cabeza. La habían encerrado en su casa en Santiago. Y luego llegó a Punta Arenas la noticia de su muerte. Se habló de tuberculosis, de un accidente en coche. Creo que fuimos muy pocos quienes nos enteramos del suicidio.

Frente al duelo de la familia, me pareció prudente dejar pasar algunos meses antes de volver a intentar hablar con el viejo. Con el tiempo ponderé que ese fue uno de los errores más grandes que cometí en la vida: debía haberme quedado afuera de esa casa como un zorro hambriento, a la espera de que Elías Braun saliera a cualquier hora para interceptarlo. Pero no lo hice, y casi muero de un infarto el día en que me





dieron la noticia, para que yo mismo la redactara, del compromiso del viudo de Fanny, el ahora embajador Gacitúa, con la hermana mayor de su difunta esposa, mi Ana.

No pude, no hubo caso de que armara la nota. Mis manos no respondían, mustias por el frío de la realidad que las apachurraba. Me decidí y sin meditarlo partí a la casa de Elías Braun. Soplaban un viento de sesenta millas; me fui apegando a las paredes para no ser arrastrado.

La reja no tenía llave, así que entré para tocar directamente la puerta, con el corazón a mil, la esperanza de ver a Ana en el vestíbulo, poder decirle algo y conseguir que el viejo entendiera que nunca habría mejor esposo para su hija que yo, que en mí se cifraba toda la felicidad de ella. La puerta se abrió al primer toque, y no había criada alguna o mayordomo sino el mismo don Elías, quien con una sonrisita complacida me invitaba a pasar a su oficina.

Ofreció té y acepté. Me invitó a sentarme frente a él, como con todo el tiempo del mundo, como si yo fuera uno de sus socios o clientes. Creí que lo tenía, lo juro, no sé qué absurdo humor fluyendo en mi interior me hizo pensar eso. Cuando me dio la palabra, lo dije todo de un tirón; hablé de mi «amor» –y sí, dije «amor» en vez de interés– por Ana, que se arrastraba ya no sé cuánto tiempo, o sí, justamente desde el matrimonio de Fanny. «Sólo que nunca tuve oportunidad de expresárselo.»

El viejo encendió un puro, y saboreó: «Qué lástima». Agregó que seguramente, aunque no me conocía, yo era un buen muchacho. Dijo haber leído mis artículos y haberse sorprendido en más de una ocasión por mi redacción impecable. «Usted tiene un futuro brillante como periodista, ¿no ha pensado en probar suerte en Santiago?» Sentí que intentaba cambiarme el tema, así que insistí.

«Mire –me dijo–, la muerte de mi hija ha sido un suceso terrible; deja a una hija huérfana, imagínese... Usted es joven





y no se imagina la carga que puede ser para un hombre como Abraham, con tantas responsabilidades, hacerse cargo de una hija... ¿Qué mejor para una niña que ser criada por su tía? Imagínese, y más que medios hermanos los nuevos hijos del matrimonio serán sus primos y hermanos, ¿no me dirá que no es un hermoso vínculo?...»

No tuve ocasión de poner peros porque el viejo no bajaba la guardia. «Fui yo quien le propuso a Abraham que pidiera la mano de Ana. Yo no sabía de sus intenciones, señor Mardones, y en la ignorancia de todo lo que usted tenía para ofrecer recibí la respuesta de Abraham, entusiasmado con la idea de ver aplacada su soledad con una muchacha tan dulce y afectuosa como Ana, y por cierto tan parecida a su difunta esposa...»

Protesté. Le hice saber que, sin pretender poner en juicio su criterio, un hombre como Gacitúa podría encontrar fácilmente otra esposa. Le juré y rejuré que sería el mejor esposo del universo. Le dije –cuánta ingenuidad– que aún no había redactado la nota que haría públicos los esponsales y que estábamos a tiempo de resarcir el error. «Lo lamento mucho, señor Mardones, pero la decisión ya fue tomada.»

El viejo se paró, sacó de su estantería una botella de whisky y dos vasos. Sirvió. «Tome –dijo–, para pasar el trago amargo.»

Inv. n°: 263

Material: hojas de papel de cuadernillo, desprendidas

Dimensiones: 14 x 16 cm

Sala: P





PIEZA N° 96

Látigo y escuadra de Paul Topinard



Este látigo y la escuadra que le acompaña pertenecieron al antropólogo y médico francés Paul Topinard (1830-1911), quien realizó estudios antropométricos en los especímenes selk'nam que fueron exhibidos en la Exposición Universal de París de 1889.

Inv. n°: 269

Material: estaño

Sala: P-M



PIEZA N° 12

Ilustración basada en la leyenda «El último tigre de la Patagonia»



Existe la creencia de que los animales tienen la capacidad de hablar pero se niegan voluntariamente a hacerlo durante toda su vida. Es lo que el investigador sueco Frederik Sodør llama «el pacto»: «En el reino animal se considera al humano como un ser traicionero y enfermo, que por haber caído en la enfermedad de la razón, es decir, del pensamiento individual descoordinado, desconectado de la voluntad de Gea, se comunica en un lenguaje opaco y tosco» (1997: 23). Según Sodør, ha habido sin embargo ocasiones en la historia de Gea en que los animales han roto el pacto para comunicarse con los antiguos humanos: «Se trata de momentos de extrema importancia en la maltrecha relación entre el hombre y su antiguo país, la naturaleza» (1997: 25).

En la Patagonia existe un registro de diálogo entre animal y humano que, como muchos sucesos del pasado sin explicación lógica, ha pasado a la categoría de mito. El escenario es el área que hoy conocemos como Patagonia continental en algún momento del pleistoceno tardío, cuando allí habitaban los grupos humanos que dieron origen a los aónikenk, yámanas, selk'nam y kawésqar. Esos humanos compartían hábitat con animales hoy extintos como los caballos enanos, el esmilodonte o tigre dientes de sable y el milodón, pariente de los perezosos actuales.

En las tribus primaba el matriarcado, la poligamia y una escasa división del trabajo: tanto los hombres como las mujeres eran



cazadores/recolectores. Los clanes estaban compuestos por un número variable de miembros, entre diez y treinta, que en la mayoría de los casos se organizaban teniendo como lideresa a la mujer más vieja o la mejor cazadora. Los humanos competían con el esmilodonte por presas más pequeñas, lo que habría ocasionado enfrentamientos entre una especie y otra.

Según cuenta la leyenda, una líder llamada Annunka, tras perder a uno de sus esposos en un enfrentamiento con un tigre dientes de sable, tomó la decisión de cazar y exterminar, por prevención, a todos los tigres de la zona. Tomando en cuenta que semejante tarea sería imposible sin la colaboración de otros clanes, llamó a consejo a otras lideresas para convencerlas de la urgencia del plan. Las otras apoyaron el plan de acción conjunta. Los clanes dispusieron una serie de trampas, y atraparon felinos que después ultimaban con lanzas y piedras. Los esmilodontes ya casi habían desaparecido de la zona, salvo por una vieja tigresa que vivía en las montañas, sin molestar a los humanos, y que por su astucia y longevidad era venerada como una diosa. Su nombre era Kaspi.

En una nueva reunión, las lideresas discutieron la pertinencia de eliminar al último miembro de su especie en el territorio. Annunka, ciega de odio y venganza, pues el esposo que había perdido era su favorito, convenció a una parte de los clanes de la imperiosa necesidad de exterminar a todos los tigres, incluida Kaspi. Los que estuvieron a favor se encaminaron de inmediato al pie de la montaña.

Una vez llegados escucharon los rugidos del animal, que había adivinado sus intenciones. Kaspi se acercó pacíficamente y se ubicó en lo alto de una peña, desde donde se dirigió a las mujeres y los hombres armados con lanzas y hondas:

«Ya han acabado con todos mis parientes, por miedo. Les aseguro que si me dejan vivir nunca tocaré a uno de su especie.»

Annunka, viendo que algunas lideresas dudaban, disparó su lanza contra la diosa felina. Kaspi, un ejemplar colosal, como si todos los tigres desaparecidos hubiesen sumado a ella sus espíritus,





comenzó a defenderse. Pero los humanos la superaban en número, y aunque pudo oponer heroica resistencia por horas y horas pudieron reducirla y atraparla con una red.

«He aquí mi maldición –fueron las últimas palabras de la esmilodonte–. Tal que ustedes han hecho desaparecer a mi especie, sus hijos y nietos desaparecerán, y los nietos de sus nietos. Primero caerán en una trampa de tierra, y luego, lentamente, abandonarán la faz de la vida como si nunca hubiesen existido. Entonces se hará justicia.»

Una última lanza de Annunnka acabó con la vida de Kaspi y así fue como se exterminaron los tigres dientes de sable de la Patagonia.



No hay manera de datar las leyendas de los pueblos que no han alcanzado a desarrollar la escritura. Con todo, esta es parte de la mitología de los tres pueblos principales de la Patagonia, descendientes de esos primeros seres humanos de la zona. Los selk'nam reconocen a Annunnka como una de sus antepasados de la época anterior a Mná-Maten, el momento de la revolución masculina que, tras una matanza masiva de mujeres y el despojo del mando de las lideresas, traspasó el poder a manos de los hombres, volviéndose los selk'nam, a partir de entonces, una sociedad patriarcal.

Inv. n°: 271

Material: ilustración en lápiz de mina

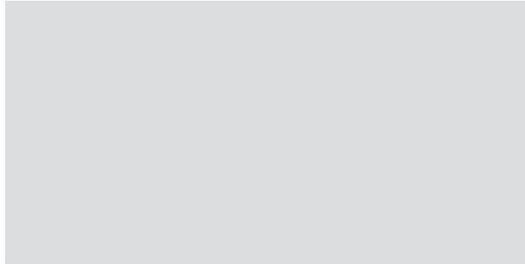
Dimensiones: 30 x 50 cm

Sala: Ch-M



PIEZA N° 123

Visita de tres niños selk'nam al papa León XIII (1899)



De izquierda a derecha: Silvestre Canales, Alacaluf (17 años); Marquitos, Alacaluf (12 años); José Aldobrandini, Ona (16 años).



Estos tres jovencitos de la Misión San Rafael en la Isla Dawson tomaron parte de la Exposición Misionera americana en honor de Cristóbal Colón, que se efectuó en Génova, en 1892, con ocasión del 4° Centenario del descubrimiento de América. Silvestre tenía entonces once años, Marquitos seis y José Aldobrandini nueve.

La presencia de aquellos fueguinos en la Exposición de Génova no obedeció a una venal ostentación, sino al deseo de obedecer al vivísimo deseo del Comité de la Exposición de las Misiones, para demostrar en Génova y a todos los forasteros que acudieron a ella cuáles han sido los frutos del descubrimiento de América, recogidos bajo la égida de la Sacrosanta Religión Católica, en medio de tierras salvajes y poco hospitalarias por la obra de los misioneros.

Concluida la Exposición, estos fueguinos, junto con tres patagones, acompañados por Don Milanesio, fueron recibidos por S.S. el papa León XIII, a quien agradó sobremanera



dicha visita. Fueron presentados por Mons. Cagliero el 15 de noviembre de 1892. Uno de los patagones, en nombre de todos sus compañeros, leyó el siguiente saludo:

«¡Beatísimo Padre!

Permitid que un hijo Vuestro, venido desde las más lejanas tierras australes, postrado a Vuestros pies, en nombre de todos sus coterráneos de la Patagonia y Tierra del Fuego, Os manifieste los sentimientos de profunda devoción y de afecto filial que guardamos en el corazón para con Vuestra Santidad.

Hasta hace poco, nosotros éramos salvajes, tribus errantes e hijos de la muerte. No conocíamos a Dios, nuestro Creador, ni a Jesucristo, nuestro Redentor, ni a su Vicario en la tierra. Ahora somos hijos de Dios, de la Iglesia, herederos del Paraíso, y miembros de la gran familia cristiana, a la vez que hijos de la civilización.

A Vos, Beatísimo Padre, debemos estos inmensos beneficios; a Vos que nos habéis enviado a los Misioneros Salesianos, los cuales nos han instruido en las verdades de la Fe, nos han dado la vida del espíritu y nos han librado de la muerte del error y del pecado. Oradas a Dios y a Vos, Beatísimo Padre, por este inmenso beneficio. Dignaos bendecirnos a todos; bendecid a nosotros que nos hallamos aquí presentes, y a nuestros hermanos lejanos, nuestras tierras y nuestras chozas. Bendecid a los que ya Os conocen y a los que no Os conocen aún, a fin de que, iluminados ellos también por la fe, puedan poseer la gracia de Dios y conseguir por ella la eterna salvación.

Y ahora hacemos fervientes votos por Vuestra preciosa salud en estas fiestas Jubilares. Rogamos a Dios se digne aliviar Vuestras tribulaciones y conservaros para el bien de la Iglesia y para la salvación de toda la humana sociedad.»





El Santo Padre escuchó con suma atención las palabras del joven patagón y manifestóse sumamente conmovido. No bien terminó aquel de leer, le tomó de sus manos el papel, diciendo que deseaba conservarlo entre los recuerdos de su Jubileo. Luego, con una improvisación, que fluía fácil y espontánea de su corazón de Padre, fijando siempre sus ojos en los salvajes, comenzó con demostrarles cual inmenso beneficio Dios les había hecho haciendo llegar a ellos la luz de la Religión Católica:

«Cuando vosotros dijisteis que un tiempo erais salvajes y privados del beneficio grandísimo de la Fe, habéis dicho una gran verdad. Grande es, por cierto, el beneficio de vuestra vocación a la Fe de Jesucristo, la cual es el fundamento de nuestra sagrada Religión. En vuestro llamamiento a la Fe veo una señal de predilección de la Bondad divina hacia vosotros, y por lo tanto Dios exigirá de vosotros una grande fidelidad, unida a la correspondiente gratitud. Debéis, pues, con vuestro buen ejemplo y con vuestro celo ser apóstoles en medio de vuestros compañeros, que viven aún en las tinieblas de la muerte para que ellos también puedan gozar de tan grande beneficio de la Fe, y disfrutar, como lo habéis dicho, de la vida del espíritu.»

En el grupo viajaban también José Daniel Alacaluf y su esposa Margarita, de veinte años, junto a sus hijas María Lucía (1 año) y Genoveva (5 años). Ambas niñas fallecieron poco después de llegar a Buenos Aires, primera parada del barco que conducía al grupo a Italia.

Inv. n°: 277

Origen: *Diario Episcopal*, 1899

Sala: P





EL MUSEO DE LA BRUMA

© Galo Ghigliotto, 2019

© Laurel, 2019

ISBN 978-956-9450-41-9

Impreso en Chile por Salesianos Impresores

Diseño: Estudio Postal (estudiopostal.cl)

Laurel, Santiago de Chile
laurel.cl | @LaurelEditores



Esto es una novela.
Algunos textos son citas;
para más detalles visite nuestro sitio,
www.laurel.cl

No copie ni robe este libro: costó hacerlo







EL MUSEO DE LA BRUMA
está compuesto con las tipografías
Sentinel y Rosewood, y fue enviado
a la imprenta en mayo de 2019.

LAUREL

